



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesinas de Belgrano

**Facultad de Humanidades
Licenciatura en Psicología**

**El otro en el encuentro con el niño. *De sujetos y
objetos en Psicoanálisis***

Nº 344

Diego Tolini

Tutor: Felipe Muller

Departamento de Investigaciones
Abril 2010

La verdad sale de la boca de los niños. Como aún están muy cerca de la naturaleza, son los primos del viento y del mar; a quien sepa entenderlos, sus balbuceos ofrecen enseñanzas amplias y vagas.
J-P Sartre, Las palabras

Índice

Introducción	5
Capítulo 1: Melanie Klein	8
El concepto de objeto para Melanie Klein	9
La posición esquizo – paranoide: el objeto parcial.....	11
La posición depresiva: el objeto total	12
La constitución y organización del aparato psíquico	14
Capítulo 2: Margaret Mahler	16
El proceso de separación-individuación	16
La constitución del aparato. Sí mismo, entidad, individualidad e identidad	23
Capítulo 3: D. W. Winnicott	24
Ilusión: “el otro invisible”	24
Desilusión: el otro como sujeto independiente y externo	28
Self e integración Yoica	32
Capítulo 4: Daniel Stern	34
La progresión evolutiva del sentido del sí-mismo.....	35
El sentido del sí-mismo y del otro.....	44
Capítulo Final: ¿Dimensión intrapsíquica o intersubjetiva? – Conclusión	44
Referencias Bibliográficas	49

Introducción

Durante sus primeros cincuenta años de historia, no cabe duda alguna de que el psicoanálisis estuvo dominado por las ideas y desarrollos de su principal mentor, Sigmund Freud. Su teoría fue edificada alrededor de una noción central: la pulsión, aquel proceso dinámico consistente en un empuje (carga genética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin (Laplanche & Pontalis, 1981). Según esta teoría pulsional, el hombre está habitado por un potentísimo conglomerado de tensiones asociales y físicas con las que tiene que lidiar en su relación con las exigencias de una realidad social, que indefectiblemente lo atraviesa y lo influye. Estas pulsiones, al chocar con determinadas defensas, generan conflicto y, por ende, enfermedad. “Todos los fenómenos del desarrollo, de la estructura o de la motivación, tanto de la vida general como de la situación analítica, se consideran productos pulsionales y defensas en contra de los mismos” (Mitchell, 1993, p. 159).

Ahora bien, a partir de la obra de Freud, en los últimos decenios hemos sido testigos de una revolución en la historia de las ideas psicoanalíticas. El modelo pulsional clásico dejó de convencer a muchos teóricos y clínicos, que se lanzaron con intensidad a la producción de nuevas ideas, conformando una nueva era en el psicoanálisis, *una era esencialmente pos-freudiana* (Mitchell, 1993). Amplias variedades de sistemas teóricos, cada uno caracterizado por su propia jerga, su secta de fieles y su firme convicción en la verdad absoluta, casi dogmática, de sus postulados, conforman un nuevo escenario, caracterizado por la casi absoluta falta de consenso.

¿A qué se debe esta falta de consenso en el campo del psicoanálisis? El legado que la figura de Freud ha dejado es indiscutible, y se encuentra absolutamente avalado por el peso y magnitud de su enorme teoría. Pocos son los hombres que han logrado en la historia de las ideas semejante contribución al conocimiento. Dotado de un estilo literario refinado y atrapante, la teoría de Freud tuvo y tiene todavía en muchos lugares, una influencia impresionante, un alcance asombroso y una difusión sin atenuantes. Por eso al abandonarse la teoría pulsional clásica de Freud, ha quedado en el psicoanálisis un verdadero vacío conceptual. Como consecuencia directa de esto comenzaron a surgir en el campo psicoanalítico una serie de soluciones parciales (todas derivadas de la teoría freudiana), cada una con su importancia relativa y con un selectísimo grupo de fieles seguidores, dando lugar a una verdadera fragmentación de dicho campo. La obra de Freud fue el modelo que siguieron sus sucesores, los cuales tienden a presentar sus propias colaboraciones como sistemas amplios y alternativos, pasando por alto la similitud y compatibilidad de sus trabajos y exigiendo una lealtad exclusiva, que, según Mitchell, no es merecida ni justificada. Pero lo importante para nosotros es que la mayoría de estas teorías desplazaron el foco y el marco de análisis hacia terrenos que empezaron a adquirir una relevancia que el mismo Freud pasó por alto.

Green (2000) plantea un importante cambio de paradigma en el campo del psicoanálisis. Freud a lo largo de toda su obra, tanto en la primera como en la segunda tópica, nos habla, ya de manera explícita como implícitamente, de límites: límites entre el inconsciente, preconsciente y consciente; límites entre el ello y el yo, entre el yo y el superyó, y nos habla también de todos los intercambios que se producen entre estas instancias. Pero Green nos dice hay un problema que Freud dejó sin tratamiento, el de los límites del yo con los objetos y es ahí mismo donde se plantea la cuestión de un nuevo paradigma para este autor. Es también ahí donde adquiere sentido el enorme florecimiento de la teoría de las relaciones objetales en oposición y reemplazo de la teoría de las pulsiones. Las relaciones con otros (objetos) empiezan de esta manera, a hacer ruido en el campo del psicoanálisis, empiezan a llamar la atención.

Greenberg y Mitchell (1983) derivan las colaboraciones más importantes e influyentes de esta época pos-freudiana de lo que ellos denominan *Modelo de Estructuración Relacional*, punto de vista diferente, según el cual las relaciones con los demás y no las pulsiones conforman la materia prima de la vida mental. Este cambio radical de orientación no debe ser desestimado en su importancia y magnitud.

Siguiendo esta misma línea, la expresión “*perspectiva relacional*”, nos dice Benjamin (1997) es empleada por diversos autores para denominar a un amplio grupo de teoría que antes se identificaban con la teoría de las relaciones objetales.

La perspectiva relacional ha añadido a la teoría de las relaciones objetales la insistencia en que se advierta que el psicoanálisis opera en un campo de dos personas, y no de una persona, lo cual significa que dos subjetividades, cada una con sus propio conjunto de relaciones internas, comienzan a crear un nuevo conjunto entre ellas (Benjamin, 1997, p.37).

Ahora bien, las teorías de este modelo relacional son variadas y heterogéneas y no nos describen como un conglomerado de impulsos físicos, sino como conformados por una matriz de relaciones con los demás, en la cual estamos inscriptos de manera inevitable, luchando simultáneamente por conservar nuestros lazos con los otros y por diferenciarnos de ellos (Mitchell, 1993). Cada explicación del modelo relacional considera que el hombre es social por naturaleza, que está inscripto en una matriz de rela-

ciones, y que establece relaciones primarias y fundamentales con los otros. De esta manera, la unidad básica de estudio deja de ser el individuo como una entidad separada cuyos deseos chocan contra la realidad exterior, y pasa a ser el campo de interacciones dentro del cual surge el individuo y pugna por relacionarse y expresarse. El deseo siempre se expresa en el contexto de la relación, y es este contexto el que define su significado. El hombre entonces sólo se vuelve inteligible dentro de ciertas tramas relacionales. Esto no representa bajo ningún punto de vista una negación de ciertos procesos y fuerzas corporales que irremediablemente nos determinan; los mismos no dejan de ser considerados. Pero, como bien lo expresa Mitchell (1993, p. 20): "La interpretación más útil de la realidad psicológica es la de que opera dentro de una matriz de relaciones que abarca los terrenos intrapsíquico e interpersonal". Benjamin (1997) adhiere a este punto de vista, enfatizando la necesidad de mantener lo que ella llama una tensión paradójica en la teoría.

Otra diferencia básica que distancia a este nuevo modelo relacional del modelo pulsional clásico de Freud está referida al concepto de mente. Para Freud, la mente era fundamentalmente monádica; desde dentro pugna algo que forma parte de ella, ciertas presiones endógenas que tratan de expresarse en un medio, en el cual pueden encontrar gratificaciones, frustraciones o/e interacciones (Mitchell, 1993). Para los teóricos de este modelo, en cambio, la mente es fundamentalmente diádica e interactiva y, por encima de todo, busca constantemente, el engranaje, el contacto con otras mentes.

La mente, que se consideraba un conjunto de estructuras predeterminadas que surgían del interior de un organismo singular, ha recibido una nueva definición y ahora se cree que constituye modelos de transacciones y estructuras internas derivadas de un campo interactivo e interpersonal (Mitchell, 1993, p. 29).

Siguiendo con Greenberg y Mitchell (1983), estos autores opinan que la compleja serie de teorías que conforman el modelo relacional pueden organizarse según dos estrategias básicas que ellos llaman, estrategia de la alternativa radical y estrategia del ajuste. Los estrategas de la alternativa radical sustituyen completamente el modelo pulsional clásico por un marco conceptual nuevo. Los practicantes más representativos de esta escuela son Sullivan, Fairbairn y Bowly. Los estrategas del ajuste, en cambio, siguen fieles a la teoría pulsional y, recurriendo a diversas maniobras, buscan reforzar y resucitar el modelo pulsional adecuándolo a fin de concederle cada vez mayor importancia a las relaciones objetales. Una solución a la que acuden consiste en alterar uno o más elementos del modelo original para que comprenda los procesos y aspectos relacionales, ya sea, por ejemplo, transformando el concepto de yo (Hartmann), transformando el concepto de ello (Jacobson, Kernberg), conservando el mismo término de pulsión pero alterando su significado para poder utilizar y desarrollar los conceptos del modelo relacional (Winnicott), o dándole un uso estratégico al diagnóstico: la teoría clásica es adecuada para las neurosis; pero, en el caso de alteraciones más severas (los casos límite, las alteraciones de la personalidad narcisista y las detenciones del desarrollo, entre otras) es necesario un nuevo modelo centrado en las relaciones objetales (Kernberg, Kohut).

Ahora bien, sucede algo interesante. Cuando los teóricos que recurren a esta última estrategia de-sean presentar diversas necesidades y procesos relacionales como primarios, como si no se limitaran a gratificar o a defender contra las pulsiones, estos teóricos suelen indicar que estos procesos funcionan desde antes de que las estructuras tripartitas del ello, yo y el superyó se constituyan como entidades separadas. Como señala Mitchell (1993, p. 162):

Los teóricos interesados en la continuidad lineal tienen que conservar a la teoría clásica de la neurosis [...] e incluyen las definiciones de las relaciones objetales en la teoría existente, afirmando que pertenecen a una época del desarrollo anterior a la diferenciación de las estructuras psíquicas, en las primeras relaciones de la madre y el niño. Así, elevan el modelo tradicional para deslizarlo por debajo nuevos conceptos relacionales [...] el lugar de la acción pasa a los niveles inferiores.

Pero, sigue Mitchell, estos autores que pretenden conservar la teoría pulsional, añadiendo forzosamente un período anterior de gran intensidad y necesidad relacional, terminan indefectiblemente teniendo una visión bifurcada del ciclo vital. "Al señalar que los aspectos relacionales son anteriores a los pulsionales, se divide el desarrollo humano en dos vertientes: los bebés que tienen necesidad de relación, y los niños y adultos que se enfrentan a los clásicos conflictos entre los impulsos instintivos y las defensas". Winnicott y su distinción entre las primeras necesidades y los deseos instintivos posteriores, Kohut que habla de las alteraciones del self y las neurosis estructurales posteriores y Mahler que distingue entre las alteraciones del proceso de separación individuación y los conflictos edípicos posteriores son algunos ejemplos.

Para Benjamin (1997) estos enfoques relacionales enfatizan lo intersubjetivo, es decir la vida mental como produciéndose entre sujetos y no dentro de un sujeto individual, y al hacerlo transforman la teoría y práctica psicoanalítica creando nuevos problemas. "Una teoría en la cual el sujeto individual ya no reina en absoluto tiene que enfrentar la dificultad que experimenta cada sujeto para reconocer al otro como un centro equivalente de experiencia" (Benjamin, 1997, p. 60). Y este problema de reconocer al otro ya se

pone de manifiesto cuando consideramos una incómoda herencia del modelo intrapsíquico: el término objeto. Pero dejemos por ahora este amplio e importante tema para tratar de manera más cómoda y tranquila en siguientes capítulos.

De esta manera, vemos que los puntos de vista de los llamados pos-freudianos colocan un énfasis cada vez mayor en las relaciones con los demás, ya sean pasadas, presentes, reales o imaginarias. Algunos hablan de auto-organización, otros de apego y otros tantos de transacciones interpersonales, pero lo cierto es que los interrogantes y cuestionamientos respecto de la teoría clásica fueron haciéndose cada vez más evidentes y la necesidad de considerar las relaciones con los demás como un factor fundamental en la teoría también fue cobrando intensidad.

Es así como observamos un importante cambio de foco en las ideas psicoanalíticas posteriores a Freud. Este nuevo foco se orienta a etapas cada vez más tempranas del desarrollo (Benjamin, 1996). La díada madre-hijo ha ido adquiriendo cada vez mayor importancia en los postulados psicoanalíticos. Es más, podría decirse siguiendo a Benjamin, que este pasaje de lo edípico a lo pre-edípico (del padre a la madre) ha modificado todo el marco del pensamiento psicoanalítico. El foco en el yo y en sus relaciones objetales internas condujo a un interés acrecentado en la idea de sí-mismo y, fundamentalmente, en la relación entre el sí-mismo y ese otro primario que es la madre, y en esta misma dirección pretendemos dirigirnos con este trabajo. Luego de Freud, se ha observado un intenso florecimiento de teorías psicoanalíticas sobre el primer desarrollo del sí-mismo en la relación con el otro. Ahora es oportuno preguntarse, ¿qué otro? ¿A qué nos referimos cuando hablamos del otro? ¿Es el otro un objeto, un sujeto? Y luego, ¿qué es específicamente lo que se desarrolla en el encuentro entre el bebé psicoanalítico y ese otro? ¿Cómo se da ese proceso? Lejos de querer infundir altas expectativas en el lector, este trabajo se propone intentar al menos encontrar algunas respuestas a estos interrogantes, recorriendo las teorías de los principales artífices de este cambio paradigmático y mostrando qué pensaban estos autores en relación a los temas que motivaron esta investigación.

En el capítulo inmediato abordaremos la obra de Melanie Klein, recorriendo la importancia de la noción de objeto, y centrándonos específicamente en el concepto de pecho, “el objeto absolutamente privilegiado de la metapsicología kleiniana” (Baranger, 1980, p. 47). Observaremos las formas que toma ese otro que es la madre en las dos posiciones kleinianas para, finalmente, describir qué es lo que se constituye para esta autora en el encuentro entre ese otro y el niño.

En el capítulo dos, desarrollaremos la extensa teoría de separación-individuación de Margaret Mahler, siempre atentos a nuestros puntuales objetivos. Partiendo de las dos primitivas fases narcisísticas –Autística Normal y Simbiótica Normal- describiremos el ingreso del niño en este proceso de separación-individuación y su evolución a través de las distintas subfases hasta el logro de una individualidad definida y de un cierto grado de constancia objetal, que por cierto será trabajada durante toda la vida. Lógicamente, el otro maternante adoptará variadas formas en este proceso. En eso nos centraremos, y en lo que a partir de ese otro, se irá constituyendo en el niño.

En el capítulo tres nos aguardan las ideas de Winnicott. Trabajaremos fundamentalmente las formas que toma, para Winnicott, el otro en dos precisos y definidos momentos: en el reino de la ilusión (fusión, omnipotencia, dominio mágico, percepción subjetiva) en primer lugar, y en el terreno de la separación de la madre, de comienzo de las primeras y genuinas relaciones de objeto y de la percepción objetiva, nunca perdiendo de vista la importancia que para este autor tienen los cuidados maternos. La relación y el uso de objeto serán conceptos claves, siempre presentes; el fenómeno de la destrucción del objeto, el eje del capítulo. Tampoco nos olvidaremos de tratar, nuevamente, la constitución psíquica a partir del encuentro con el otro.

Daniel Stern y su innovadora teoría pasará a ser considerada en el cuarto capítulo. Resaltaremos, primeramente, en qué se diferencia su teoría de aquellas que venían produciéndose en el psicoanálisis, para pasar luego a la descripción de la progresión evolutiva del sí-mismo y de las distintas formas que adopta el otro a lo largo de esta progresión. Finalmente, se abarcará lo que se constituye en el encuentro entre el niño y el otro.

Nos esperan para finalizar, unas líneas a título de conclusión; líneas estas que reflexionan, con un material ya acabado, sobre todo lo dicho, recapitulando, afirmando, asociando, diferenciando, siempre acosadas por la extensa cuestión: ¿dimensión intrapsíquica o intersubjetiva?

Las relaciones con otros han cobrado un valor determinante en el psicoanálisis desde hace ya bastante tiempo; hoy, es un amplio campo que despierta un fuerte interés, expresado en la gran cantidad de trabajos que sobre el tema se han hecho. Dentro de las relaciones con otros, el vínculo de la madre con el niño pequeño en los primeros momentos de su vida ha ido cobrando una relevancia inusitada. Pero muchos elementos de esta temática aparecen de manera oscura y algo confusa; muchos otros se dan por sentado generando incertidumbres y malos entendidos.

Este trabajo pretende brindar claridad y organización a ciertos elementos de un profuso y poco integrado campo. Múltiples son los desarrollos de los autores llamados pos-freudianos, bastante dispares y hasta contradictorios en ocasiones. Muchos de estos desarrollos tienen que ver con el tema que ahora nos proponemos investigar, un tema, por cierto, sobre el cual se ha escrito lo suficiente como para generar dudas, contradicciones y lagunas sobre el lector a él abocado. Ordenar, organizar, brindar claridad y favorecer la comprensión son los soportes más fuertes que justifican nuestra labor. Los escasos (o nulos) trabajos que por este camino se han edificado nos impulsan ya sin titubeos ni dudas, y nos convencen de la importancia de la tarea.

Bien, cuidando de no extendernos más de lo necesario, vayamos con mayor precisión al tema que aquí nos ocupa, a fin de no hacer de esto más de lo que representa: un apartado introductorio al núcleo del problema que decidimos investigar.

Capítulo 1: Melanie Klein

Fundadora de la escuela inglesa del psicoanálisis de niños, Melanie Klein configuró una implacable explicación de la experiencia humana concebida como una lucha intensa entre las intenciones asesinas, la malevolencia y la envidia que provocaban los “otros” significativos por una parte, y el profundo sentimiento de amor y gratitud que inspiraban, junto con el deseo de salvarlos y rehabilitarlos (Mitchell, 1993).

El pasaje de Freud a Melanie Klein se manifiesta principalmente en un cambio de énfasis: de la pulsión se pasa al objeto, y toda la teoría kleiniana del objeto –y del sujeto– se fundamenta sobre su estudio de los procesos de clivaje. Este es el punto a partir del cual Melanie Klein se aleja más decididamente de Freud (Baranger, 1980). “Con este lugar determinante atribuido al proceso de clivaje, Melanie Klein configura una nueva teoría del sujeto y del objeto, que aparecen básicamente como clivables o integrables por supresión de los clivajes” (Baranger, 1980, p. 62). La teoría del objeto constituye uno de los mayores aportes de Klein al psicoanálisis; le permitió descubrir una gran variedad de objetos introyectados que se encuentran en la experiencia analítica, constituyendo así lo que se puede llamar una “objetología fantástica”.

Klein describe el desarrollo temprano del niño en términos de dos grandes posiciones, las cuales se caracterizarán por una especial relación con ese otro primario que es la madre. La posición se presenta como una constelación de fenómenos interrelacionados: el tipo de angustia dominante, las defensas utilizadas contra ella, los instintos en juego, el tipo de objetos involucrados, el estado de las instancias, los sentimientos, los pensamientos del sujeto, las fantasías activadas, (etc.); conformando así una totalidad en movimiento en la cual ningún factor puede considerarse de manera separada (Baranger, 1980).

Melanie Klein amplió mucho el concepto freudiano de fantasía inconsciente y le dio mayor importancia. Las fantasías inconscientes están siempre presentes y siempre activas en todo individuo, determinando su estado psíquico (Segal, 1976). Expresión mental de la pulsión, mediación imprescindible entre el nivel biológico y la vida psíquica, la fantasía existe desde el comienzo de la vida. Las pulsiones son buscadoras de objetos; en el aparato psíquico se experimenta la pulsión vinculada con la fantasía de un objeto adecuado a ella, de modo que para cada pulsión hay una fantasía correspondiente. Las fantasías aparecen asimismo desempeñando importantes funciones defensivas frente a realidades externas o internas adversas o displacenteras.

Crear fantasías es una función del yo. La concepción de la fantasía como expresión mental de las pulsiones por mediación del yo supone mayor grado de organización yoica del que supone Freud; supone asimismo, y esto es lo clave, que desde el nacimiento el yo es capaz de establecer – y de hecho las mismas pulsiones y la ansiedad lo impulsan a establecer – relaciones objetales primitivas en la fantasía y en la realidad. Dice Segal (1976, p. 21):

Desde el momento del nacimiento el bebé se tiene que enfrentar con el impacto de la realidad, que comienza con la experiencia del nacimiento mismo y prosigue con innumerables experiencias de gratificación y frustración de sus deseos. Estas experiencias con la realidad influyen inmediatamente en la fantasía inconsciente, que a su vez influye en ellas. La fantasía no es sólo una fuga de la realidad; es una concomitante constante e inevitable de las experiencias reales, en constante interacción con ellas.

Ahora bien, la madre real, en tanto objeto externo, no es, para Melanie Klein, de significativa importancia en la relación del bebé con su madre (Galperín, 1994). Es decir, lo ambiental (y en esto la madre como factor ambiental fundamental y constitutivo) sólo se puede evaluar de manera adecuada si se tiene en cuenta cómo lo interpreta el bebé en función de sus propias pulsiones y fantasías (Segal, 1976). Aquí, “la distinción reside en la diferencia entre el proceso real y su representación mental detallada, específica” (Segal, 1976, p. 23). Entonces, una mala experiencia real, por caso, se hará mucho más importante

cuando el bebé ha tenido intensas fantasías coléricas en las que atacaba al pecho, ya que dicha experiencia le confirma, no sólo su sensación de que el mundo exterior es malo, sino también su sensación de que él mismo es malo, y su creencia en la omnipotencia de sus fantasías malevolentes. Las experiencias buenas, por otra parte, tienden a disminuir la ira y a modificar las experiencias persecutorias, estimulando el amor, la gratitud del bebé y su creencia en el objeto bueno.

La presencia real de la madre en Klein implica, para Romano (1980), que ocupa un lugar especial, aunque no es reconocida como real al principio; que inicialmente es percibida como inconexa, mejorando la percepción al discriminar el mundo externo; implica una relación con un objeto bueno, un objeto malo y con la madre "real"; y es el embrión del objeto de la posición depresiva. La madre de Klein es, para este autor, una entidad proyectiva.

Melanie Klein postula la existencia de un Yo desde el nacimiento mismo. Este Yo inicial se caracteriza por un profundo grado de desorganización y por una fundamental tendencia a la integración (Segal, 1976). Pero, como dice Segal (1976, p. 30), "en las primeras etapas del desarrollo, el yo es lábil, se halla en estado de constante fluencia, su grado de integración varía de día a día, y hasta de un momento a otro".

Ahora bien, este yo inmaduro y desorganizado se encuentra sometido a una intensísima ansiedad provocada por la innata polaridad de los instintos, es decir, el conflicto inmediato entre instinto de vida e instinto de muerte. Se encuentra asimismo inmediatamente expuesto a ansiedades que surgen del impacto de la realidad exterior. Como dice Melanie Klein (1926, p. 127), "en una edad muy temprana los niños empiezan a conocer la realidad a través de las privaciones que ésta les impone". La principal causa externa de ansiedad para esta autora es la experiencia misma del nacimiento (el trauma del nacimiento). Dice Klein (1952, p. 177):

Esta experiencia, que según Freud proporciona el patrón de todas las situaciones de ansiedad posteriores, marca las primeras relaciones del bebé con el mundo exterior. Parecería como que el dolor e incomodidad sufridos por él, así como la pérdida del estado intrauterino, fueran sentidos como un ataque de fuerzas hostiles, es decir, como persecución. Por lo tanto, la ansiedad persecutoria entra desde de un principio en la relación del bebé con los objetos, en la medida en que está expuesto a privaciones.

Pero esta misma realidad externa que le genera tanto displacer y ansiedad, al mismo tiempo, le da vida; lo nutre, le da calor, amor, (etc.), y esto genera conflicto.

El instinto de muerte sume al lactante en un intenso temor a ser aniquilado, y esto es la causa primera de ansiedad persecutoria (Klein, 1952). Ahora bien, tan intensa es para el bebé esta ansiedad que le produce el instinto de muerte, que el yo reacciona deflexionándolo (Segal, 1976). Esta deflexión del instinto de muerte consiste, en parte, en una proyección, en parte en la conversión del instinto de muerte en agresión. De esta manera, el yo se escinde y proyecta al exterior su parte que contiene el instinto de muerte, y esa parte de la realidad exterior que se siente conteniendo gran parte del instinto de muerte llega a experienciarse como mala y amenazadora para el Yo, dando origen a un sentimiento de persecución, y transformándose de esta manera el miedo original al instinto de muerte en miedo a un perseguidor. Como dijimos, parte del instinto de muerte que queda en el yo se convierte en agresión y se dirige contra estos perseguidores. Pero al mismo tiempo, así como se proyecta el instinto de muerte para evitar la ansiedad que surge de contenerlo, de igual manera se proyecta el instinto de vida al exterior, de modo de crear un objeto que satisfaga el impulso instintivo del yo a conservar la vida. Y nuevamente, el instinto de vida que queda en el yo es utilizado para establecer y mantener una relación libidinal con ese objeto ideal. Es decir, lo mismo que sucede con el instinto de muerte sucede con el instinto de vida.

Pero ahora bien, no podemos proseguir sin antes realizar una aclaración que posiblemente muchos la han notado en su ausencia. Me refiero a lo siguiente. Se lee en el párrafo anterior que frente a la intensa ansiedad persecutoria del Yo frente al innato instinto de muerte, éste reacciona proyectando una buena porción del mismo al exterior. También dijimos que lo mismo sucede respecto del instinto de vida. Pero, ¿de qué exterior hablamos? ¿Dónde proyecta el lactante sus intensos e innatos instintos? ¿A qué objeto exterior? Y aquí aparece la madre para responder a nuestra pregunta. ¿Pero qué forma toma ese otro que es la madre para Klein en esta primera posición? Y aquí debemos meternos de lleno en uno de los aspectos centrales de este capítulo: el pecho, "el objeto absolutamente privilegiado de la metapsicología kleiniana" (Baranger, 1980, p. 47). Pero antes hablemos del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein¹.

El concepto de objeto para Melanie Klein

Cuando Melanie Klein habla del objeto, no designa con ello exactamente lo mismo que Freud; pero así como no lo es en Freud, tampoco en Melanie Klein el concepto de objeto es unívoco. Podemos de esta manera distinguir en sus obras un uso metapsicológico y un uso fenoménico- descriptivo del concepto de objeto (Baranger, 1980). En el primer uso, el objeto interiorizado es concebido como una estructura

1. Utilizaré para esto el texto de Baranger (1980): "Validez del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein".

endopsíquica. “El objeto interiorizado se nos presenta como algo que subyace a una multiplicidad de representaciones y estados afectivos y los condiciona. No se nos aparece nunca directamente, [...], sino mediante imágenes, conceptos, recuerdos, angustias o deseos que varían al infinito” (Baranger, 1980, p. 47). Es específicamente este objeto el que constituye el concepto clave de la metapsicología kleiniana. Pero quedarse con esto sería, seguimos con Baranger, quedarse con una visión parcial del pensamiento de Melanie Klein. Encontramos entonces el otro uso que esta autora da al concepto de objeto. Veamos.

Sabemos que el objeto, para Melanie Klein, aparece en el punto de entrecruzamiento de una multiplicidad de fantasías inconscientes, que en sí mismas forman parte, previamente a toda experiencia del mundo exterior, de un equipamiento genéticamente heredado. Este conjunto de fantasías inconscientes determina y condiciona toda experiencia que tenemos de la realidad. En este sentido es que Daniel Lagache habla de una “fantasmática trascendental”. Sabemos también, por lo ya dicho, que la fantasía inconsciente, en tanto expresión mental del instinto, aparece como la mediación imprescindible entre el nivel biológico y la vida psíquica, por lo que implica siempre una dimensión corporal, tanto del cuerpo del propio sujeto como del cuerpo del objeto (en un principio, poco diferenciados). Así, el objeto involucrado en la red de las fantasías tiene también en el origen un aspecto corporal.

Siguiendo en esta misma línea, podemos agregar que, aun en sus niveles más arcaicos, los objetos viven en cierta forma una vida semejante a la vida del sujeto. “El sujeto y sus objetos, los ‘ciudadanos de su mundo interior’, viven de una vida recíproca, en la cual nadie es determinante en último análisis” (Baranger, 1980, p. 50). Los procesos que dan cuenta de esta reciprocidad en la vida del sujeto y de los objetos, y de la dialéctica de su devenir, son el clivaje y la identificación proyectiva e introyectiva, ante todo. Además los objetos, por los incesantes procesos de intercambio con el sujeto, adquieren un tipo de existencia *sui generis*, necesariamente antropomórfica, y que podríamos llamar “casi-sujeto”. Así llegamos a este otro uso del concepto de objeto, opuesto al inicialmente desarrollado en el que el objeto era concebido como estructura endopsíquica. Este uso se observa particularmente en todas las descripciones clínicas, y concibe al objeto interiorizado como una casi-persona, un sujeto de padecimientos, sentimientos, actividades (etc.), a la par de cualquier sujeto.

El pecho

Ahora sí entonces, consideremos finalmente el pecho y el lugar que éste ocupa en la teoría de Melanie Klein. Para esta autora el pecho no se reduce a un objeto natural, ni a la representación psíquica de un objeto natural, por distorsionada que sea, ni a un centro congénito de una constelación de fantasías, ni a un principio rector del desarrollo psíquico, ni a una estructura endopsíquica, sino que contiene algo de cada una de estas categorías (Baranger, 1980). Veamos.

Dentro de la multiplicidad de los “ciudadanos del mundo interno” se destaca en Melanie Klein un objeto particular, al cual atribuye características prototípicas, y cuyas vicisitudes van a determinar la cualidad de toda la serie objetal: el pecho interiorizado. Esta prioridad del pecho y esta subordinación de toda la serie objetal a él descansan, siguiendo todavía a Baranger, en los siguientes principios: 1) el de continuidad genética, en virtud del cual todas las formas del objeto dependen de su forma más primitiva, es decir de la primera relación objetal observable, la del lactante con el pecho; 2) consecuentemente, el pecho se transforma en el término inicial de toda la serie de las equivalencias objetales; 3) el objeto parcial antecede absolutamente al objeto total, en el nivel cronológico y en el nivel de preeminencia lógica; 4) el objeto total se constituye por síntesis de los objetos parciales.

El concepto de pecho de Melanie Klein, si bien no está totalmente desligado del objeto natural (es decir, esa parte del cuerpo humano que es el pecho), posee determinadas características que no coinciden con un objeto natural o con su representación interna. No olvidemos en esto, la importancia de la fantasía y las pulsiones como fenómenos que determinan la naturaleza de la realidad exterior para el bebé. Dice Baranger (1980, p. 51):

Todo pasa como si, en este caso, la cuota de datos empíricos necesarios para rellenar las fantasías originarias y constituir el objeto de la fantasía fuera de muy poca importancia con relación al universo fantasmático; esto no implica que la relación efectiva con la madre en la experiencia de la lactancia no tenga una importancia decisiva, pero sí que la percepción real del pecho como órgano natural no es determinante para conferir su forma al pecho interiorizado. Además el pecho interiorizado integra fantasías que no tienen nada que ver con su existencia física: se lo puede duplicar (en bueno o malo, perseguidor e idealizado), fragmentar en parcelas diminutas, vaciar o secar, rellenar con sustancias venenosas o explosivas, dotar de características persecutorias, etc. La dialéctica de los intercambios entre el sujeto y el objeto que mencionábamos funciona plenamente en el nivel más arcaico y más parcial de los objetos: el pecho sufre, o se encuentra contento, o se rehúsa a gratificar, o conforta, etc.; el status de casi persona se aplica en toda su amplitud, según Melanie Klein, a este primer objeto parcial.

Ahora bien, la consideración del pecho como objeto natural (o representación interna de un objeto natural), o como foco de una serie de fantasías originarias vinculadas con la existencia corporal, está lejos de agotar el concepto. Melanie Klein toma este mismo concepto para referirse con él a aquel primer centro de organización de la experiencia vivida del lactante. Toda la experiencia (ya sea placentera o displacentera) que el niño tiene en estos primerísimos momentos de su vida es atribuida al pecho y organizada en torno de este primer objeto. “Pecho bueno y pecho malo se constituyen así como los dos polos que orientan todo el campo de la vivencia [...]; puede considerárselos como dos principios rectores de la vida psíquica y de la evolución ulterior de toda la serie objetal” (Baranger, 1980, p. 53).

La posición esquizo-paranoide: el objeto parcial

Hablamos de la proyección del instinto de muerte por el Yo y de la equivalente proyección del instinto de vida; en ambos casos la proyección se dirige a este pecho materno, constituyéndose de este modo el primer clivaje: el pecho bueno concentra alrededor de sí todo lo placentero mientras que el pecho malo es el causante de todo lo displacentero. Dice Segal (1976, p. 30):

De este modo, muy pronto, el yo tiene relación con dos objetos: el objeto primario, el pecho, está, en esta etapa, disociado en dos partes, el pecho ideal y el persecutorio. La fantasía del objeto ideal se fusiona con experiencias gratificadoras de ser amado y amantado por la madre externa real, que a su vez confirma dicha fantasía. En forma similar, la fantasía de persecución se fusiona con experiencias reales de privación y dolor, atribuidas por el bebé a los objetos persecutorios. [...] La privación se convierte no sólo en falta de gratificación, sino también en amenaza de ser aniquilado por los perseguidores.

Además de las experiencias de gratificación y de frustración provenientes de factores externos, una serie de procesos endopsíquicos, principalmente introyección y proyección, contribuyen a la doble relación con el objeto primitivo (Klein, 1952). Como dijimos, el lactante proyecta sus pulsiones de amor al exterior y las atribuye al pecho bueno, y sus pulsiones destructivas también son proyectadas al exterior, pero atribuidas al pecho malo. Simultáneamente, por introyección, un pecho bueno y un pecho malo se instalan en el interior.

En esta forma la imagen del objeto, externa e internalizada, se distorsiona en la mente del lactante por sus fantasías [...]. El pecho bueno, externo e interno, llega a ser el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores; el pecho malo, el prototipo de todos los objetos perseguidores externos e internos. Los diversos factores que intervienen en la sensación del lactante de ser gratificado [...], son todos atribuidos al pecho bueno. A la inversa, cualquier frustración e incomodidad es atribuida al pecho malo (perseguidor)” (Klein, 1952, p. 179).

El objetivo del bebé en esta etapa es tratar de adquirir y guardar dentro de sí al objeto ideal, identificándose con este, que es para él quien le da vida y lo protege; y al mismo tiempo mantener fuera de sí al objeto malo y las partes del yo que contienen al instinto de muerte (Segal, 1976). Todos estos procesos primarios tienen una importancia constitutiva que el lector podrá apreciar en toda su importancia en antiguos momentos. Pero antes aclaremos: la ansiedad predominante de esta posición esquizo-paranoide es que el objeto u objetos persecutorios se introduzcan en el Yo para avasallar y aniquilar tanto al objeto ideal como al Yo; y el estado del Yo y sus objetos se caracteriza, en este momento, por la escisión.

Varios y variados fueron los temas desarrollados y complejos la mayoría de ellos. Tratemos pues de organizar nuestra información y acomodarla a las preguntas que deben guiar nuestro trabajo. La necesidad de preservar la experiencia placentera y de rechazar la experiencia dolorosa lleva a la disociación del pecho en dos partes: una asociada con lo placentero y dador de vida y cuidado, y la otra relacionado con lo displacentero, lo privador y doloroso. Este pecho es el primer objeto con el cual el niño se relaciona. Recordemos las palabras de Baranger (Baranger, 1980, p. 54): “[...] la primera relación observable, la del lactante con el pecho”. El niño no accede a una madre, como objeto real externo, sino a través de una distorsión en cuya base hallamos el fenómeno de la fantasía, y cuyo resultado es la experiencia del niño de una relación con un pecho escindido. De esta manera ese otro primario que es la madre toma en esta primera posición esquizo-paranoide la forma de un objeto parcial (el pecho); digamos más exactamente, el niño se relaciona con dos objetos parciales: un pecho bueno (u objeto ideal) y un pecho malo (u objeto persecutorio), asociando en su fantasía todo lo placentero con el primero de estos, y todo lo displacentero con el segundo. Como dijimos, el objetivo del bebé es en este momento, identificarse con el pecho ideal, guardarlo y cuidarlo del pecho persecutorio, del cual debe él también cuidarse.

Ahora bien, nos parece oportuno puntualizar lo siguiente. Baranger (1980) habla de un “quinto objeto”, muy diferente de los demás objetos, que tiene referencia inmediata con lo real y que Klein denomina “presencia de la madre” admitiéndolo junto a la tetralogía de objetos primitivos (pecho bueno y malo, pecho idealizado y perseguidor), “destinado a dar cuenta de una serie de conductas observables en el lactante, previas a la constitución del objeto total y completo, y distintas de la constelación de los vínculos con el

pecho” (Baranger, 1980, p. 52). Un lactante de muy corta edad manifiesta ciertas conductas expresivas de reconocimiento de la madre y de diferenciación de su presencia en relación a cualquier otra presencia humana. Dice Klein (1952bis, p. 214): “aunque desde los primeros días en adelante, el bebé reacciona también a otros aspectos de la madre –su voz, su rostro, sus manos- las experiencias fundamentales de felicidad, de frustración y odio están inextricablemente ligadas al pecho de la madre”. Es decir: hay un vínculo inicial con la madre (desde cierto punto de vista un vínculo objetal), distinto del vínculo con el pecho, que viene a corregir la idea de que la totalidad de la relación con la madre se establece como prolongación de la relación con el pecho, y parecería también que por lo menos una parte del vínculo con el objeto total parece originarse en esta relación primitiva con la presencia corporal de la madre. Baranger habla del “quinto objeto” como un agregado a la teoría kleiniana, que viene a mitigar la preeminencia absoluta del pecho y que “no (es) muy coherente con las demás partes del edificio” (Baranger, 1980, p. 54).

La posición depresiva: el objeto total

Para que la posición esquizo-paranoide de lugar, en forma gradual y relativamente no perturbada a la siguiente posición, que deberá ocuparnos a continuación, la condición previa necesaria es que las experiencias buenas predominen sobre las malas. De esta manera el Yo va comenzando a percibir que el objeto ideal prevalece sobre los objetos persecutorios, y que su propio instinto de vida predomina sobre su instinto de muerte.

El Yo se identifica repetidamente con el objeto ideal, adquiriendo así mayor fuerza y mayor capacidad para enfrentarse con ansiedades sin recurrir a violentos mecanismos de defensa. El miedo a los perseguidores y la escisión entre objetos persecutorios e ideales disminuyen. Ambos se aproximen más y quedan preparados para la integración. Simultáneamente, a medida que el Yo se siente más fuerte y con mayor afluencia de la libido, va disminuyendo la escisión dentro del Yo. Le asusta menos su propia agresión y la ansiedad que ésta le provoca. Disminuye asimismo su necesidad de proyectar y puede tolerar cada vez mejor su propia agresión y sentirla como parte de sí, sin verse impulsado a proyectarla constantemente en sus objetos. De esta manera, el Yo se prepara para integrar sus objetos, para integrarse él mismo y, por la disminución de los mecanismos proyectivos, distingue cada vez mejor entre lo que es Yo y lo que es objeto. De este modo se prepara el terreno para la posición depresiva (Segal, 1976).

Vemos la importancia de la disminución de la ansiedad persecutoria para el normal desarrollo de este proceso de integración, ya que cuando la ansiedad persecutoria es menos intensa, la escisión es de menor alcance y así, el Yo es capaz de integrarse y sintetizar en cierta medida los sentimientos hacia el objeto (Klein, 1952). Pero sólo cuando el amor hacia el objeto predomina sobre las pulsiones destructivas (el instinto de vida sobre el instinto de muerte), cada uno de estos pasos hacia la integración podrá producirse. Durante los primeros momentos de la vida, la capacidad de integración del Yo es naturalmente muy limitada aún (a lo cual contribuye la fuerza de la ansiedad persecutoria y de los procesos de escisión), y los estados de integración serán lógicamente de muy corta duración. Pero a medida que se continúa el crecimiento, las experiencias de síntesis se hacen más frecuentes y duraderas.

Que las experiencias buenas predominen sobre las malas depende tanto de factores internos como externos. Así, por caso, la privación externa, física o mental, puede impedir la gratificación; pero aunque el ambiente proporcione no más que experiencias gratificantes, los factores internos pueden alterarlas e incluso impedir las. Klein sitúa la envidia temprana como uno de dichos factores, que actúa desde el nacimiento y afecta fundamentalmente las primeras experiencias del bebé (Segal, 1976). Se encarga asimismo esta autora de diferenciar este factor de otros que también pueden afectar las tempranas experiencias del lactante: hablamos aquí de los celos y la voracidad. Si la envidia temprana es muy intensa, interfiere con el funcionamiento normal de los mecanismos esquizoide. Como se ataca y arruina al objeto ideal, que es el que origina envidia, no se puede mantener el proceso de escisión en un objeto ideal y otro persecutorio, llevando inevitablemente a una confusión entre lo bueno y lo malo, que interfiere al mismo tiempo con la escisión. Al quedar arruinado el objeto ideal, queda gravemente interferida su introyección y la identificación con él, y con esto, el desarrollo del Yo sufre indefectiblemente. Al carecerse de objeto ideal, una gran desesperación y sufrimiento aparecen, ya que se pierde cualquier esperanza de recibir amor y ayuda. El tema de la envidia merece un entero capítulo para ser tratado de manera suficiente. Excede los límites, acotados por cierto, de este trabajo. Sólo digamos que “en un desarrollo más normal, la envidia se integra más. La gratificación que produce el pecho estimula admiración, amor y gratitud, a la vez que envidia. Estos sentimientos entran en conflicto cuando el Yo comienza a integrarse y, si la envidia no es abrumadora, la gratitud supera y atempera la envidia” (Segal, 1976, p. 55).

Quedan así comprobadas las importantes consecuencias que sobrevienen al ataque y destrucción del pecho bueno. La importancia de éste en la constitución del Yo es enorme y Melanie Klein lo reitera a menudo. El pecho bueno interiorizado es el núcleo alrededor del cual se va constituyendo el Yo. Es fuente

de gratificación y reaseguramiento. Permite tolerar la frustración o el retraso de la gratificación impuesto por la realidad. Aplaca las angustias persecutorias y depresivas. Permite al sujeto el uso y desarrollo de sus propias capacidades. En este sentido, es estructura y es estructurante (Baranger, 1980). Dice Baranger (1980, p. 48): "Naturalmente, el hecho mismo de su introyección implica una instancia introyectante dentro del sujeto, es decir, otro 'núcleo' del Yo rudimentario, ya no de origen objetal, sino considerado como unidad de funciones".

Entonces bien, con esta creciente integración del Yo, las experiencias de ansiedad depresiva aumentan en frecuencia y duración. Al mismo tiempo, y esto es lo importante, a medida que aumenta el alcance de la percepción, el concepto de madre como persona única y total se desarrolla en la mente del lactante a partir de una relación con partes de su cuerpo y varios aspectos de su personalidad (como su olor, tacto, voz, sonrisa, etc.). Aparecen la angustia depresiva y la culpa que se centran gradualmente en la madre como persona y aumentan en intensidad; la posición depresiva aparece en primer plano (Klein, 1952).

El pasaje de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva se hace mediante la reducción de los clivajes específicos de la primera (Baranger, 1980). Es válido destacar que estos clivajes no sólo afectan a los objetos, sino también, y en igual medida, al sujeto mismo. La posición depresiva surge entonces cuando los procesos integradores se hacen más estables y continuos. Esta posición trae aparejada dos cambios fundamentales: un cambio en la percepción del objeto y otro cambio en el Yo (Segal, 1976); cambios estos que no pueden leerse de manera separada, siendo partes de un mismo proceso e influyéndose de manera recíproca. Desarrollemos el primero.

Todos los que rodean al bebé perciben un cambio radical en él, un progreso enorme que aplauden con simpatía: el bebé reconoce a su madre. Enseguida comienza a reconocer también a otras personas de su ambiente, en particular a su padre, pero lo fundamental es este inicial reconocimiento de la madre. Ahora bien, este reconocimiento de la madre por parte del bebé significa que ya la percibe como objeto total (Segal, 1976). Recordemos cómo era la madre percibida durante la posición esquizo-paranoide, y observemos la forma que adopta esta madre ahora. Dice Segal (1976, p. 72): "cada vez más el bebé se relaciona no sólo con el pecho, manos, rostro, ojos de la madre como objetos diferenciados, sino con la madre como persona total, que puede ser a veces buena y a veces mala, que puede estar presente o ausente, y a la que puede amar y odiar al mismo tiempo". Así, comienza el niño de a poco a darse cuenta que sus experiencias buenas y malas no proceden de un pecho o madre buena y de un pecho o madre mala, sino de la misma madre, que es a la vez fuente de lo bueno y de lo malo. "La relación con la madre como persona, que se ha ido desarrollando gradualmente mientras el pecho figuraba aún como principal objeto, se establece más firmemente y la identificación con ella se fortalece cuando el bebé llega a percibir o introyectar a su madre como persona (o, en otras palabras, como 'objeto total')" (Klein, 1952, p. 187). Así, en este pasaje de la posición esquizo-paranoide a la depresiva, se asiste a un proceso de composición objetal en el cual dos objetos o figuras contrastantes se fusionan en una única, con el cambio correspondiente en el sujeto (Baranger, 1980). Este sujeto asume como propia una parte de la maldad de la figura persecutoria, que aparece como más ambivalente; la necesidad de idealización defensiva disminuye, lo mismo que el contraste entre ambas figuras. Dice Baranger (1980, p. 61): "esta fusión va acompañada en el sujeto por la aparición de la culpa, en la medida en que la maldad deja de ser proyectada en la figura externa al sujeto. La angustia se vuelve así predominantemente depresiva y, en condiciones relativamente normales, surgen deseos reparatorios dentro del sujeto".

Reconocer a la madre como objeto total también significa reconocerla como sujeto que tiene su vida propia y sus propias relaciones con otras personas, y esto trae sus consecuencias importantes para el bebé: éste percibe ahora cuán desamparado está y cuánto depende de esa madre ahora independiente. Pero este cambio en la percepción del objeto se acompaña al mismo tiempo, como decíamos, de un cambio fundamental en el Yo. La nueva relación con el exterior, con personas así como con objetos, la ampliación de la gama de gratificaciones e intereses, la mayor capacidad de expresar emociones y de comunicarse con la gente; todos estos cambios evidencian el desarrollo gradual del Yo (Baranger, 1980). La integración, la conciencia, las capacidades intelectuales, la relación con el mundo exterior y otras funciones del Yo se desarrollan constantemente. A medida que la madre se convierte en un objeto total, el Yo del bebé se convierte en un Yo total, escindiéndose cada vez menos en sus componentes buenos y malos (Segal, 1976). Al mismo tiempo, el Yo va adquiriendo una mayor capacidad para establecer defensas más adecuadas contra la ansiedad, logrando una efectiva disminución de la misma.

Es de esta manera entonces que al disminuir los procesos proyectivos e integrarse más el Yo, se distorsiona menos la percepción de los objetos, de modo que el objeto malo y el objeto ideal se aproximan el uno al otro. Al mismo tiempo, la introyección de un objeto cada vez más total estimula la integración del Yo. Estos cambios psicológicos estimulan la maduración fisiológica del Yo, que a su vez los estimula a ellos. Al mismo tiempo progresa la organización sexual del bebé; las tendencias uretrales, anales y

genitales adquieren fuerza, aunque los impulsos y deseos orales predominan aún. Hay entonces una confluencia de distintas fuentes de libido y agresión, que matiza la vida emocional del bebé y genera nuevas situaciones de ansiedad; se amplía la gama de fantasías y éstas se vuelven más elaboradas y diferenciadas (Klein, 1952).

El bebé va reconociendo cada vez más claramente que es una misma persona – él mismo – quien ama y odia a una misma persona – su madre (Segal, 1976). Estos procesos de síntesis actúan en la totalidad del campo de las relaciones de objetos externas e internas: comprenden los aspectos contrastantes de los objetos internalizados (el SuperYo primitivo) por una parte, y de los objetos externos por otra (Klein, 1952), haciendo que el conflicto entre el amor y el odio aparezca a plena luz”. De esta ambivalencia brotan las principales ansiedades de esta posición: “el motivo principal de la ansiedad del bebé es que sus propios impulsos destructivos hayan destruido o lleguen a destruir al objeto amado de quien depende totalmente” (Segal, 1976, p. 73). Aunque el poder de las pulsiones destructivas disminuye, estas pulsiones son sentidas como un gran peligro para el objeto amado, y es la posibilidad de perder irreparablemente a este objeto amado y odiado al mismo tiempo, e indispensable en todos los casos, lo que genera ansiedad.

La percepción del objeto como persona independiente que puede alejarse y abandonar al niño aumenta la necesidad de poseer este objeto, de guardarlo dentro de sí, protegiéndolo de su propia destructividad. Aumentan por ende, en esta posición, los mecanismos introyectivos y hay asimismo una disminución de los mecanismos proyectivos. La omnipotencia de los mecanismos de introyección oral genera ansiedad ante la perspectiva de que los poderosos impulsos destructivos destruyan, ya al objeto bueno externo, ya al introyectado. Al formar este objeto bueno interno el núcleo del Yo y del mundo interno del bebé, surge en este la intensa ansiedad frente a la posibilidad de ser él mismo el responsable de la destrucción de su mundo interno (Segal, I).

Nuevos sentimientos surgen en el niño: el duelo y la nostalgia por el objeto bueno al que se siente perdido y destruido; la culpa, experiencia depresiva típica provocada por el sentimiento de que perdió a su objeto bueno por su propia destructividad; la desesperación depresiva, en la cual el bebé recuerda que esa madre a quien ama y siempre ha amado ha sido devorada o destruida (tanto interna como externamente), y ya no podrá recurrir a ella (Segal, 1976). Y siempre se encuentra la posibilidad de una regresión a la anterior posición, si todo sale mal.

Al percibir el niño los daños que ha ocasionado al objeto que ama y del que depende, la experiencia de depresión moviliza en él el deseo de reparar a su objeto u objetos destruidos y de compensar así los daños que les ocasionó en sus fantasías omnipotentes. Como el niño cree que fueron sus propios ataques los que destruyeron al objeto, cree también que su propio amor y cuidados podrán deshacer los efectos de su agresión (Segal, 1976). “El conflicto depresivo es una lucha constante entre la destructividad del bebé y sus impulsos amorosos y reparatorios. El fracaso de la reparación conduce a la desesperación, el éxito, a renovadas esperanzas” (Segal, 1976, p. 76). El bebé podrá resolver las ansiedades propias de esta posición y recuperar externa e internamente a sus objetos buenos sólo mediante este proceso de reparación de sus objetos (externos e internos) en la realidad y en sus fantasías omnipotentes.

Bien: tenemos un fundamental cambio en el modo en que el niño experimenta a su madre respecto de la primera posición. Los dos objetos parciales (contrastantes por cierto) con los que el niño se relacionaba en la primera posición se fusionan en uno, y como resultado de este proceso de composición objetal tenemos una noción de madre como persona total, y esta es la forma que toma el otro para Melanie Klein en esta segunda posición: un objeto total que puede ser a veces bueno y a veces malo, que puede estar presente o ausente, y al que puede amar y odiar al mismo tiempo. Es de esta manera que el niño comienza a darse cuenta que sus experiencias buenas y malas no proceden de un pecho o madre buena y de un pecho o madre mala, sino de la misma madre, que es a la vez fuente de lo bueno y de lo malo. Percibir a la madre como objeto total, como persona, implica reconocerla en su independencia y autonomía, y así reconocer cuán desamparado está uno y cuánto depende de esa madre, que ahora puede no estar. Describimos ya las características y consecuencias de este proceso y pensamos adecuado, por ende, y buscando no prolongar más esta exposición, pasar a considerar qué es lo que efectivamente se constituye, para Melanie Klein, en el encuentro con el otro, en estos momentos iniciales de la vida.

La constitución y organización del aparato psíquico

Como dijimos, Melanie Klein sitúa un Yo temprano, presente desde el nacimiento, caracterizado por una profunda desorganización pero también por una tendencia hacia la integración. El encuentro del niño con su madre determina el comienzo de su primer relación objetal, la del lactante con el pecho. Disocia el pecho materno en un pecho bueno y otro malo, y este pecho, en estas dos variantes correlativas que se dan al principio de la vida, se presenta como una estructura psíquica doble cuya dinámica rige la constitución de las instancias psíquicas (Baranger, 1980). Toda la experiencia del niño en estos momen-

tos es atribuida al pecho y organizada en torno de este objeto. La naturaleza del Yo y de sus objetos se caracteriza en estos inicios por la escisión.

Continúa el desarrollo y si las experiencias sobrevienen importantes modificaciones. En Klein, la posición depresiva constituye el eje estructurante de la integración del Yo (y en esto el papel de la reparación de los objetos externos e internos es de capital importancia) (Romero, 1980). El Yo se identifica fuertemente con el objeto ideal, adquiriendo así mayor fuerza y mayor capacidad para enfrentarse con ansiedades (Segal, 1976). Este objeto ideal, este pecho bueno interiorizado, es el núcleo alrededor del cual se va constituyendo el Yo (Baranger, 1980). Los objetos introyectados durante la posición esquizo-paranoide forman asimismo las primeras raíces de SuperYo. El objeto persecutorio es vivenciado como autor de castigos crueles; el objeto ideal, con quien el Yo busca identificarse, se convierte en la parte del SuperYo correspondiente al Ideal del Yo (que también resulta persecutorio ahora por sus elevadas exigencias de perfección). La paulatina aproximación de los dos núcleos objetales (el bueno y el malo) durante la posición depresiva, acarrea una mayor integración del SuperYo. Describe Klein (1952, p. 189):

Gradualmente, a medida que el bebé reintroyecta una y otra vez un mundo externo más realista y tranquilizador y también, en cierta medida, establece dentro de sí objetos ideales e indemnes, se producen progresos esenciales en la organización del SuperYo. Sin embargo, a medida que se unen los objetos internos buenos y malos —siendo los aspectos malos atenuados por los buenos— se altera la relación entre el Yo y el SuperYo, es decir, se produce una asimilación progresiva del SuperYo por el Yo.

En las etapas tempranas de la posición depresiva el SuperYo era vivenciado como severo y persecutorio, pero a medida que se afianza la relación con el objeto total, el SuperYo pierde parte de sus aspectos monstruosos y se aproxima más a una imagen de padres buenos y amados. El SuperYo no es sólo a fuente de la culpa sino también un objeto de amor (Segal, 1976). Baranger (1980, p. 48) describe claramente este proceso:

El SuperYo se constituye por aproximación de dos núcleos objetales, extremadamente persecutorios al principio, pero semejantes en su naturaleza objetal: el pecho perseguidor y el pecho idealizado. Del objeto perseguidor, el SuperYo conserva la crueldad, la peligrosidad, la omnipotencia sometedora. Del objeto idealizado [...] hereda su grandeza, su derecho a castigar o recompensar, su poder de dictaminar lo que está bien y lo que está mal.

A medida que la madre se convierte en un objeto total, el Yo del bebé se convierte en un Yo total, escindiéndose cada vez menos en sus partes buenas y malas. Al integrarse más su Yo, al disminuir los procesos de proyección y al percibir cuánto depende del objeto ambivalente, y la ambivalencia de sus propias pulsiones y fines, el bebé descubre su propia realidad psíquica. La repetida experiencia de enfrentar la realidad psíquica, implicada en la elaboración de la posición depresiva, aumenta la comprensión del bebé del mundo externo. Paralelamente, la imagen de los padres, antes distorsionada en figuras idealizadas y terribles, se aproxima gradualmente a la realidad. El niño advierte su propia existencia, y la de sus objetos como seres distintos y separados de él. Advierte sus propios impulsos y fantasías y comienza a distinguir entre fantasía (realidad psíquica) y realidad externa (Segal, 1976). La prueba de realidad existe desde el nacimiento, pero en la posición depresiva esta prueba se afirma, se hace más significativa y se vincula más con la realidad psíquica.

Los impulsos reparatorios son la base de la creatividad y la sublimación, el bebé adquiere la capacidad de amar y respetar a las personas, adquiere asimismo la capacidad de responsabilizarse, de sentir preocupación por sus objetos y de tolerar la culpa. A lo largo del desarrollo y con la elaboración de la posición depresiva, el Yo se va fortificando, gracias al crecimiento y a la asimilación de objetos buenos, introyectados en el Yo y en el SuperYo. Una vez alcanzada esta fase del desarrollo, el bebé ha establecido y asegurado su relación con la realidad (Segal, 1976).

Capítulo 2: Margaret Mahler

Pionera en el psicoanálisis de niños, Margaret Mahler fue rigurosa en la exploración de los primeros años de vida, llegando a hipótesis que cobraron gran relevancia en el campo del psicoanálisis infantil, siempre a partir de una sistemática observación de numerosos casos. Su obra continúa el trabajo de Freud sobre el desarrollo libidinal y los estudios de Spitz sobre el psiquismo temprano, y su pensamiento dio un marco de referencia para entender el surgimiento y la consolidación de un sí-mismo² diferenciado (López de Parada, 1997). Mahler será, después de Spitz, una pionera en el estudio del desarrollo precoz, de las relaciones de objeto y del desarrollo del self, y es probable que el impacto de su obra se deba, en parte, a que ofrece una teoría de la relación precoz madre-hijo que hace contrapeso a las obras de Klein y de Winnicott, poco conocidas en Estados Unidos (Cramer, 1989).

De origen húngaro, emigra al comenzar la guerra a los Estados Unidos, donde continúa su carrera. En Nueva York entra en contacto con Hartmann, Kris, Loewenstein y Greenacre, que influyen decididamente en su interés por el desarrollo del niño. La psicología psicoanalítica del Yo de Hartmann, corriente dominante en ese entonces en Estados Unidos, marcará todas sus hipótesis e investigaciones. Tomará de Hartmann concepciones que orientarán su pensamiento a lo largo de toda su vida, tales como la idea de adaptación, las funciones autónomas del Yo (innatas, constitucionales, no nacidas de conflictos y que predisponen al niño a la adaptación: la motricidad, la percepción, el lenguaje, etc.), la idea de sí-mismo, la fase de indiferenciación, y la observación directa como método (Cramer, 1989).

Asimismo, la obra de Mahler, nos dice López de Parada (1997), se apoya en dos pilares de la metapsicología freudiana: 1) el infante humano tiene al nacer un aparato psíquico incapaz de dominar el incremento de tensión; está en un desamparo total y bajo una absoluta dependencia de su madre; 2) las relaciones objetales tempranas son fundantes del desarrollo posterior. La contribución de Mahler ocupa una posición crucial y paradójica dentro del psicoanálisis.

Su descripción del niño inmerso en una fusión simbiótica y de su gradual desprendimiento hasta lograr un sí-mismo independiente provee una imagen del niño como una criatura que tiene que reconciliar sus deseos de conseguir una existencia autónoma con la igualmente poderosa necesidad de rendirse y volver a sumergirse en la fusión de la que salió (López de Parada, 1997, p. 38).

Partiendo del estudio de patologías severas en la infancia, pasa al proceso evolutivo normal del niño, centrándose en el desarrollo del sí-mismo y de la relación de objeto, y llegando finalmente a postular lo que será su contribución esencial al campo y el eje sobre el cual organizaremos las contribuciones de esta autora a lo largo de este capítulo: el proceso de separación-individuación.

El proceso de separación individuación

La obra de Mahler sobre la separación-individuación fue un hito en la teoría del sí-mismo; impulsó el pensamiento psicoanalítico hacia el enfoque de relaciones objetales; también formuló de modo más concreto la interacción real entre madre e hijo, admitiendo la importancia de la dinámica interpersonal, sin negar la realidad inconsciente interna (Benjamin, 1996). “Sin embargo, su construcción teórica de la primera infancia reitera la antigua concepción del bebé que nunca levanta la vista del pecho. Este bebé, que rompe el cascarón como un pájaro para salir del huevo de la simbiosis, es a continuación llevado al mundo por los oficios de su madre, así como Freud pensaba que el Yo adquiriría ser por la presión del mundo externo” (Benjamin, 1996, p. 31).

Bien, esta teoría de separación-individuación describe, en términos generales, el gradual desprendimiento del niño respecto de una unidad simbiótica inicial con la madre, el desarrollo del sentido de identidad y la diferenciación progresiva del sí-mismo y de su madre. Formulada en términos de Yo y objeto, se ve avanzando progresivamente al niño hacia la autonomía y la separatividad, promoviendo este proceso la creación de estructura psíquica por medio de la internalización del objeto al servicio de una mayor independencia (Benjamin, 1997). Esta perspectiva, seguimos con Benjamin, es infanticéntrica pues no le interesa la fuente de las respuestas de la madre, que no sólo reflejan su patología o salud sino también su subjetividad necesariamente independiente. Esta teoría pasa por alto también el placer de la relación en desarrollo con un partenaire tan importante como es la madre.

Dice Mahler (1977, p. 77) del proceso de separación-individuación:

El proceso intrapsíquico de separación-individuación sigue dos caminos evolutivos inter-vinculados, pero no siempre conmensurados ni en avance simétrico. Uno es el carril de la individuación, la evolución de la autonomía intrapsíquica, la percepción, la memoria, la cognición, la prueba de realidad; el otro es

2. En diferentes ediciones encontramos ocasionalmente los términos self y sí-mismo para referirse al mismo concepto: el investimento de la representación del sí mismo (Cramer, 1989). En este trabajo optamos por utilizar el término sí-mismo, más acorde a nuestro vocabulario castellano.

el carril evolutivo intrapsíquico de la separación que sigue la trayectoria de la diferenciación, el distanciamiento, la formación de límites y la desvinculación de la madre. Todos estos procesos de estructuración culminarán eventualmente en auto-representaciones internalizadas, que se distinguen de las representaciones internas de los objetos.

La individuación corresponde, de esta manera, a la autonomía de los procesos intrapsíquicos (López de Parada, 1997), al investimento progresivo de las funciones del Yo: en particular, el establecimiento de una representación constante del sí-mismo, ligada dialécticamente a la del objeto (Cramer, 1989), y a *"the infant's taking on individual characteristics, usually characteristics of the mother from whom he or she is developing separateness"* (Pine, 2004, p. 511); la separación, en cambio, está unida a la diferenciación y la formación de límites yoicos (López de Parada, 1997), se refiere no sólo a la separación física sino también, y fundamentalmente, al proceso intrapsíquico, tratándose por lo general de la emergencia fuera de la fusión simbiótica y, en este movimiento, del investimento progresivo de la madre como objeto -esta representación, aún muy imperfecta, está aún ligada a la insatisfacción, pero evoluciona luego hacia un estadio más avanzado: la constancia del objeto. La noción de separación remite, de esta manera, al desarrollo de la relación del objeto (Cramer, 1989)-.

La Ruptura del cascarón: las dos fases narcisistas. Anobjetalidad y preobjetalidad.

El nacimiento biológico es un hecho puntual. El nacimiento psicológico es un lento proceso intrapsíquico que no coincide con el primero (López de Parada, MM). Mahler concibió al niño como nacido en lo que ella llamó la Fase Autística Normal, donde encontramos una relativa ausencia de catexia de los estímulos externos, y donde el investimento libidinal se orienta hacia el interior del cuerpo. Esta falta innata de respuesta a los estímulos externos fue lo que llevó a Freud a hablar de una barrera inicial que se opone a los estímulos (Freud, 1895, 1920). Dice Mahler (1977, p. 54): "el infante está protegido contra los estímulos externos, en una situación semejante al estado prenatal, para facilitar el crecimiento fisiológico". Ahora bien, esta ausencia de catexia de los estímulos externos es relativa, ya que existe en el neonato cierta responsividad a estímulos externos, dada en los llamados períodos de "inactividad alerta". Es esta responsividad pasajera a los estímulos exteriores lo que contribuye a la continuidad entre la fase autística y las posteriores.

En esta fase, el infante pasa la mayor parte del tiempo en un estado de semisueño y semivigilia: se despierta sobre todo cuando el hambre u otras tensiones provocadas por la necesidad lo perturban. Está en un estado crepuscular, como encerrado en sí mismo, alejado de toda la realidad externa (López de Parada, 1997). Hay un predominio de procesos fisiológicos más que de procesos psicológicos (Mahler, 1977). "En este estadio el infante parece hallarse en una situación de desorientación alucinatoria primitiva, en la cual la satisfacción de necesidades parece pertenecer a su propia órbita 'incondicionada', omnipotente y autística" (Mahler, 1977, p. 54). El infante no puede diferenciar las atenciones de la madre dirigidas a reducir los estados de tensión derivados de sus necesidades, de sus propios intentos de reducir la tensión (orinar, defecar, toser, estornudar, escupir, vomitar, etc.). Describe López de Parada (1997, p. 39) el estado del aparato psíquico en estos iniciales momentos:

El aparato psíquico primitivo está constituido por un Yo-ello indiferenciado, catectizado con una mezcla también indiferenciada de libido y agresión. No existe diferencia Yo-no Yo, la catexia libidinal refuerza la barrera protectora frente a los estímulos y protege a este yo rudimentario de la tensión traumática. Los canales de comunicación con el mundo externo todavía no funcionan porque los órganos sensoriales están decatectizados.

La tarea de esta fase autística es el logro del equilibrio homeostático del organismo dentro del nuevo ambiente extrauterino, por medio de mecanismos predominantemente fisiológicos (Mahler, 1977).

Hallamos aquí, una primera fase de narcisismo primario (absoluto), caracterizada por la falta de conciencia del niño respecto de la existencia de un agente maternante. "Al neonato sólo le preocupa la satisfacción de sus necesidades y la reducción de la tensión. Se rige por la satisfacción alucinatoria de deseos, todavía no puede buscar fuentes de satisfacción en el mundo externo. Ésta es la etapa del narcisismo primario absoluto, no hay objeto externo" (López de Parada, 1997, p. 40). Sólo la maternación puede sacar gradualmente al infante de su tendencia innata a la regresión vegetativa, y promover la conciencia sensorial del ambiente y del contacto con él (Mahler, 1977). Es decir, sólo la madre puede promover un desplazamiento progresivo de la libido desde dentro del cuerpo hacia su periferia. Pero, preguntémosnos ahora, ¿cómo es que el neonato percibe a su madre en estas primeras semanas de vida? La fase de autismo normal y su sucesora, la de simbiosis normal, son los dos primeros estadios del desarrollo, y están marcadas ambas por una ausencia de diferenciación. Sumergidas esencialmente en el narcisismo primario, es sólo a partir de estos estadios que se opera una diferenciación entre el Yo y las otras estructuras, y entre las representaciones del sí-mismo y de los objetos (Cramer, 1989). La fase

de simbiosis normal deberá ocuparnos en lo inmediato, digamos ahora de la anterior: la fase de autismo normal es anobjetal, es decir que no hay objeto externo. El infante no tiene conciencia en estos momentos de la existencia de una madre. ¿Qué forma toma el otro en la fase autística normal? No hay otro en esta fase para el niño, no hay conciencia por parte del niño de la existencia de un agente maternante.

Con el transcurso del tiempo, el infante comienza a diferenciar entre una calidad de experiencia “placentera o buena” y otra “penosa o mala”. Vemos en esto importantes concordancias con la primaria escisión en Klein del objeto en pecho bueno y malo. Dice Mahler (1977, p. 56): “por obra de la facultad perceptiva innata y autónoma del Yo primitivo, aparecen rastros mnémicos de las dos cualidades primordiales de estímulos dentro de la matriz indiferenciada primigenia”.

Sólo a partir del segundo mes, aparece una oscura conciencia del objeto que satisface las necesidades, lo cual marca el ingreso en la Fase de Simbiosis Normal, en la que el infante se comporta y funciona como si él y su madre constituyeran un sistema omnipotente, una unidad dual dentro de un límite unitario común. Esto es quizás lo que Freud describió con el nombre de sentimiento oceánico (Freud, 1929). Dice Cramer (1989, p. 92): “A partir del segundo mes, aproximadamente, el niño empieza a investir el exterior y a vivir de una forma muy confusa la existencia de un preobjeto que serviría para reducir sus estados de tensión”. La barrera sólida contra los estímulos comienza a resquebrajarse, pero es sólo transitoriamente, en el estado del sensorio que se denomina inactividad alerta, que el infante pequeño acepta la entrada de estímulos provenientes de fuera del sistema unitario omnipotente (Mahler, 1977). “A raíz del giro catéxico hacia la periferia sensorio-perceptiva, comienza ahora a formarse y a envolver la órbita simbiótica de la unidad dual madre-hijo, un escudo contra estímulos que es protector, pero también es receptivo y selectivo y está positivamente catexiado” (Mahler, 1977, p. 56).

La necesidad que tiene el niño de su madre en esta fase de simbiosis normal es absoluta; la necesidad que la madre tiene de su niño es, en cambio, relativa. Es sólo mediante la complementación con la relación emocional establecida mediante el cuidado materno, que el Yo rudimentario del neonato y del infante pequeño puede ir diferenciándose y organizándose para la adaptación. Es sólo dentro de esa matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica respecto de la madre que puede darse este proceso. Habla Mahler de una “conducta de sostenimiento” de la madre, de una “preocupación maternal primaria”. La madre es para Mahler (1977, p. 60), en esta fase, “el organizador simbiótico, el partero de la individuación, del nacimiento psicológico”. Resuenan en nosotros estas palabras y despiertan el recuerdo de las de Winnicott, al hablar este autor de la función de sostenimiento del cuidado materno (Winnicott, 1960). La conducta de sostenimiento de la madre es fundamental para el buen anclaje del bebé en la órbita simbiótica. En ausencia de un Yo bien estructurado, la madre sustituye sus funciones, filtrando y amortiguando el impacto de los estímulos tanto internos como externos. Sin esta protección, el lactante se sentiría abrumado por los estímulos (López de Parada, 1997, p. 42)

Mahler (1977, p. 56) entiende por simbiosis “ese estado de indiferenciación, de fusión con la madre, en el que el Yo no está aún diferenciado del no-yo y en que lo interno y lo externo sólo están llegando en forma gradual a ser sentidos como diferentes”. El rasgo esencial de esa simbiosis es una fusión alucinatoria somatopsíquica omnipotente, con la representación de la madre y la ilusión de un límite que envuelve a dos individuos físicamente separados (López Parada, 1997; Mahler, 1977).

Dentro de la matriz simbiótica comienza a estructurarse el Yo. Los cuidados maternos facilitan el desplazamiento progresivo de la libido desde el interior del cuerpo hacia la periferia. El infante muestra una creciente sensibilidad a los estímulos externos; hay un incipiente reconocimiento de un objeto externo (López de Parada, 1997). Es la respuesta inespecífica de sonrisa lo que señala, para Mahler (1977), la entrada en el estadio de la relación con un objeto que satisface las necesidades. Es la cara humana (“frente a frente”) en movimiento y el encuentro mirada a mirada, el primer percepto significativo, el engrama mnémico que suscita la sonrisa no específica llamada social. Es de esta manera que el niño comienza a catectizar la periferia (en esta fase por periferia se entiende la “unión dual madre-hijo”). El niño opera inversiones temporales de la madre y de sus actitudes maternas bajo la presión de sus necesidades; esta necesidad hará surgir poco a poco un deseo, y ello gracias a la progresión lenta de la comprensión de que la madre es un objeto parcial diferente de él mismo (Cramer, 1989). Esta es la matriz a partir de la cual se formarán las relaciones interpersonales posteriores (López de Parada, 1997). Dice Mahler (1977, p. 61): “en esta etapa se va catexiando cada vez más el mundo, especialmente en la persona de la madre, pero como unidad dual con el Yo aún no claramente delineado, delimitado y experimentado. La catexia de la madre es el principal logro psicológico de esta fase”. Al mismo tiempo, y de acuerdo con las secuencias de placer-dolor, ocurre la demarcación de las representaciones del Yo corporal dentro de la matriz simbiótica. Estas representaciones se depositan en forma de “imagen corporal” (Mahler, 1977). “Desde el punto de vista de la imagen corporal, el cambio de una catexia predominantemente propioceptiva-enteroceptiva a una catexia sensorio-perceptiva de la periferia es un paso fundamental

en el desarrollo” (Mahler, 1977, p. 59). Las sensaciones internas del infante constituyen el núcleo de su sí-mismo, el punto central de cristalización del “sentimiento de sí-mismo”, en torno al cual llegará a establecerse un “sentimiento de identidad”.

Si bien prevalece aún el narcisismo primario, en esta fase de simbiosis normal no es tan absoluto como lo era en la anterior. “El infante comienza oscuramente a percibir la satisfacción de sus necesidades como algo que viene de algún objeto-parte que satisface esas necesidades –aunque todavía desde la órbita de la unidad dual omnipotente simbiótica-, y se vuelve libidinalmente hacia esa fuente o agente de maternación” (Mahler, 1977, p. 58). Para el niño no existen en esta fase aún, diferencias entre él y su madre, ambos constituyeran una unidad, un sistema omnipotente. Es aún imperfecta la percepción de lo que está adentro y afuera, de lo que es Yo y no-yo, pero comienza una (oscura) conciencia de un otro externo que satisface las propias necesidades, “un incipiente reconocimiento de un objeto externo” nos dirá López de Parada (1997, p. 41), una “progresión lenta de la comprensión de que la madre es un objeto parcial diferente de uno mismo” para Cramer (1989, p. 93). Dice Mahler (1977, p. 61): “Postulamos que la experiencia de dentro y de fuera es todavía vaga; el objeto más catexiado, la madre, es aún un ‘objeto parcial’”. Entonces, ¿cuál es la forma que adopta el otro para Mahler en este momento? El otro está comenzando a existir para el niño en la fase simbiótica normal. Esta fase es preobjetal, y en ella se esbozan los precursores del sí-mismo y del objeto. Niño y madre están inmersos en una simbiosis en la cual no hay diferencias para el niño. Todo es parte del mismo sistema. Pero hay un comienzo, una conciencia incipiente, una sospecha de que dentro de esa órbita simbiótica hay un otro (objeto-parte nos dirá Mahler, objeto parcial) cuyo aporte es tal que le resulta indispensable para subsistir. Consideramos que esta fase de simbiosis normal coincide con el inicial estado de fusión del niño respecto de su madre de Winnicott; la forma del otro para uno y otro autor en este momento también presenta importantes paralelismos.

Resumamos: la fase autística normal sirve para la consolidación postnatal del desarrollo fisiológico extrauterino, promoviendo la homeostasis postfetal. La fase simbiótica normal marca la importante capacidad filogenética del hombre para investir a la madre dentro de una vaga unidad dual, que constituye la base a partir de la cual se forman todas las relaciones humanas siguientes (Mahler, 1977). Ahora pasemos entonces finalmente a la descripción del proceso de separación-individuación sin dejar de decir antes que el mismo “se caracteriza por un continuo aumento de la conciencia de separación del sí-mismo y del otro, que coincide con los orígenes del sentimiento de sí-mismo, de la verdadera relación de objeto y de la conciencia de una realidad existente en el mundo exterior” (Mahler, 1977, p. 60). El proceso de separación-individuación está dividido en 4 subfases: 1) diferenciación y desarrollo de la imagen del cuerpo; 2) ejercitación locomotriz; 3) acercamiento; 4) consolidación de la individualidad y los comienzos de la constancia objetal emocional. Comencemos con la subfase de diferenciación.

Diferenciación: el primer vestigio del otro

La evolución ontogénica del sistema perceptivo conciente, el consecuente aumento de los momentos e intensidad de la atención, la mayor actividad y alerta del niño mientras está despierto, el mayor investimento hacia el exterior, estimulado por el placer funcional por los logros madurativos, la aparición de diversas actividades de exploración del niño respecto del rostro de su madre, el desarrollo del objeto transicional; todos estos fenómenos marcan la creciente separación del niño respecto de su madre y, fundamentalmente, su diferenciación respecto de ella (Cramer, 1989). La observación de conductas tales como tirar del cabello, las orejas o la nariz de la madre, poner comida en su boca y poner el cuerpo tenso para apartarse de ella y poder contemplarla mejor, nos hablan de aquellos intentos del niño de experimentar la separación-individuación. Aparecen asimismo signos visibles y definidos de que el bebé comienza a diferenciar su propio cuerpo del de su madre (Mahler, 1977).

La respuesta inespecífica de sonrisa se hace voluntaria y específica de la relación del niño con su madre. “Es el signo de que se ha establecido una relación específica. Es uno de los primeros signos de diferenciación” (Cramer, 1989, p. 94). Dice Mahler (1977, p. 65): “Durante los meses simbióticos [...] el infante pequeño se ha familiarizado con la mitad maternante de su yo simbiótico, como lo indica la sonrisa social no específica. Esta sonrisa se transforma gradualmente en la respuesta específica (preferencial) de sonrisa a la madre, que es el signo crucial de que se ha establecido un vínculo específico entre el infante y su madre”.

Si el niño alcanza un estado de anclaje satisfactorio en la simbiosis, se irá aventurando poco a poco más allá de la órbita simbiótica, emergiendo siempre lentamente de la misma y respondiendo a estímulos cada vez más lejanos (López de Parada, 1997). “Ahora distingue entre sensaciones internas y percepciones externas, con un creciente reconocimiento del sí-mismo y del objeto. Se interesa cada vez más en el cuerpo de la madre y se puede observar cómo la compara visualmente con otras personas. Este es el comienzo de la diferenciación somatopsíquica” (López de Parada, 1997, p. 43).

Hacia el final de esta subfase, el niño ya es capaz de dar los primeros pasos; ya comienza a dominar la posición erecta. Gracias a este desarrollo motor, comienza a aventurarse un poco más lejos de la madre, explorando el ambiente cercano pero siempre regresando junto a ella, a quien ya logra reconocer entre extraños. Dice Mahler (1977, p. 70): “una vez que el infante ha llegado a individuarse lo suficiente como para reconocer el rostro de su madre [...] y una vez que se familiariza con la modalidad y la manera de sentir en general de su partícipe en la diada simbiótica, se aplica luego [...] a una prolongada exploración visual y táctil y al estudio de los rostros y la gestalt de otros. [...] Parece estar comparando y controlando los rasgos del rostro del extraño con los del rostro de su madre”. Aquí se inscriben las reacciones de angustia frente al extraño. “Cuando la simbiosis ha sido óptima, el niño tiene una confianza que le permite desarrollar la curiosidad e inspeccionar a personas extrañas. Cuando la etapa simbiótica no fue satisfactoria, la angustia ante extraños es extrema e interfiere con las conductas exploratorias” (López de Parada, 1997, p. 44). Con la autonomía motora e intelectual, el niño pasa, lentamente, a ser una persona separada y diferente de la madre.

En esta subfase, el niño comienza su proceso de separación y diferenciación, haciendo sus primeros intentos de ruptura, en un sentido corporal, con la situación de unidad dual con la madre (Mahler, nacimiento). La conciencia que tiene de sí-mismo y de su madre como objeto separado aumenta considerablemente. “La búsqueda de distancia durante la subfase de diferenciación parecería ir acompañado por una mayor conciencia de la madre como persona especial” (Mahler, 1977, p.74). El niño está preparado entonces para ingresar en la subfase de ejercitación locomotriz, en la cual se distinguen dos períodos.

Ejercitación locomotriz: el otro como base de operaciones

El primero se caracteriza por la más temprana capacidad del infante de alejarse físicamente de su madre (Mahler, 1977). Tres desarrollos son fundamentales aquí: la rápida diferenciación corporal de la madre, el establecimiento de un vínculo específico con ella, y el desarrollo y funcionamiento de los aparatos autónomos del Yo en estrecha proximidad con la madre. Las funciones autónomas del Yo maduran aceleradamente (López de Parada, 1997). El interés del infante por su madre sigue prevaleciendo, pero comienza a extenderse hacia objetos inanimados del exterior. El vínculo del niño con la madre se basa ahora en la capacidad de ésta para proveerle sostén emocional.

La expansión de la capacidad locomotriz durante la primera subfase de ejercitación permite al niño separarse más de la madre, ampliándose así su mundo, que abarca ahora un segmento más amplio de la realidad (Mahler, 1977). El rasgo principal de esta subfase es el investimento en el ejercicio de las funciones autónomas, especialmente la movilidad, hasta la casi total exclusión de un evidente interés en la madre en determinados momentos. A pesar de esto, siempre busca el niño volver a ella, pues parece necesitar su proximidad física. Durante toda la subfase de ejercitación la madre es siempre necesaria como punto estable, como “base de operaciones”, que satisface la necesidad de reabastecimiento mediante contacto físico. La confianza que la madre le transmite al niño es importante para que éste convierta algo de su omnipotencia mágica en autonomía y autoestima (López de Parada, 1997).

Los primeros pasos independientes del niño en posición vertical señalan el comienzo del período de ejercitación locomotriz por excelencia, con una ampliación sustancial del mundo (humano e inanimado) y de la prueba de realidad. El niño parece en este período, en cierto modo, abandonar las necesidades de contacto con la madre en provecho del ejercicio de sus funciones (Cramer, 1989). Dice Mahler (1977, p. 84): “el deambulador da el paso máximo en la individuación humana. Camina libremente en postura vertical. Así, cambia el plano de su visión; desde una posición estratégica enteramente nueva descubre perspectivas, placeres y frustraciones inesperados y cambiantes”. La marcha proporciona al deambulador, nuevos descubrimientos y pruebas de realidad del mundo. “En el mes que sigue al logro de la locomoción activa libre, la afirmación de la individualidad avanzaba a pasos agigantados. Esto parece ser el primer gran paso hacia la formación de la identidad” (Mahler, 1977, p. 85).

El niño es cada vez más activo en sus intercambios con el medio. La característica principal de este período de ejercitación es el gran investimento narcisístico del niño en sus propias funciones, su propio cuerpo, y los objetos y objetivos de su “realidad” en expansión (Mahler, 1977).

El niño se concentra en la ejercitación y dominio de sus propias habilidades y capacidades autónomas [...] Sus propias habilidades lo regocijan, está continuamente deleitado con los descubrimientos que realiza en su mundo en expansión, casi enamorado de ese mundo y de su propia grandeza y omnipotencia. Podríamos considerar la posibilidad de que la exaltación de esta subfase tenga que ver no sólo con el ejercicio de los aparatos del Yo, sino también con la alborozada huida de la fusión con la madre (Mahler, 1977, p. 85).

Hay una conciencia creciente de pérdida de la mitad simbiótica maternante del Yo. El niño se da cuenta de que la madre es independiente de él y no está siempre a su disposición (López de Parada,

1997). Cuando los infantes se daban cuenta de que su madre no estaba en la habitación con ellos, se observaba una bajada de tono: en esas oportunidades, disminuía su movilidad gestual y de actuación, se reducía su interés en el ambiente, y parecían estar preocupados con una atención concentrada hacia adentro (Mahler, 1977). De esta manera, tenemos, por un lado, episodios de angustia al experimentar el niño la separación de la madre, pero también temores suyos frente al peligro de ser reabsorbido por la “madre de la separación”, vivida como peligrosa porque en ella se proyecta la omnipotencia mágica perdida (López de Parada, 1997). Así entramos en la subfase de acercamiento.

Acercamiento: el otro independiente y autónomo

La crisis de acercamiento, punto estratégico del desarrollo, es el resultado de la pérdida de la omnipotencia previa como consecuencia de las frustraciones que el ambiente depara al niño. Es el punto de convergencia de tres ansiedades tempranas: el temor a la pérdida de objeto, a la pérdida de amor del objeto, y las primeras señales de angustia de castración. Con la adquisición de la locomoción vertical libre y con el desarrollo de las funciones cognitivas, el niño ha emergido como una persona separada y autónoma (Mahler, 1977). Dice Cramer (1989, p. 97):

En las descripciones de Mahler, es ésta la fase más estudiada; la considera como un momento de giro crucial en la evolución del niño porque en él se encuentran simultáneamente nuevos desarrollos: el desarrollo del pensamiento simbólico, el investimiento de las funciones del Yo, particularmente las funciones motrices, así como la transformación de la fase anal seguida de los descubrimientos de la diferencia entre sexos, todo lo cual se enmarca en un inicio de identidad más pronunciada y la adquisición de un mayor registro de expresiones afectivas.

El niño ya domina la bipedestación. Sabe que puede separarse de la madre cuando así lo desea. El contacto emocional con la madre es ahora reemplazado por una interacción más amplia que incluye al padre y a los otros miembros de la familia. Los intercambios sociales pasan a ser el principal interés del niño. Aparece un interés constante del niño por determinar dónde está su madre y una búsqueda deliberada del contacto corporal con ella pero, al mismo tiempo, se asiste a formas evidentes de separación e independencia de la misma, en lo que representa una verdadera actitud paradójica, entre una mayor capacidad de comportamiento independiente y una necesidad renovada de contacto íntimo con ella (Cramer, 1989), “un deseo de que la madre comparta con él todas sus nuevas habilidades y experiencias, una gran necesidad de amor objetal” (Mahler, 1977, p. 91). Surge así una fuerte ambivalencia por el intenso conflicto entre la necesidad de la ayuda materna y el deseo de separación. Teme el niño tanto perder a la madre como volver a sumergirse en la órbita simbiótica. Su interacción con la madre madura hacia niveles superiores: se vuelven más importantes el lenguaje simbólico, la intercomunicación verbal y de otros tipos, y el juego (para Mahler, organizadores que presiden el nacimiento psicológico del infante). El niño ya no está del todo inmunizado contra el sentimiento de frustración que padece en su relación con el exterior. La conciencia creciente de su separación respecto de su madre amenaza con destruir su autoestima, su amor propio y, en particular, su sentimiento de poder mágico. El desarrollo pulsional agresivo que se observa ahora, expresado en fenómenos de celos, de envidia y de deseos de posesión, contribuye a aumentar la angustia de separación del niño.

Hay un desarrollo muy importante de diferentes funciones del Yo y un avance particular de la línea de individuación. La gama de los afectos experimentados por el deambulador se amplía y se vuelve muy diferenciada. Se observan asimismo en esta edad, muchos signos de identificación en el niño con las actitudes de otros, especialmente la madre y el padre. Encontramos en esto, un nivel superior de identificación yoica —no tenía las características introyectivas o especulares de períodos anteriores (Mahler, 1977).

El niño en esta etapa debe deponer su ilusión de omnipotencia. Comienza a entender que sus padres son individuos distintos de él y que tienen sus propias ocupaciones e intereses. Hay una considerable mejoría en la diferenciación intrapsíquica del sí-mismo y del objeto. El proceso de internalización de la imagen materna está en su apogeo (López de Parada, 1997). La disponibilidad de la madre en estos momentos es fundamental para que el Yo autónomo del niño alcance su capacidad óptima. Dice Mahler (1977, p. 91): “Es el amor de la madre por el deambulador y su aceptación de la ambivalencia de éste, lo que permite al niño catectizar su auto-representación con energía neutralizada”. El compromiso emocional por parte de la madre parece facilitar el rico despliegue de los procesos de pensamiento del deambulador, la prueba de realidad y la conducta imitativa. “El desarrollo emocional de la madre en su maternidad, su disposición emocional a dejar que el deambulador se separe [...], a alentarle hacia la independencia, es de enorme utilidad. Puede ser incluso un elemento sine qua non de la individuación normal” (Mahler, 1977, p. 94).

Detengámonos un momento y miremos para atrás. Largo fue el camino recorrido por el niño desde la fase de simbiosis normal. Ha iniciado un complicadísimo proceso de diferenciación y separación respecto

de aquella madre a la que aún no reconocía, siendo sólo la otra mitad de un sistema unitario. En la subfase de diferenciación el niño ha comenzado a diferenciar su propio cuerpo del de su madre. Comienzan a diferenciarse asimismo las representaciones del sí-mismo y del objeto. La respuesta específica de sonrisa declara que el niño ya comienza a reconocer a su madre como individuo separado de él, ya comienza a familiarizarse y a interesarse por ella. La conciencia que tiene de sí-mismo y de su madre como objeto separado y especial aumenta considerablemente. La sospecha se materializa: ya aparece el primer vestigio de otro para Margaret Mahler, otro como objeto parcial que satisface, que cuida, que ama. El niño ingresa en la subfase de ejercitación locomotriz: su mundo se amplía de manera abrumadora, sus nuevas capacidades lo regocijan, la separación se consolida, la individualidad se afirma, cimiento de la futura identidad. Tan abstraído está el niño en sus nuevas capacidades y descubrimientos, que parece olvidarse por momentos de su madre. Hay en esta fase una conciencia creciente de pérdida de la mitad simbiótica maternante del Yo. El niño se da cuenta de que la madre es independiente de él y no está siempre a su disposición para ayudarlo cuando tiene frustraciones. Un nuevo vínculo se establece con ella: la madre se vuelve fundamental como punto estable, como “base de operaciones” nos dirá Mahler, que satisface las necesidades del niño de reabastecimiento emocional. La subfase de reacercamiento encuentra al niño como individuo que ya ha emergido como persona separada y autónoma. El niño domina la bipedestación: sabe que puede separarse de la madre cuando así lo desea. Los intercambios sociales se vuelven su principal fuente de interés. La mayor capacidad de comportamiento independiente del niño, y su creciente separación, aumentan la conciencia de la madre (y el padre ahora también cobra relevancia) como individuo separado e independiente, con intereses propios y ocupaciones que no lo implican. Dice Mahler (1977, p. 104): “durante el período de ejercitación el niño no parecía reconocer a la madre como una persona separada de existencia autónoma. Más o menos en torno a los 15 meses, la madre ya no era sólo la ‘base de operaciones’; parecía estarse transformando en una persona con la cual el deambulador deseaba compartir sus descubrimientos del mundo, cada vez más amplios”. Todo esto genera la necesidad de contacto corporal con la madre, y su búsqueda constante para compartir los placeres y las frustraciones del ahora enorme mundo exterior. La ambivalencia hace su presencia: el niño teme perder a su madre, pero también quedar reabsorbido dentro de una nueva órbita simbiótica. El otro emerge como objeto (parcial todavía) con una vida propia e independiente, con intereses y ocupaciones ajenas al niño, y el temor que esto implica para el niño no debe dejar de ser considerado.

Aproximadamente a los 21 se observa una disminución general de la lucha por el acercamiento. “La gritería para logra el control omnipotente, los períodos extremos de ansiedad de separación, la alternancia de exigencias de cercanía y de autonomía, se calmaban [...], pues cada niño parecía una vez más encontrar la distancia óptima respecto de su madre, la distancia en la cual su funcionamiento era óptimo” (Mahler, 1977, p. 116). Es al final de la subfase de acercamiento cuando se espera que la conducta de acercamiento ceda paso a la constancia del objeto libidinal.

Consolidación de la individualidad y comienzos de la constancia objetal emocional: el otro total y constante

Mahler sitúa aproximadamente al tercer año de vida la cuarta y última subfase y dice de ella que, a diferencia de sus precedentes, es una subfase abierta; es decir que la constancia del objeto es trabajada sin cesar a lo largo del desarrollo (Cramer, 1989). Esta subfase constituye un período evolutivo de primordial importancia ya que en el curso del mismo es donde se logra un sentimiento estable de entidad (límites del Yo) (Mahler, 1977). Para Mahler, la tarea fundamental de la cuarta subfase es, por un lado, el logro de una individualidad definida y en ciertos aspectos vitalicia, y también, el logro de un cierto grado de constancia objetal. “En la cuarta subfase, que es abierta, deben tener principio ambas estructuras internas: la constancia objetal libidinal y una autoimagen unificada basada en verdaderas identificaciones del Yo” (Mahler, 1977, p. 134). Hay una estructuralización de gran alcance del Yo, y se producen signos definidos de internalización de exigencias parentales, que indican la formación de precursores del SuperYo. El establecimiento de la constancia objetal afectiva depende de la gradual internalización de una imagen constante positivamente catexiada de la madre; es decir, la internalización de la madre como satisfactora de las necesidades y los deseos (Cramer, 1989). Esto es fundamental ya que permite que el niño funcione separadamente pese a la existencia de cierta moderada añoranza o incomodidad. La “madre interna”, la imagen interna o representación intrapsíquica de la madre, debe llegar a estar más o menos disponible en este momento, para proporcionar confortación al niño en ausencia física de la madre (Mahler, 1977). La etapa de la constancia objetal ha sido alcanzada cuando el Yo deja de usar como defensa la escisión de imágenes objetales (López de Parada, 1997). El narcisismo también evoluciona, ya que el niño llega a tolerar mejor una imagen más realista de sus poderes y sus limitaciones (Cramer, 1989).

Es solamente después de bien avanzada la constancia objetual que la madre puede ser sustituida durante su ausencia física, al menos en parte, por la presencia de una imagen interna confiable que se mantiene relativamente estable (Mahler, 1977). Sólo sobre la base de este logro, puede prolongarse y tolerarse mejor la separación temporaria. Para Mahler (1977, p. 125), la constancia objetual implica algo más que el mantenimiento de la representación del objeto de amor ausente, “implica también la unificación del objeto ‘bueno’ y ‘malo’ en una representación total”, lo cual promueve, a su vez, la fusión de los impulsos libidinales y agresivo. La cuarta subfase se caracteriza asimismo por el despliegue de funciones cognitivas complejas: la comunicación verbal, el juego simbólico, la fantasía y la prueba de realidad. “El establecimiento de representaciones mentales del Yo como algo netamente separado de las representaciones de los objetos prepara el camino para la formación de la auto-identidad” (Mahler, 1977, p. 132).

Entonces bien, hemos llegado finalmente a la última subfase del proceso de separación individuación. Hemos visto que hasta aquí la madre era para el niño un objeto parcial que satisfacía las necesidades y demandas de cuidado del niño. Pues bien el otro sufre una nueva y definitiva transformación en este momento. Dice Cramer (1989, p. 98): “En efecto, la constancia del objeto es posible gracias a una internalización de la representación del objeto en la cual se unifican sus partes buenas y malas”. El objeto bueno y el malo se unifican en una representación total: el otro, la madre, es para el niño, finalmente, un objeto total y constante.

Dispuestos ya a cerrar este capítulo, nos queda aún plantearnos un último interrogante para satisfacer de manera completa los objetivos planteados por nosotros para cada autor. Nos referimos a la pregunta que ya muchos de ustedes sospecharán: ¿qué es entonces lo que se constituye para Mahler a partir del encuentro entre el niño y ese otro que es la madre?

La constitución del aparato. Sí-mismo, entidad, individualidad e identidad.

Margaret Mahler estudiará fundamentalmente el desarrollo del sí-mismo (Cramer, 1989). Dijimos anteriormente que el Self o sí-mismo hace referencia al investimiento de la representación de sí-mismo. Hartmann introduce el concepto de sí-mismo como una función esencial del Yo, distinta de este último. Al hablar de Yo nos referimos a una instancia hecha de funciones múltiple, siendo el sí-mismo una de esas funciones, que rige la imagen que el sujeto desarrolla y mantiene de sí-mismo y de su propio funcionamiento. El sí-mismo es una expresión del narcisismo, pero su desarrollo depende de la relación de objeto. Lo que demuestra Mahler es que el sí-mismo se forma a partir de un núcleo simbiótico en el que se confunden las imágenes de sí-mismo y de la madre, y que a partir de este núcleo simbiótico se da un proceso de separación y diferenciación de las representaciones del sí-mismo y del objeto (madre), con el consecuente establecimiento de una representación constante del sí-mismo, ligada dialécticamente a la del objeto. Mahler insiste, respecto a esto, que no se puede estudiar el surgimiento del sí-mismo separado del desarrollo de la relación de objeto (López de Parada, 1997). La evolución de la autonomía intrapsíquica; el investimiento progresivo de las funciones del Yo (la percepción, la memoria, la cognición, la prueba de realidad, etc.); la diferenciación, el distanciamiento, la formación de límites, la desvinculación de la madre. Todos estos procesos de estructuralización culminarán eventualmente en auto-representaciones internalizadas, que se distinguen de las representaciones internas de los objetos, pero que están ligadas a ellas.

El aparato psíquico primitivo está constituido, para Mahler, por un Yo-ello indiferenciado, catectizado con una mezcla también indiferenciada de libido y agresión. No existe diferencia Yo-no Yo, interior-exterior. Los cuidados maternos facilitan el desplazamiento de la libido desde el interior del cuerpo hacia la periferia. El niño muestra una creciente sensibilidad a los estímulos externos y una creciente demarcación de las representaciones del Yo corporal dentro de la matriz simbiótica (depositadas en forma de “imagen corporal”). “La construcción de la imagen corporal es un proceso gradual en el que participan los mecanismos que sirven para determinar los límites del cuerpo y la función sintética del Yo que unifica las distintas partes en una imagen total” (López de Parada, 1997, p. 53). Este esquema corporal primitivo es el núcleo del sentimiento de identidad. Recordemos las palabras de Mahler (1977, p. 59): “Las sensaciones internas del infante constituyen el núcleo de su sí-mismo, [...] el punto central de cristalización del “sentimiento de sí-mismo”, en torno al cual llegará a establecerse un “sentimiento de identidad””. Dentro de esta matriz simbiótica comienza a estructurarse el Yo. Sólo a partir de estos estadios se opera una diferenciación entre el Yo y las otras estructuras, y entre las representaciones del sí-mismo y de los objetos, y sólo la maternación puede sacar gradualmente al infante de su tendencia innata a la regresión vegetativa, y promover la conciencia sensorial del ambiente y del contacto con él. Finalmente, si todo sale bien, se logrará un sentimiento estable de entidad (límites del Yo), una individualidad definida y en ciertos aspectos vitalicia. El arduo camino recorrido por el niño ha dado sus frutos: la constancia objetual libidinal y una autoimagen unificada basada en verdaderas identificaciones del Yo, son un hecho irrefutable. Hay una estructuración de gran alcance del Yo, y se producen signos definidos de internalización

de exigencias parentales, que indican la formación de precursores del SuperYo. El resultado exitoso del proceso de separación-individuación es el logro de la constancia objetal, y de un sentimiento de identidad que incluya la conciencia del propio sexo (López de Parada, 1997).

Capítulo 3: D. W. Winnicott

Winnicott se aproxima al campo psicoanalítico a partir de su trabajo como pediatra. Alimentando su pensamiento con ideas provenientes de campos diversos (el psicoanálisis tradicional de Freud, Klein, Hartmann, Kris, etc.; el psicoanálisis de base genético-evolutiva de autores como Spitz o Mahler; el pensamiento sociocultural de Mead y Erikson) y aunando sus experiencias en el campo pediátrico, especialmente en el desarrollo evolutivo infantil, con su formación psicoanalítica, elabora nuevos conceptos, acuñando para ellos nuevas denominaciones (falso y verdadero self, objetos y fenómenos transicionales, ilusión y desilusión, para nombrar algunos) que adquieren difusión y resonancia en la literatura analítica (Romano, 1980). Sin haberse establecido como iniciador de una nueva corriente o escuela, sus ideas han influido considerablemente a diversos autores de épocas y tradiciones dispares.

Winnicott ingresa en el campo psicoanalítico en un momento en el cual el mismo estaba profundamente atravesado por las ideas y desarrollos de Melanie Klein, por lo cual su teoría estará claramente influenciada por esta importante tradición. A partir de sus observaciones clínicas, subrayó la importancia del ambiente como facilitador del proceso madurativo, y al mismo tiempo, la importancia de la madre y sus cuidados como los componentes esenciales de este ambiente (Romero, 1980); la importancia de la madre como “promotora de un desarrollo psicológico sano en los primeros años de vida del niño” (Winnicott, 1951). Reconoce Winnicott (1960), de manera similar a Mahler, que los niños en su desarrollo fluctúan constantemente entre el estado de fusión con la madre (y su necesidad de la identificación emocional de la madre respecto de ellos) y la necesidad de separación de ella. Ahora bien, las características y naturaleza de ese otro que es la madre dependerán, para Winnicott, en gran medida del momento evolutivo de que se trate. Veamos.

Ilusión: omnipotencia subjetiva, dominio mágico, principio de placer. Indiferenciación, fusión y complementariedad. El “otro invisible”

Cuidados maternos

En los estadios tempranos del desarrollo, el niño pequeño y el cuidado de su madre forman una unidad; se pertenecen mutuamente y son inseparables. Dice Winnicott (1960, p. 44): “cuando nos encontramos con un niño nos encontramos con el cuidado materno, sin el cual no habría tal niño”; y luego: “no hay una cosa tal como un bebé [...] si uno se propone describir un bebé, se encontrará siempre con que debe describir un bebé y a alguien. Un bebé no puede existir solo, sino que constituye una parte esencial de una relación” (Winnicott, 1947, p. 143). En este momento la tarea fundamental de la madre consiste en ofrecerle a su niño la posibilidad de entrar en el reino de la ilusión, y sólo será capaz de hacer esto si es lo suficientemente buena para él. Es solamente en el estado de confianza que se forma cuando la madre puede ir desempeñando bien estas tareas, donde el niño puede comenzar a gozar de ciertas experiencias basadas en un “matrimonio de la omnipotencias de los procesos intrapsíquicos con su dominio de lo real” (Winnicott, 1971, p.71). La confianza en la madre ofrece los cimientos precisos para comenzar a edificar la idea de lo mágico, ofrece el terreno adecuado sobre el cual el niño puede experimentar la omnipotencia.

El rasgo característico del necesario entorno facilitador proporcionado por la madre es su preocupación por conformarse en torno a los deseos del niño, intuyendo lo que el niño necesita y proporcionándoselo. El bebé tiene la experiencia de que el deseo y su satisfacción son casi simultáneos, por ejemplo el deseo del pecho y su aparición; naturalmente supone que sus deseos producen el objeto deseado, que el pecho, su cobija, y de hecho todo su mundo son productos creados por él. Los cuidados de la madre y su conformidad a los deseos del infante crean el momento de ilusión. Así, en las primeras etapas de la vida, “la madre satisfactoria y buena” es invisible y precisamente esta invisibilidad permite que el bebé tenga la definitiva experiencia megalomaniaca y solipsista que Winnicott llama estado de “omnipotencia subjetiva”. Según este punto de vista, la experiencia relativamente prolongada de la omnipotencia subjetiva constituye los cimientos de una personalidad sana (Mitchell, 1993, p. 45).

Es interesante observar que, como se desprende de este fragmento de Mitchell, al principio el bebé casi se olvida de su madre como persona; ella “le lleva el mundo al bebé” y es el agente invisible de sus necesidades. En esta etapa de desarrollo la realidad es para el niño absolutamente subjetiva, caracterizada

por el domino mágico, la ilusión y la omnipotencia, y regida por el principio de placer. En este estado de fusión, en cual la madre se orienta a hacer real lo que el niño está dispuesto a encontrar, la criatura no dispone de ningún medio para saberse receptora del cuidado materno; la madre es "invisible" para el niño, por lo cual la visión que tendrá el niño del objeto es subjetiva. A pesar de que, en este momento, para el niño tanto lo bueno como lo malo del ambiente le parezca una proyección, no constituyen de hecho una proyección. Aquí vemos en acción la omnipotencia y el principio de placer. Pero las exigencias del desarrollo impulsarán al niño a salir de esta mágica realidad, y en este pasaje a lo objetivo el cuidado materno se vuelve indispensable. En las palabras de Winnicott (1971, p. 29): "al ser humano le preocupa desde su nacimiento el problema de la relación entre lo que se percibe en forma objetiva y lo que se concibe de modo subjetivo, y en la solución de este problema, no hay salud para el ser humano que no haya sido iniciado lo bastante bien por la madre". De esta manera, un niño no tendrá la menor posibilidad de pasar del principio de placer al principio de realidad si no existe una madre suficientemente buena. Ahora bien, es sabido que esta madre suficientemente buena es aquella que lleva a cabo una adaptación activa, de casi el cien por ciento, a las necesidades del niño, de manera que le ofrece la posibilidad de entrar en el reino de la ilusión, generando en él la ilusión de que existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear, una realidad donde el pecho se vuelve una parte de él. Esta adaptación activa de la madre respecto de las necesidades de su hijo, sobre todo al comienzo de su vida, es un elemento crucial para el crecimiento emocional del bebé, y no hay nadie como la propia madre del niño que pueda asumir y realizar esa tarea de cuidado con igual eficacia (Winnicott, 1947). Cuando la madre no es lo suficientemente buena, la maduración del yo del pequeño se ve dificultada o bien sufrirá forzosamente deformaciones en ciertos aspectos de importancia vital (Winnicott, 1962).

Surgen en el bebé ciertas necesidades a partir de las tensiones instintivas. El bebé concibe la idea de que algo podría satisfacer esas crecientes necesidades, pero en un principio no sabe qué es. "Al principio no se puede decir que el bebé sepa qué se debe crear" (Winnicott, 1971, p. 30); y en ese momento se presenta su madre, ofreciéndole su pecho y su ansia de satisfacer las necesidades de su hijo. "Aquí, el pecho existe para el niño sólo porque él puede crearlo. Se desarrolla en él un fenómeno subjetivo, que llamamos pecho materno. La madre coloca el pecho en el lugar en que el bebé esta pronto para crear, y en el momento oportuno" (Winnicott, 1971, p. 29); en esto consiste el fenómeno de la presentación del objeto para Winnicott, fenómeno que, junto con el aferramiento (sostenimiento) y la manipulación, conforman lo que para Winnicott es la función ambiental.

"El bebé es sostenido y manipulado de manera satisfactoria, y dado esto por sentado se le presenta un objeto en tal forma que no se viola su legítima experiencia de omnipotencia. El resultado puede ser el de que el bebé sepa usar el objeto y sentir que se trata de un objeto subjetivo, creado por él" (Winnicott, 1971, p. 148). Sin la cuidadosa presentación de la realidad exterior por parte de la madre, el niño carecerá de medios para establecer una relación satisfactoria con el mundo.

El patrón es el siguiente: en el bebé se desarrolla una vaga expectativa que tiene su origen en una necesidad no formulada. La madre adaptativa presenta un objeto o manipulación que satisface las necesidades del bebé, y de esta manera el bebé empieza a necesitar justamente lo que la madre le presenta. De este modo el bebé llega a adquirir confianza en su capacidad para crear objetos y para crear el mundo real. La madre da al bebé un breve período en el que la omnipotencia es una cuestión de experiencia (Winnicott, 1962, p. 72).

Esther Romero (1980), destaca el papel estructurante de ese objeto=madre real con capacidad de ser gratificador. Sin importar lo que aquella madre represente en el mundo interno del niño su presencia exterior real es fundamental. "El niño necesita que la madre esté continuamente ahí como persona entera, pues sólo como ser humano maduro y entero puede tener el amor y el carácter necesarios para la tarea" (Winnicott, 1947, p. 143).

La identificación emocional de la madre

Ahora bien, este cuidado materno está basado en la identificación emocional (identificación proyectiva nos dirá Winnicott) de la madre respecto de su hijo, identificación que emerge de la preocupación genuina de esta madre por su hijo (Winnicott, 1958). "Sin tal identificación considero que la madre no aportará lo que lo que la criatura necesita al principio: una adaptación viva a sus necesidades" (Winnicott, 1960, p. 61). Lo que le otorga a las madres su capacidad para hacer frente a las necesidades de su niño no es su conocimiento conciente, ni su comprensión intelectual de la tarea que debe llevar a cabo, sino más bien su orientación biológica, su natural devoción para con su hijo (Winnicott, 1951). De esta manera, las madres se identifican con el bebé que crece dentro suyo, lo cual les permite intuir cómo se siente aquel y las necesidades que tiene, y satisfacerlas en forma de sostenimiento y de provisión de un medio ambiente general (Winnicott, 1960). Lo natural es que la mujer que queda embarazada adquiere poco a poco este

elevado grado de identificación con su hijo, identificación que se va desarrollando durante el embarazo, alcanza su punto culminante cuando la mujer está de parto y luego desaparece paulatinamente durante las semanas y meses que siguen al alumbramiento (Winnicott, 1960bis, p. 178). Esta orientación singular de la madre respecto de su hijo se ve acompañada de manera fundamental por el medio ambiente, y dentro de este, principalmente por el padre quien se enfrenta a la realidad externa por cuenta de la madre y, a través de su apoyo material y emocional a ésta, logra que para ella resulte seguro y sensato permanecer temporalmente volcada hacia adentro, concentrada en sí misma. Llegado el momento, la madre debe mostrarse dispuesta a aflojar su identificación con la criatura³ a medida que ésta se va separando necesariamente de ella. Si la madre no es capaz de realizar esto, tendiendo a permanecer fusionada a la criatura y demorando la separación, dificultará de esta manera el normal desarrollo y crecimiento de su hijo, de lo cual resultarán importantes consecuencias. Es, en todo caso, difícil para una madre separarse de su criatura con la misma celeridad con que ésta necesita separarse de la madre (Winnicott, 1960, p. 61).

Es importante no perder de vista que en este primer momento del desarrollo existe una perfecta complementariedad entre lo que la madre ofrece y lo que el bebé puede concebir al respecto. No hay separación alguna, al principio, entre el niño y su ambiente. Poco a poco se va produciendo esta separación yo/no-yo, para lo cual resulta indispensable la cariñosa presencia de la madre. De hecho, los principales cambios se producen en la separación de la madre como rasgo ambiental percibido de manera objetiva (Winnicott, 1971). Pero en estos momentos iniciales, no hay ningún tipo de intercambio entre la madre y el niño: “en términos psicológicos, el bebé se alimenta de un pecho que es parte de él, y la madre da leche a un bebé que forma parte de ella” (Winnicott, 1971, p. 30). Esta es la descripción del inicial estado de indiferenciación, de fusión y complementariedad que se establece entre la madre y el bebé, en sus primeros estadios de desarrollo. “La normalidad, que significa tantas cosas, en cierto modo quiere decir la separación del cuidado materno efectuada por algo que entonces denominamos *criatura* o *comienzos de un niño en crecimiento*” (Winnicott, 1960, p. 44).

Bien, aclaremos un elemento que consideramos importante. Al hacer referencia Winnicott (1960bis) a la satisfacción de las necesidades del niño en esta primera etapa del desarrollo, excluye la satisfacción de los instintos. “En el terreno por el que ahora se mueve mi examen, los instintos todavía no se han definido claramente como presentes internamente en el niño. En efecto, los instintos pueden ser tan externos como pueden serlo los truenos o los golpes” (Winnicott, 1960bis, p. 171). En esta etapa, el yo del niño está en pleno proceso de fortalecimiento y dirigiéndose a un estado en que las exigencias del ello serán percibidas como parte del ser en lugar de serlo como factores ambientales. Al producirse esta evolución, las satisfacciones del ello se vuelven un importantísimo reforzador del yo, siempre y cuando el yo esté capacitado para absorberlas, de lo contrario pueden resultar altamente traumáticas.

Winnicott (1960) nos dice que la principal razón de que durante el desarrollo infantil la criatura aprenda a dominar el ello (y el Yo logre incorporarlo) estriba en el cuidado materno, en que el Yo materno complementa el Yo infantil y le dé fuerza y estabilidad. Es importante considerar también que los impulsos del ello son significativos solamente si se hallan contenidos en el vivir del Yo. Estos impulsos del ello pueden reforzar o desorganizar al yo, y siempre lo refuerzan al tener lugar dentro de una estructura de relación del yo (Winnicott, 1958).

Sostenimiento

Winnicott divide el cuidado materno en tres fases, la primera de las cuales es el sostenimiento, y es la que aquí nos corresponde tratar por coincidir la misma con esta dependencia inicial y absoluta del niño respecto de su madre. En la fase de sostenimiento la criatura necesita de ciertas condiciones ambientales que satisfagan sus necesidades fisiológicas (teniendo en cuenta que la fisiología y la psicología todavía no se han diferenciado o se encuentran en proceso de hacerlo); condiciones que deben ser estables, dignas de confianza y que entrañen la identificación emocional de la madre (Winnicott, 1960). En esta fase debemos tener en cuenta que el bebé es un ser en extremo inmaduro que en todo momento se halla al borde de una angustia inconcebible, angustia que es metabolizada y mantenida a raya por la importante función materna. La fase de sostenimiento se caracteriza por el proceso primario, la identificación primaria, el autoerotismo y el narcisismo primario. “En esta fase, el yo pasa de su estado no integrado a una integración estructurada, de manera que la criatura adquiere la capacidad de experimentar la angustia asociada con la desintegración” (Winnicott, 1960, p. 50). El desarrollo normal de esta fase, que depende en su mayor medida de la eficacia de los cuidados maternos, concluye con el status o condición de

3. Es la primera de tantas veces que deberá ser utilizada esta palabra en el presente capítulo por lo cual nos vemos obligados a aclarar que por criatura Winnicott entiende al niño de muy corta edad, al infante. Infancia, de igual manera, se refiere a una fase en la que la criatura depende del cuidado materno (Winnicott, 1960). Se trata en esencia de un período de desarrollo del yo, desarrollo cuyo principal rasgo es la integración y el control cada vez mayor del ello por parte del yo, quien aprende así a dominarlo de modo que las satisfacciones del ello se conviertan en refuerzos del yo.

unidad: la criatura se convierte en persona, en individuo por derecho propio. Este logro lleva asociado la existencia psicosomática de la criatura y el desarrollo de una membrana restrictiva entre el yo y el no-yo, por lo cual la criatura entra en posición de un interior y de un exterior y de un esquema corporal; además, gradualmente, va teniendo sentido la postulación de una realidad psíquica personal o interiorizada para la criatura. Se da también el comienzo de una mente claramente diferenciada de la psique, de donde parten los procesos secundarios y el funcionamiento simbólico.

El sostenimiento según Winnicott, “protege contra la afrenta fisiológica, toma en cuenta la sensibilidad epidérmica de la criatura (tacto, temperatura, sensibilidad auditiva, sensibilidad visual, etc.), así como el hecho de que la criatura desconoce la existencia de todo lo que no sea ella misma; incluye toda la rutina de cuidados a lo largo del día y de la noche [...]; sigue, asimismo, los cambios casi imperceptibles que día a día van teniendo lugar en el crecimiento y desarrollo de la criatura, cambios tanto físicos como psicológicos” (Winnicott, 1960, p. 55). Vale destacar que para Winnicott, el sostenimiento comprende en especial el hecho físico de sostener la criatura en brazos, que constituye a la vez una forma de amar. “Lo principal es el sostenimiento físico, base de todos los demás aspectos más complejos del sostenimiento y de la provisión ambiental general” (Winnicott, 1960, p. 61).

Otra característica de esta fase es el aislamiento de lo que Winnicott llama personalidad central, refiriéndose con aquella al “potencial heredado en fase de experimentación de una continuidad existencial y de adquisición a su modo y ritmo de una realidad psíquica personal y de un esquema corporal propio” (Winnicott, 1960, p. 52). Cualquier amenaza frente al necesario aislamiento de la personalidad verdadera constituye una intensa fuente de angustia, amenazas que surgen, nuevamente, de incapacidades en el cuidado materno.

Bien, entendemos por esto que, para Winnicott, todo ser humano nace con cierto potencial heredado, sin el cual sería imposible siquiera comenzar y aspirar a un desarrollo natural de las capacidades humanas. Siempre bajo condiciones favorables, es decir, en un ambiente que sostiene, el potencial heredado irá convirtiéndose en una continuidad de la existencia. El resultado de un buen cuidado materno, entonces, consiste justamente en que la criatura lleve en sí una continuidad existencial, base de la fuerza del yo; el fallo de dicho cuidado produce la interrupción de dicha continuidad, con el consecuente debilitamiento del yo. La alternativa al ser y existir es la reacción, la cual interrumpe el ser o existir y, por lo tanto, aniquila. “Así pues, el medio ambiente sostenedor tiene por función principal la reducción al mínimo de los peligros, ante los que la criatura tiene que reaccionar con el consiguiente aniquilamiento de su existencia personal” (Winnicott, 1960, p.53). Se desprende claramente de esto que, para Winnicott, en estas primeras fases, la angustia está relacionada con la amenaza de aniquilamiento.

Ahora bien, tenemos entonces una criatura que no puede entenderse en este momento de su desarrollo por fuera de la natural unidad que conforma con su madre. Una madre que se encuentra absolutamente volcada a su niño, que desde la profundidad de sus instintos y naturaleza, se orienta con devoción a un niño con el cual se identifica y frente al cual intuye todo lo que necesita y siente desde su estado de ilusión y dominio mágico. Entonces bien, preguntémosnos finalmente, ¿cómo percibe este niño a su madre? ¿Qué es esta madre para su niño? ¿Cómo aparece ante sus ojos?

La relación de objeto

Es interesante plantear aquí la diferencia que establece Winnicott entre lo que él denomina la relación de objeto y el uso de objeto. Dejemos el uso de objeto para más tarde y centrémonos en lo que para Winnicott es el relacionarse con el objeto, que es lo que nos interesa en esta fase. Es importante aclarar antes que para Winnicott esta relación de objeto omite toda referencia al aspecto de relacionarse, que, según él, es un ejercicio de identificaciones cruzadas (Winnicott, 1971b). “Es preciso omitirlo aquí porque pertenece a una fase de desarrollo posterior a la que me ocupa en este trabajo, es decir, al apartamiento del autocontenerse y al relacionarse con objetos subjetivos en el reino del uso de objetos” (Winnicott, 1971b, p. 119).

En la relación de objeto actúan mecanismos de proyección e identificación, y el sujeto se ve vaciado en la medida en que parte de él se encuentra en el objeto, aunque enriquecida por el sentimiento. Dice Winnicott que en la relación de objeto se puede describir al sujeto como un aislado. De esta manera, en esta primera fase de desarrollo el otro es para Winnicott un “manejo de proyecciones” (Winnicott, 1971b). El niño se relaciona en este momento de unidad con un otro concebido como *objeto de identificación/proyección* (Benjamin, 1997). Aquí no se considera la naturaleza de ese otro en tanto sí mismo; hay un objeto que no es concebido como algo exterior; el objeto está dentro de la zona de control omnipotente del niño, es una parte de él. En este estado la madre se orienta a hacer real lo que el niño está dispuesto a encontrar; consecuentemente la visión que tiene el niño del objeto es subjetiva. “La madre ofrece al niño la ilusión de que su pecho es una parte de él” nos dice Winnicott (1971). Nos habla de pecho, de

un *objeto parcial* que es parte del niño, que conforma una unidad con él. En este estadio inicial el niño se relaciona (en el sentido que Winnicott da a este término) con un objeto parcial que forma parte de él mismo. El otro para este niño no es un otro exterior ni se lo considera en su naturaleza, en lo que es por sí mismo; el otro es una parte fundamental de una unidad que conforma en los momentos inmediatos a su nacimiento; en las palabras de Mitchell (1993) el otro es invisible, en tanto no existe para el bebé sino como una parte de sí mismo, como un producto de él.

Desilusión: objetividad, principio de realidad. Separación y relaciones objetales. El otro como sujeto independiente y externo

Ahora bien, tan importante como estas iniciales experiencias de ilusión es que la madre pueda ir disminuyendo poco a poco esta adaptación casi total a las necesidades de su hijo, siempre regulando su alejamiento según la creciente capacidad del niño para tolerarlo; esto también hace a la madre una madre suficientemente buena, en igual medida que su inicial capacidad para ilusionarlo. Nos dice Winnicott (1971, p. 2): “la omnipotencia es casi un hecho de la experiencia. La tarea posterior de la madre consiste en desilusionar al bebé en forma gradual, pero no lo logrará si en principio no le ofreció suficientes oportunidades de ilusión”. Si las cosas salen bien en este proceso de desilusión queda el terreno preparado para que el bebé pueda tolerar todo ese conjunto de frustraciones que reunimos bajo el nombre de destete. Con el término destete, describe Winnicott (1951, p.27), “una tarea muy importante ya cumplida por la madre. El destete implica que la madre ha dado algo bueno, que ha esperado hasta percibir los signos indicadores de que el niño estaba en condiciones de ser destetado, y que ha llevado a cabo la tarea”, a pesar de las naturales respuestas de rabia y consecuencias de la misma. Es de este modo que inicia el niño su recorrido desde el principio de placer hasta el principio de realidad, desde el autoerotismo hasta las relaciones objetales y desde la dependencia, pasando por la dependencia relativa, hasta la independencia, estado en el cual la criatura crea los medios que le permitan prescindir de un cuidado ajeno real. “Lo consigue mediante la acumulación de recuerdos del cuidado recibido, la proyección de las necesidades personales y la introyección de detalles de dicho cuidado, con el desarrollo de confianza en el medio ambiente” (Winnicott, 1960, p. 52).

La capacidad para estar a solas en presencia de la madre. La relación del Yo

En la etapa siguiente a la fusión, el niño ya tolera quedarse solo, pero siempre en presencia de alguien, de aquella persona que ama, aquella persona digna de confianza, sabiendo siempre que se encuentra cerca y que sigue estándolo cuando se la recuerda, después de haberla olvidado (Winnicott, 1971). Esta experiencia del niño de quedarse a solas en presencia de la madre es, para Winnicott, la experiencia fundamental sobre cuya base emergerá la capacidad futura del sujeto para la soledad, lo cual es sinónimo de madurez emocional (Winnicott, 1958). Es importante también esta experiencia en el sentido de que únicamente al estar solo, siempre en presencia de otra persona, será capaz el niño de descubrir su propia vida personal. “Así pues, la capacidad para estar solo se basa en una paradoja: estar a solas cuando otra persona se halla presente” (Winnicott, 1958, p. 33). Winnicott propone un nombre para esta relación entre el niño que está solo y la madre que está con él, relación que encuentra en la base de la amistad y que constituye también la matriz de la transferencia. Relación del yo la llama, oponiéndola a la relación del ello y refiriéndose con ella a cualquier relación entre dos personas, una de las cuales, cuando menos, está sola, y en donde la presencia de cada una de ellas es importante para la otra. Esta capacidad para estar a solas depende de la existencia de un objeto bueno en la realidad psíquica del sujeto.

El concepto de la interiorización de un pecho o pene buenos, o de unas buenas relaciones, ha sido lo suficientemente defendido como para que el individuo (al menos de momento) se sienta seguro ante el presente y el futuro. La relación entre el individuo [...] y sus objetos interiorizados, junto con su confianza hacia las relaciones interiorizadas, proporciona de por sí suficiencia para la vida, de manera que el individuo es capaz de sentirse satisfecho incluso en la ausencia temporal de objetos y estímulos externos. La madurez y la capacidad para estar solo implican que el individuo ha tenido la oportunidad, gracias a una buena maternalización, de formarse poco a poco la creencia en un medio ambiente benigno (Winnicott, 1958, p. 34).

Esta capacidad del niño de estar a solas en presencia de la madre es posible al considerar que la inmadurez del yo del niño en estas etapas tempranas se ve compensada de modo natural por el apoyo del yo que proporciona la madre. “El apoyo del yo proporcionado por los cuidados maternos permite al niño vivir y desarrollarse pese a que todavía no sea capaz de controlar lo bueno y lo malo del medio ambiente, ni sentirse responsable de ello” (Winnicott, 1960, p. 42). Con el tiempo, el niño adquiere la capacidad de renunciar a la presencia real de la madre. Este hecho es llamado *establecimiento de un medio ambiente interiorizado*, y se trata de algo más primitivo que el fenómeno denominado *madre introyectada*. Luego sí,

el niño introyectará a la madre sustentadora del yo y se verá capacitado entonces para estar a solas sin la presencia sustentadora de esa madre (Winnicott, 1958, p. 35). Aun así, en teoría siempre hay alguien presente, alguien que, en esencia y de un modo inconsciente, es igualado a la madre.

Convivencia

Es de este modo que el niño comienza paulatinamente a establecer sus primeras relaciones objetales y a tener sus primeras experiencias de satisfacción instintiva, siempre luego de la organización del Yo, es decir, del fortalecimiento del Yo infantil por el Yo materno. “La base de la satisfacción instintiva y de las relaciones objetales consiste en la manipulación y cuidados prestados a la criatura” (Winnicott, 1960, p. 56). El niño ingresa en una nueva etapa, caracterizada esencialmente por su esta nueva capacidad para las relaciones objetales. El inicio de la relaciones objetales es complejo y no puede tener lugar sin la provisión ambiental de la presentación objetal, realizada de tal forma que el bebé sea quien crea el objeto (Winnicott, 1962).

Durante la mayor parte de esta fase de separación del medio ambiente y comienzo de las relaciones objetales, el niño no está integrado plenamente (Winnicott, 1960bis). En esta etapa, “la criatura pasa de una relación con un objeto concebido subjetivamente a una relación con un objeto percibido objetivamente” (Winnicott, 1960, p. 51). Este cambio va de la mano con el paso de un estado de fusión de la criatura respecto de su madre a otro de separación o de relación con ella como unidad independiente. Dijimos ya que Winnicott divide el cuidado materno en fases, la primera de las cuales era el sostenimiento. Ahora, esta segunda fase se caracteriza por la convivencia de la madre y la criatura (el término convivencia entraña relaciones objetales y la salida de la criatura de su estado de fusión con la madre, o su percepción de los objetos como externos a él mismo). En esta fase la función del padre (ocuparse del medio ambiente en beneficio de la madre) es desconocida por la criatura. El bebé comienza a darse cuenta, en cambio, de la presencia de su madre, quien le refleja ahora al niño su propia apariencia, la apariencia del propio ser del niño. “La capacidad de tener tanto la experiencia como la impresión de nuestro propio ser depende de que la madre lo haga primero, reflejando quién es el niño y cómo es” (Mitchell, 1993, p. 46). Se vuelve casi obligado aquí pronunciarnos, brevemente al menos, sobre el papel del rostro de la madre y su importancia en tanto espejo. Sabemos que nuestra brevedad puede no ser bienvenida, ya que la importancia del artículo de Winnicott sobre el rostro de la madre es enorme, fundamentalmente para la escuela francesa, que ha relacionado este artículo con el estadio del espejo postulado por Lacan; pero lo acotado de la exposición nos justifica, y esperamos nos disculpe, al considerar que excede los fines inmediatos de este trabajo. Entonces, decíamos, Winnicott se pregunta qué ve el niño cuando observa el rostro de su madre: el niño se ve a sí mismo. La madre lo mira, y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él (Winnicott, 1971). “Cuando miro se me ve y por lo tanto existo” (Winnicott, 1971, p. 151). La madre refleja de esta manera, y en estos iniciales momentos, quién es el bebé y cómo es.

El gesto espontáneo y el self verdadero

Surge un nuevo fenómeno: la señal. Dice Winnicott (1960, p. 57):

Tan pronto como la madre y la criatura se encuentren separadas [...], se observará que la madre tiende a un cambio de actitud [...] como si se diese cuenta de que la criatura ya no cuenta con la condición en la que se produce una comprensión casi mágica de sus necesidades [...] la madre sabe que la criatura posee una nueva capacidad: la de emitir una señal que indique la necesidad que la madre debe atender. [...] si ahora la madre sabe perfectamente lo que necesita la criatura, esto es magia y no proporciona base alguna para una relación objetal.

El gesto del niño da expresión a un impulso espontáneo y la fuente de este gesto indica la existencia potencial de lo que Winnicott (1960bis) denomina un self verdadero. “El gesto espontáneo representa el self verdadero en acción” (Winnicott, 1960bis, p. 179). El self verdadero emana, para Winnicott, de la vida de que están dotados los tejidos del cuerpo y de la acción de las funciones corporales, incluyendo la del corazón y la respiración. Se halla asimismo ligado a la idea del proceso primario y al principio, en esencia, no es reactivo a los estímulos externos, sino que es primario. Para Winnicott, el concepto de una realidad individual interna de los objetos es propio de una fase posterior a la del concepto del self verdadero. Este último concepto aparece tan pronto como haya alguna organización mental del individuo y no va mucho más allá de constituir la suma de la vida sensorio-motora. A medida que transcurre el desarrollo, el self verdadero se irá haciendo cada vez más complejo, relacionándose con la realidad por medio de procesos naturales, y cada período de la vida en el que el self verdadero no haya sido seriamente interrumpido produce el fortalecimiento del sentido de la realidad propia, acompañado por la creciente capacidad infantil para tolerar: a) interrupciones de la continuidad existencial del ser verdadero; b) experiencias reactivas o del self falso, relacionadas con el medio ambiente en base a la sumisión. Es así como, mediante estos

procesos naturales, se desarrolla el yo infantil adaptado al medio ambiente. Pero esto sólo es posible si antes el self verdadero ha pasado a ser una realidad viva, gracias, nuevamente, a la buena adaptación materna a las necesidades del pequeño.

Se vuelve inmediatamente necesario, a fin de superar confusiones, trazar nuevas diferencias entre el concepto de self y de Yo. Así como dijimos que en Mahler, el sí-mismo o self daba cuenta de una de las tantas funciones del Yo, aquella que rige la imagen que el sujeto desarrolla y mantiene acerca de sí-mismo y de su funcionamiento, Winnicott, con su concepto de self verdadero, nos habla de la suma de la vida sensorio-motora, de la vida de que están dotados los tejidos del cuerpo y de la acción de las funciones corporales. El self verdadero da cuenta de esos elementos arcaicos del individuo, elementos sensoriales y motores que constituyen la materia básica del narcisismo primario. Luego este self irá complejizándose con el avance del desarrollo, fortaleciendo así, cada vez más, el sentido de la realidad propia y favoreciendo el desarrollo del yo infantil adaptado. El Yo para Winnicott (1962) es entonces aquella parte de la personalidad humana en crecimiento que, dadas unas condiciones favorables, queda integrada en una unidad. Uno y otro concepto (self-Yo) son claramente diferentes para ambos autores; importantes discrepancias existen también en lo que para ambos representa el concepto de self.

El uso del objeto

Entonces bien, tenemos ahora un niño que ha logrado liberarse de ese inicial estado de fusión con su madre, un niño con un yo en pleno proceso de constitución que comienza tímidamente a ser capaz de estar solo, siempre al principio en presencia de su madre (el yo de la madre sustentando el inmaduro y débil yo infantil). Luego logrará finalmente introyectar a su madre y será capaz de quedar solo sin esa presencia sustentadora de la madre, volviéndose por último capaz para las relaciones objetales. Nuevamente podemos, frente a este estado de cosas, formularnos los mismos interrogantes de los que ya hemos hecho uso: ¿cómo percibe ahora ese niño a su madre? ¿Qué es esta madre para su hijo? Y nuevamente también consideremos la otra dimensión, postulada por Winnicott, de la experiencia con el objeto/otro: el uso. Ahora bien, hablar del uso de objeto es dar por sentada la relación de objeto, y agregar nuevos rasgos que abarcan la naturaleza y conducta del objeto, por lo cual, si se lo desea usar, es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de la realidad compartida, y no un manojito de proyecciones; esta es justamente la diferencia radical que hay entre el uso y la relación de objeto (Winnicott, 1971b). Al examinar el uso del objeto, se debe considerar si o si la naturaleza del objeto, no como proyección, sino como una cosa en sí misma. “El relacionarse no es descriptible en términos del sujeto, y es posible describir el uso por la aceptación de la existencia independiente del objeto, de su propiedad de encontrarse presente en todo momento” (Winnicott, 1971b, p. 120). Ahora bien, para usar un objeto es necesario que el sujeto haya desarrollado una capacidad que le permita usarlos, y esto forma parte del paso al principio de realidad. Es indispensable aclarar que “uso” no equivale a “explotación”. Lejos ambos términos de coincidir en el sentido que le da Winnicott al primero.

Este pasaje de una a otra manera de acercarse al objeto no se produce en forma mecánica, por el solo proceso de maduración, y nuevamente la importancia de la madre en este proceso es fundamental. Así, el desarrollo de la aptitud para usar un objeto es otro ejemplo del proceso de maduración como algo que depende de un ambiente facilitador. “En términos clínicos: dos bebés se alimentan a pecho. Uno se alimenta de la persona, pues el pecho y él todavía no se han convertido (para él) en fenómenos separados. El otro se alimenta de una fuente que-no-es-yo” (Winnicott, 1971b, p. 120). De esta manera, la relación de objeto vendría antes del uso, pero para Winnicott, la parte intermedia es quizás la parte más difícil del desarrollo humano y consiste justamente en la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de control omnipotente, es decir, su percepción como fenómeno exterior, no como entidad proyectiva; su reconocimiento como una entidad por derecho propio.

El otro en este momento del desarrollo deja de ser para el niño un manojito de proyecciones, y pasa a ser reconocido como una entidad por derecho propio. “La criatura pasa de una relación con un objeto concebido subjetivamente a una relación con un objeto percibido objetivamente” nos dice Winnicott (1960, p. 51). El objeto se vuelve real en el sentido de pasar a formar parte de la realidad compartida, de salir de la zona de control omnipotente del niño para pasar a ser un fenómeno exterior, considerándose sus características, conducta y naturaleza, no como proyección, sino como una cosa en sí misma; un centro de existencia equivalente pero distinto (Benjamin, 1997, p. 40). En concreto: el otro deja de ser un objeto de identificación/proyección para pasar a ser un sujeto independiente y externo. Vemos que este pasaje de la relación al uso coincide con el pasaje del principio de placer al principio de realidad, y el pasaje de una realidad subjetiva, omnipotente, de fusión mágica e indiferenciación con la madre a una realidad objetiva de relación con otros en tanto sujetos equivalentes pero distintos e independientes. Pues bien, no podemos relegar por más tiempo el tratamiento de un nuevo tema cuya importancia es enorme en este

proceso de transición de la relación al uso. Hablamos de un fenómeno clave en la teoría de Winnicott: el fenómeno de la destrucción del objeto.

El fenómeno de la destrucción del objeto

Para Winnicott hay una posición intermedia entre las dos maneras de acercarse al objeto. Después de la relación de objeto debe sobrevenir este proceso de destrucción, y sólo si el objeto logra sobrevivir a esta destrucción podrá volverse exterior y podremos recién ahí hablar de uso del objeto (Winnicott, 1971b). Paradójicamente, tratamos de destruir a otra persona para descubrir que sobrevive. Dice Benjamin (1997, p. 118):

La paradoja consiste en que sólo afirmando la omnipotencia podemos descubrir al otro como un centro externo de experiencia. Al destruir al otro, no literalmente sino en la fantasía, afirmando absolutamente nuestro sí-mismo y negando la separación del otro en nuestra mente, descubrimos que el otro está más allá de nuestro poder mental. En un sentido, el otro representa la implacable realidad externa, pero no demasiado implacable, puesto que este proceso sólo funciona si ese otro sigue siendo una presencia efectiva, responsiva y no amenazante.

En las palabras de Winnicott (1971b, p. 121):

El sujeto dice al objeto: 'te he destruido', y el objeto se encuentra ahí para recibir la comunicación. En adelante el sujeto dice: '¡Hola, objeto!, te he destruido. Te amo. Tienes valor para mí por haber sobrevivido a tu destrucción por mí. Mientras te amo te destruyo constantemente en mi fantasía inconsciente'. Aquí comienza la fantasía para el individuo. Entonces el sujeto puede utilizar al objeto que ha sobrevivido.

Es porque es real que el objeto puede pasar por el proceso de quedar destruido y es porque es destruido que se vuelve real (por ser destructible y prescindible). En este punto del desarrollo el sujeto encuentra la exterioridad misma del objeto, y esta experiencia depende de la capacidad del objeto para sobrevivir. De aquí la importancia de esta destrucción-supervivencia del objeto: en ese movimiento hay algo de la realidad que se constituye.

Es importante considerar que "sobrevivir" en este contexto significa "no tomar represalias". "Si el otro toma represalias o cede y se repliega, en realidad no lo experimentamos como externo a nosotros; en lugar de sobrevivir y convertirse en real, ella o él son subsumidos por nuestra fantasía persecutoria –parecen ser esa fantasía–" (Benjamin, 1997, p. 118). Y en este sentido la importancia de la madre para Winnicott no debe dejar de considerarse: "una parte importante de lo que hace una madre consiste en ser la primera persona que hace pasar al bebé por esta primera versión, de las muchas que encontrará, de ataques a los cuales se sobrevive" (Winnicott, 1971b, p. 124). También vale resaltar que por destrucción entendemos aquí sólo destrucción potencial ya que la destrucción real corresponde al fracaso del objeto en su supervivencia.

Ahora bien, si la madre no sobrevive, se establece una pauta en la cual no hay ningún otro sujeto real, ningún sentimiento real respecto del otro. Si la madre cede ante el niño y no logra separarse de él, este niño sentirá que ha logrado controlar a la madre. Entonces, aun cuando el niño pierde contacto con la madre independiente real, la madre omnipotente de la fantasía llena todo ese espacio. El niño siente que ya no puede contener su angustia, que la madre debe permanecer ahí para resolver el problema de él, de lo contrario experimenta su rabia y miedo como reacciones a un peligro externo real. No distingue fantasía de realidad. Pero si la madre se va y vuelve, a lo que sigue la reunión feliz, el niño siente que el peligro no era real (Benjamin, 1997).

Cuando la agresión no es elaborada de este modo, continúa nutriendo fantasías de venganza y retaliación, atribuidas por igual al sí-mismo y al otro. Toda la experiencia es removida del ámbito de la realidad intersubjetiva, y pasa al dominio exclusivo de la fantasía inconsciente, donde ya no ocupa la posición de un sentimiento que podemos tener nosotros mismos, sino que lo proyectamos sobre el objeto temido y aterrador. [...] Cuando el otro no sobrevive y la agresión no se disipa, la experiencia se vuelve casi exclusivamente fantástica. El peligro no es entonces el peligro de la fantasía per se, sino una pérdida del equilibrio en la cual las fantasías de objetos aterradores eclipsan toda la experiencia psíquica (Benjamin, 1997, p. 119).

De esta manera, luego de la supervivencia del objeto y, consecuentemente, de la constitución de su realidad en tanto sí mismo, es, repetimos, sólo a partir de entonces que los mecanismos proyectivos modifican su funcionamiento: sí, colaboran en el acto de percibir qué hay ahí, pero bajo ningún punto de vista continúan siendo la razón de que el objeto se encuentre ahí (Winnicott, 1971b). Vemos en esto una clara desviación de la teoría según la cual se concibe a la realidad exterior sólo en los términos de los mecanismos proyectivos del individuo.

Winnicott rechaza la idea según la cual el primer impulso del sujeto respecto del objeto (subjetivo, no objetivo aun) sea destructivo. "En general se entiende que el principio de realidad envuelve al indi-

viduo en la ira y la reacción destructiva, pero mi tesis dice que la destrucción desempeña un papel en la formación de la realidad, pues ubica al objeto fuera de la persona" (Winnicott, 1971b, p. 122); y más adelante insiste: "en la teoría ortodoxa siempre se encuentra presente el supuesto de que la agresión es una reacción al encuentro con el principio de realidad, en tanto que aquí el impulso destructivo es el que crea la exterioridad" (p. 125). El sujeto no destruye al objeto porque este se encuentra fuera de la zona de control omnipotente; sucede todo lo contrario, "la destrucción del objeto es la que lo coloca fuera de la zona de control omnipotente del sujeto" (Winnicott, 1971b, p. 122). Y es así también como el objeto va desarrollando su autonomía y su propia vida, claro, siempre si logra sobrevivir al ataque del sujeto. De aquí que para Winnicott surja la necesidad de reformular en otros términos la teoría de las raíces de la agresión, pero esto ya excede con creces los modestos límites de este trabajo. Sólo unas palabras más: el ataque colérico relativo al encuentro con el principio de realidad es un concepto más sutil para este autor, un concepto posterior a la destrucción que postula aquí. En la referida destrucción del objeto, no hay cólera, aunque sí se podría decir que hay alegría ante la supervivencia del objeto. A partir de ese momento entonces, el objeto siempre es destruido en la fantasía y esta cualidad de "ser siempre destruido" hace que la realidad del objeto sobreviviente se sienta como tal, fortalece el tono del sentimiento y contribuye a la constancia del objeto. Ahora ya se lo puede usar.

Todas estas experiencias que desarrolla Winnicott corresponden a una etapa del desarrollo individual que es anterior a aquella en la que rige el Complejo de Edipo de la teoría clásica, no obstante lo cual se da por sentado cierto grado de madurez e integración del yo (Winnicott, 1958). De lo contrario no tendría sentido hacer referencia al interior y al exterior, ni lo tendría el dar una significación especial a la fantasía del interior. Vemos en los momentos inmediatos al nacimiento una organización absolutamente esclavizada por el principio de placer e ignorante de la realidad del mundo exterior, donde ese primer otro que es la madre se presenta como un objeto que sólo existe en la medida en que el niño puede crearlo en ese momento y lugar. El niño se relaciona en esos estadios con un pecho que forma parte de él; la madre en tanto agente externo real no existe, es "invisible" para él. En ese mundo de fantasía, magia e ilusión el otro es para el niño un objeto de proyección/identificación. Describimos el proceso por el cual el niño abandona el dominio mágico y el principio de placer, proceso repleto de miedos y angustias, para llegar finalmente al mundo objetivo, regido por el principio de realidad y con una clara diferenciación entre lo que es él (yo) y lo que es ambiente (no-yo). En este nuevo mundo el otro ya es para el niño una entidad por derecho propio, una entidad con características propias que la hacen única e independiente; el otro es un sujeto. Insistimos todavía en la importancia de los cuidados ambientales en todo este proceso.

Algunas de las formas en que las madres resultan necesarias son para Winnicott (1947, p. 143):

Como persona viva de modo que el bebé pueda sentir el calor de su piel, su aliento y olor.

Para presentar el mundo al bebé de manera que el bebé tome contacto con la realidad externa.

Para la tarea de desilusionar a su hijo, una vez que le ha dado al niño la ilusión de que el mundo puede crearse a partir de la necesidad y la imaginación. Gradualmente, debe ir capacitando a su niño para aceptar que, si bien el mundo puede proporcionar algo parecido a lo que se necesita y se desea, y que por lo tanto podría crearse, no lo hace automáticamente, ni en el momento mismo en que se experimenta el deseo o surge la necesidad. Es importante notar esta transición implica un pasaje de la idea de necesidad a la idea de deseo. Este cambio, dice, indica un proceso de crecimiento y una aceptación de la realidad externa, con el consiguiente debilitamiento del imperativo instintivo.

Ahora bien, preguntémosnos finalmente: ¿qué es lo que se constituye en el encuentro entre el infante y esa madre que tan importante es en los primeros estadios del desarrollo?

Self e integración yoica.

Winnicott (1960bis) nos dice que, siempre que la madre buena responda a la omnipotencia del pequeño dándole sentido, el self verdadero de la criatura empieza a cobrar vida. Es este éxito repetido de la madre en su respuesta al gesto espontáneo de su hijo lo que lleva a que el self verdadero vaya adquiriendo realidad viviente. De esta manera el niño empieza a creer en la realidad externa que se manifiesta y comporta como por arte de magia, y que actúa de una forma que no choca con la omnipotencia del pequeño. Partiendo de esta base, el niño va gradualmente abandonando la omnipotencia. La madre que no es buena, en cambio, será incapaz de responder a la omnipotencia del pequeño, "por lo que repetidamente deja de responder al gesto mismo; en su lugar coloca su propio gesto, cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento del mismo por parte del niño" (Winnicott, 1960bis, p. 175). Esa sumisión, propia de la incapacidad de la madre para interpretar las necesidades del pequeño, constituye, para Winnicott, la primera fase del self falso. En este caso, la madre no logra adaptarse bien a los gestos y necesidades del niño, quien se ve seducido a la sumisión y se convierte en un self falso y sumiso que reacciona ante las exigencias del medio ambiente, que parecen ser aceptadas por él. A partir de este self

falso, la sumisión reemplaza a la espontaneidad, el niño comienza un juego de relaciones falsas, y por medio de introyecciones comienza incluso a adquirir una ficción de realidad, de tal manera que el niño al crecer no sea sino una copia de su madre. “El self falso tiene una función positiva y muy importante: ocultar al self verdadero, lo que logra sometiéndose a las exigencias ambientales” (Winnicott, 1960bis, p. 177). De esta manera, el self falso constituye una defensa contra la explotación del self verdadero y su consiguiente aniquilamiento, todo lo cual obviamente resulta inconcebible. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la defensa constituida por el self falso puede variar en cuanto a su magnitud, yendo desde el aspecto cortés y normal del ser hasta el ser falso escindido y sumiso que es confundido por el niño.

De esta manera, la adquisición de un fuerte sentimiento del self es el principal logro del desarrollo temprano normal para Winnicott (Mitchell, 1993). El resultado de todo esto en el bebé es la máxima maduración personal, entendiendo por maduración en esta etapa “los distintos significados de la palabra integración, así como la interrelación y relación de objeto psicósomáticos” (Winnicott, 1971, p. 148).

Para Winnicott, el resultado de todo este proceso es la maduración e integración del Yo. Ahora bien, múltiples interrogantes aparecen frente a nosotros exigiendo pronta respuesta. El primero, ¿qué entiende Winnicott por Yo? Winnicott (1962) define al Yo como aquella parte de la personalidad humana en crecimiento que, dadas unas condiciones favorables, queda integrada en una unidad. Para este autor no tiene sentido hablar de ello antes del Yo. “En las primerísimas fases del desarrollo de un niño [...] podemos hacer caso omiso de la vida instintiva que pueda haber aparte de la funcionalidad del yo, ya que la criatura todavía no es una entidad que viva unas experiencias” (Winnicott, 1962, p. 65). Luego, ¿hay un Yo desde el principio? Winnicott responde que el principio está en el momento en que el Yo empieza. Tanto el self como el Yo del niño existen en los primerísimos momentos de la vida sólo en potencia. Se desprende de ésta, otra pregunta, ¿este Yo primordial es fuerte o débil? Es fuerte o débil, nos dirá Winnicott, dependiendo de la madre de que se trate y de su capacidad para satisfacer la dependencia absoluta de su criatura al principio, en aquella fase en la cual la criatura no ha separado todavía a su madre de su personalidad. El desarrollo tiende a la integración del Yo, bien, pero ¿integración partiendo de qué? ¿Y con qué? El primero de estos interrogantes encuentra su respuesta al considerar los elementos sensoriales y motores que constituyen la materia básica del narcisismo primario; de esto se parte para Winnicott. La segunda de estas preguntas encuentra respuesta si consideramos algo por nosotros ya conocido: “lo que sucede en esta fase temprana depende de la protección del Yo proporcionada por el elemento materno del acoplamiento criatura-madre” (Winnicott, 1962, p. 70). Es la adecuada protección del Yo por parte de la madre en relación con las angustias inconcebibles lo que da lugar a esa continuidad existencial base de la nueva persona humana. Todo fallo susceptible de producir angustia produce una reacción en la criatura, reacción que atenta contra la continuidad existencial, y si persisten estas reacciones se instaura un patrón de fragmentación de la existencia, que derivará inevitable hacia el desarrollo de psicopatología.

La integración se halla estrechamente ligada con la función ambiental del sostenimiento. El logro de la integración estriba en la unidad. En primer lugar viene <yo>, incluyéndose en ello <todo lo demás no soy yo>. Luego viene <yo soy, yo existo, adquiero experiencia y me enriquezco y poseo una interacción introyectiva y proyectiva con el no-yo, el mundo real de la realidad compartida>. A esto se le suma lo siguiente: <el hecho de que yo existo es visto o comprendido por alguien> y después, lo siguiente: <me es devuelta (como la imagen de un rostro reflejado en el espejo) la evidencia necesaria para saber que he sido reconocido como ser> (Winnicott, 1962, p. 71).

¿Qué sucede cuando el niño no cuenta con el apoyo del yo de la madre? Surge una posibilidad: la no integración, y frente a ésta una defensa: la desintegración, defensa, en definitiva, contra la angustia inconcebible o arcaica resultante de la falta de sostenimiento durante la fase de dependencia absoluta. Esta desintegración es activamente producida por el bebé: se encuentra dentro del campo de su omnipotencia.

Capítulo 4: Daniel Stern

Se produjo un desafío radical al paradigma psicoanalítico norteamericano de la infancia y a la concepción freudiana clásica, cuando el psicoanalista e investigador de la infancia Daniel Stern sostuvo en la década de 1980 que el infante nunca se encuentra totalmente indiferenciado de la madre, es decir, nunca es totalmente simbiótico a ella, sino que desde los primeros momentos de la vida está capacitado para interesarse por el mundo de los otros y diferenciarse de él. El pionero trabajo de Stern ha iluminado lo esencial que es la relación de influencia mutua para el desarrollo temprano del sí-mismo, reconociendo y subrayando por igual la importancia de ambos lados de la interacción: el niño y la madre (Benjamin, 1997). Su enfoque se desvía de las descripciones psicoanalíticas tradicionales en dos sentidos fundamentales: es normativo y no patomórfico, ya que los diferentes sentidos del sí-mismo están destinados a describir el desarrollo normal y no a explicar la ontogenia de las formas patógenas; y es prospectivo más que retrospectivo al romper con la tendencia a caracterizar los estados tempranos del desarrollo normal en función de hipótesis sobre estados psicopatológicos posteriores.

Se necesitan constructos de orden superior para servir como principios organizadores del desarrollo. Mahler, Klein y la escuela de la relaciones objetales se han centrado en la experiencia del sí-mismo y del otro, pero fundamentalmente en tanto derivaciones del desarrollo libidinal o del Yo, o secundaria respecto de ellos. Estos teóricos nunca consideraron al sentido del sí-mismo como principio organizador primario. La descripción del desarrollo de Stern tiene como principios organizadores a los nuevos sentidos del sí-mismo, y en este sentido está más cerca de las de Mahler y Klein, en cuanto su preocupación central, como la de estas autoras, es la experiencia que tiene el infante del sí-mismo y del otro, pero se diferencia de manera importante en el énfasis puesto por Stern en el desarrollo del sentido del sí-mismo, no estorbado por las cuestiones del desarrollo del Yo o el ello, ni confundido con ellas. Stern se centra en el sentido del sí-mismo y del otro, tomando como punto de partida exclusivo la experiencia subjetiva inferida del infante. Las experiencias subjetivas en sí son sus principales partes operativas, en contraste con las principales partes operativas de las teorías psicoanalíticas, que son el Yo y el ello, de los cuales se derivan las experiencias subjetivas.

Algunos pensadores psicoanalíticos tradicionales y experimentadores del desarrollo descartan toda la cuestión de la vida subjetiva perversal como ajena a la esfera de la indagación legítima. Según ellos, no existe posibilidad de existencia, en formas pre-verbales, de ningún sentido del sí-mismo. Pero para Stern, algunos sentidos del sí-mismo existen efectivamente desde mucho antes que la autopercepción y el lenguaje, empezando a formarse en el nacimiento (si no antes), a pesar de que otros sí requieran de la maduración de capacidades posteriores. Surge entonces, inevitablemente, la pregunta sobre qué tipo de sentido del sí-mismo puede haber en un infante preverbal. Pero antes, detengámonos unos minutos para analizar qué es lo que efectivamente entiende Stern por "sentido del sí-mismo". Con "sentido" se refiere a la simple percepción (no autorreflexiva), que se da en el nivel de la experiencia directa, no del concepto. Por "del sí-mismo" entiende una forma de organización que aparece sólo con las acciones o procesos mentales del infante; la experiencia subjetiva organizadora de todo lo que más tarde será designado verbalmente como el "sí-mismo". Esta experiencia subjetiva organizadora es el equivalente preverbal, existencial, del sí-mismo objetivable, autorreflexivo, verbalizable. El sentido del sí-mismo no es un constructo cognitivo. Es una integración experiencial, una perspectiva organizadora básica para todos los acontecimientos interpersonales. Dice (1991, p. 20):

Instintivamente procesamos nuestras experiencias de un modo tal que parecen pertenecer a algún tipo de organización subjetiva única que comúnmente denominamos sentido del sí-mismo. Es un fenómeno que aparece en formas múltiples. Está el sentido de un sí-mismo que es un cuerpo único, distinto, integrado; está el agente de las acciones, el experimentador de los sentimientos, el que se propone intenciones, el arquitecto de planes, el que comunica, etc.

Stern se interesa sobre todo en los sentidos del sí-mismo esenciales para las interacciones sociales cotidianas, y no para los encuentros con el mundo inanimado; aquellos sentidos del sí-mismo que, si son dañados, llevan a importantes déficits sociales. Y ubica, entre tales sentidos del sí-mismo, el sentido de agencia o condición de agente, el sentido de la cohesión física, el sentido de la continuidad, el sentido de la afectividad, el sentido de un sí-mismo subjetivo que puede lograr la intersubjetividad con un otro, el sentido de crear organización, el sentido de transmitir significado. Describiremos en este capítulo los cuatro diferentes sentidos del sí-mismo que sitúa Stern, cada uno de los cuales define un dominio distinto de la experiencia del sí-mismo y el relacionamiento social: *el sentido de un sí-mismo emergente, el sentido de un sí-mismo nuclear, el sentido de un sí-mismo subjetivo, y el sentido de un sí-mismo verbal*. Estos sentidos del sí-mismo no se ven como fases sucesivas que se reemplazan una a otra; una vez constituido, cada sentido del sí-mismo sigue activo y en pleno funcionamiento durante toda la vida, creciendo

y coexistiendo con los otros. Recordemos aquí que Stern rechaza radicalmente la noción de fases del desarrollo signadas por rasgos clínicos específicos tales como la oralidad, el apego, la autonomía, o la confianza, noción predominante en el psicoanálisis desde sus orígenes. Estas teorías tradicionales asignan a cada rasgo clínico una fase específica donde el rasgo cobra relevancia, entra en crisis y encuentra una solución duradera. Así, cada edad o fase se convierte en un período sensible, crítico, para el desarrollo de una única entidad clínica o rasgo de personalidad específico de una fase. El resultado de esto es una agotadora progresión de fases del desarrollo cada una caracterizada por un rasgo determinado. Stern considera, en cambio, que los rasgos clínicos en realidad no son elementos de ciertas fases del desarrollo sino de todo el ciclo vital. Estos rasgos clínicos, en la teoría de Stern, ceden su papel de organizadores primarios de la experiencia subjetiva a los sentidos cambiantes del sí-mismo, y se elaboran por igual en todos los dominios de relacionamiento accesibles en un momento dado. En consecuencia, diferentes formas del mismo rasgo de curso de vida, se desarrollan por sucesión, de modo que cada rasgo clínico de curso de vida tiene su propia línea de desarrollo, y cada dominio de la experiencia del sí-mismo le cede, a medida que va apareciendo, un aporte ligeramente distinto. Dice Stern (1991, p. 51):

Puesto que los diversos dominios aparecen durante el desarrollo en una sucesión temporal ordenada [...], habrá inevitablemente períodos en los que uno o dos dominios prevalezcan por ausencia de los otros. De hecho, cada perspectiva organizadora sucesiva necesita de la precedente como precursora. Una vez formados, los dominios permanecen para siempre como formas distintas de experimentar la vida social y el sí-mismo. Ninguno está perdido para la experiencia adulta. Simplemente, se vuelven más elaborados. Por esta razón se habla de dominio de relacionamiento, y no de fases o etapas.

La progresión evolutiva del sentido del sí-mismo

El sentido de un sí-mismo emergente: el otro regulador del sí-mismo

La creencia dominante y generalizada sostiene que el infante atraviesa una fase pre-genital, pre-cognitiva y pre-organizada que va desde el nacimiento hasta los dos meses. Stern rompe con esa creencia diciendo en cambio que el infante, en esos primeros meses, está activamente constituyendo un sentido de un sí-mismo emergente, es decir, un sentido de una organización en proceso formativo. “No se logra todavía un sentido global del sí-mismo, pero se está en camino hacia él” (Stern, 1991, p. 58). Veamos a qué se refiere.

Los infantes buscan constantemente la estimulación sensorial: en los estados de inactividad alerta (aquellos que, como vimos, ya habían sido postulados por Mahler), que se dan a partir del nacimiento, el bebé se encuentra quieto, alerta y aparentemente observando los acontecimientos exteriores. Los bebés tienen también tendencias y preferencias innatas respecto a las sensaciones que buscan y las percepciones que forman, y existe en ellos, además, desde el nacimiento, cierta tendencia a dar forma y poner a prueba hipótesis sobre lo que está ocurriendo en el mundo. Están asimismo constantemente evaluando y describiendo qué rasgos de una experiencia son invariantes y cuáles varías, es decir, qué rasgos pertenecen a la experiencia y cuáles no.

La regulación fisiológica de la madre respecto de su hijo, durante los primeros meses de la vida de este, es uno de los aspectos fundamentales de la relación temprana. Nos referimos con regulación fisiológica a todo tipo de regulación y estabilización de los ciclos de sueño-vigilia, día-noche, hambre-saciedad (etc.). El psicoanálisis clásico se ha ocupado casi exclusivamente de la regulación fisiológica durante este período, desconsiderando el hecho importante de que gran parte de esa regulación es conducida, en realidad, por medio del intercambio mutuo de conductas sociales, y dejando como resultado entonces, este enfoque, el cuadro de un infante totalmente asocial. Pero dice Stern (el mundo, p. 63):

Las tareas de comer, dormirse y la homeostasis general son por lo general acompañadas por conductas sociales de los padres: mecen, tocan, hablan, calman, cantan y hacen ruidos y muecas, en respuesta a conductas del infante principalmente sociales, tales como llorar, quejarse, sonreír y mirar. Son muchas las interacciones sociales que se suceden al servicio de la regulación fisiológica.

Ahora bien, ¿qué tipo de sentido del sí-mismo es realmente posible durante estos iniciales momentos? No puede existir sentido del sí-mismo, se dice generalmente, en época tan temprana, ya que la idea de un sentido del sí-mismo se reserva usualmente para una perspectiva abarcativa e integradora del sí-mismo y es claro que durante ese período que va del nacimiento a los dos meses, el infante no es capaz de visión general alguna. “Tienen experiencias separadas, no relacionadas, a las que aún les falta integrarse en una perspectiva abarcadora” (Stern, 1991, p. 65). Lo que experimenta el infante es no sólo el producto sino además el proceso de la organización que emerge, la experiencia misma de dar saltos cualitativos y crear relaciones entre hechos previamente no relacionados, y es esa experiencia de la organización emergente lo que Stern llama sentido del sí-mismo emergente. En este punto, se opone Stern a la ya clásica concepción en psicoanálisis (y revisada por nosotros en capítulos anteriores), según la cual el

bebé emerge de una inicial unidad indiferenciada. Para Stern, no hay forma de que el infante pueda experimentar la no-organización, y la indiferenciación como ejemplo de no-organización. “Solamente un observador que tiene bastante perspectiva como para conocer el curso futuro de las cosas puede llegar a imaginar un estado indiferenciado” nos dirá (Stern, 1991, p. 67).

Entonces, cuando las diversas experiencias se vinculan de algún modo, el infante experimenta la emergencia de la organización. Dice Stern (1991, p. 67):

Para que el infante tenga algún sentido del sí-mismo formado, debe haber en última instancia alguna organización sentida como punto de referencia. [...] la organización de referencia para un sentido del sí-mismo emergente concierne entonces al proceso y al producto de la organización que se forma. Tiene que ver con el aprendizaje del infante sobre las relaciones entre las experiencias sensoriales. Ahora bien, este es esencialmente el objeto de todo aprendizaje.

Así, el sentido de un sí-mismo emergente contará con dos componentes: los productos y el proceso, de formar relaciones entre experiencias aisladas. Los productos deberán ocuparnos después de algunas líneas (cuando nos dediquemos al sentido del sí-mismo nuclear); pero por lo pronto, ¿qué decir del proceso? Tres son, para Stern, los procesos involucrados en la formación de un sentido del sí-mismo y otros emergentes: *la percepción amodal* -la capacidad general e innata del infante para transferir la experiencia perceptual de una modalidad sensorial a otra, lo cual les permite reconocer correspondencias entre diferentes modalidades sensoriales-; *la percepción fisiognómica* -un tipo amodal de percepción donde las cualidades amodales directamente experimentadas por el infante, más que cualidades perceptuales tales como la forma, la intensidad, (etc.), son afectos categorías (feliz, triste, colérico)-; y *los afectos de la vitalidad* -una cualidad de la experiencia que envuelve afectos energéticos involucrados en todos los procesos vitales (respirar, sentir hambre, eliminar, caer dormido, (etc.), y que los infantes experimentan en ellos mismos y en la conducta de otras personas. Dice Stern (1991, p. 79):

El infante no percibe de entrada los actos manifiestos como tales, al modo de los adultos [...]. Lo más probable es que perciba directamente y empiece a categorizar los actos en función de los afectos de la vitalidad que expresan. [...], el mundo social experimentado por el infante es primariamente un mundo de afectos de la vitalidad, antes de ser un mundo de actos formales. Es también análogo el mundo físico de la percepción amodal -primariamente el mundo de las cualidades abstraídas de la forma, el número, el nivel de intensidad, etc., y no un mundo de cosas vistas, oídas o tocadas-.

Estos tres procesos descritos por Stern son formas de percepción directa y global, en la que la vinculación de diversas experiencias es acompañada por experiencias subjetivas distintas. Pero no es sólo de esa manera que se genera el mundo de las experiencias relacionadas para Stern. Hay asimismo procesos construccionistas. Sintéticamente, la concepción construccionista sostiene que el infante percibe inicialmente la forma humana como uno de los muchos ordenamientos de estímulos físicos, no esencialmente distinto de otros ordenamientos diversos. Sostiene asimismo que el infante detecta primero rasgos elementales separados de las personas (tamaño, movimiento o líneas verticales) que se integran progresivamente hasta sintetizar una configuración, una forma total, un entidad construida más amplia (primero un rostro, luego una forma), a través de determinados procesos tales como la asimilación, la acomodación, las invariantes identificatorias y el aprendizaje asociativo. Según este enfoque, el infante no está relacionado con las otras personas de ningún modo distintivo o único. El relacionamiento interpersonal no existe aún como forma diferente del relacionamiento con las cosas. El infante es asocial, pero porque no discrimina, y no porque sea no responsivo, como postula el psicoanálisis al hablar de una barrera contra estímulos que protege al infante en los primeros meses de vida.

La percepción amodal y los esfuerzos construccionistas son entonces para Stern los procesos mediante los cuales el infante experimenta la organización. Estos procesos se aplican a la formación de organización en todos los dominios de la experiencia: la actividad motriz, la afectividad y los estados de conciencia. El infante toma las sensaciones, percepciones, acciones, cogniciones, los estados internos de motivación y los estados de conciencia y los experimenta directamente como intensidades, formas, pautas temporales, afectos de la vitalidad, afectos categorías y tonos hedónicos. Estos son los elementos básicos de la experiencia subjetiva temprana. Las cogniciones, acciones y percepciones como tales, no existen para Stern en este momento. “Todas las experiencias son objeto de una refundición en constelaciones pautadas de los elementos subjetivos básicos del infante, combinados entre sí” (Stern, 1991, p. 91). Este mundo subjetivo global de la organización emergente es y persiste como el dominio fundamental de la subjetividad humana, de la que más tarde surgirán los pensamientos, las formas percibidas, los actos identificables y los sentimientos verbalizados. Este dominio del relacionamiento emergente tiene que ver con la entrada-en-el-ser de la organización, y está en el núcleo de la organización y el aprendizaje. Este dominio sigue activo también durante el período formativo de cada uno de los siguientes dominios del sentido del sí-mismo.

El sentido de un sí-mismo nuclear: el otro nuclear

Entre los 2 y 3 meses, el infante es una persona totalmente distinta. El mundo comienza a tratarlo como si fuera una persona completa que realmente posee un sentido integrado de sí-mismo. Aparecen la sonrisa social y vocalizaciones dirigidas hacia los otros, se busca con avidez la mirada recíproca, operan plenamente preferencias innatas por el rostro y la voz humanas, en fin, el infante sufre una transformación bio-conductual que lo convierte en un compañero altamente social: Stern establece este lapso que media entre aproximadamente los dos y los seis meses como el período de la vida más exclusivamente social. Antes de los dos meses, el infante estaba comprometido con las interacciones sociales que gravitan en la regulación fisiológica. Luego de los seis meses cambiará y se orientará hacia la manipulación de objetos exteriores. Pero entre los dos y seis meses, el infante tiene una orientación relativamente más social. Pero a pesar de esta fuerte impresión, se sostiene con frecuencia que el infante atraviesa inicialmente un período extenso de indiferenciación sí-mismo/otro. En el psicoanálisis mismo, como hemos visto, predominan estas ideas sobre un estado de fusión, una inicial unidad entre el niño y su madre. Pues bien, Stern pone en duda estas tradicionales concepciones y sostiene en cambio la impresión de un infante distinto, capaz de tener en estos primeros momentos un sentido integrado de sí-mismo y del otro. Dice (Stern, 1991, p. 94): "La tabla de tiempos que ahora se propone empuja dramáticamente hacia atrás en el tiempo al momento de la emergencia del sí-mismo, e invierte la secuencia de las tareas del desarrollo. Primero viene la formación del sí-mismo y el otro, y sólo después es posible el sentido de experiencias de fusión".

Se constituye una perspectiva subjetiva organizadora del sí-mismo nuclear, que también opera fuera de la percatación. Se da por sentada e incluso resulta difícil verbalizar sobre ella. Al formarse esta perspectiva, el mundo social subjetivo se ve alterado y la experiencia interpersonal opera en un dominio diferente, un dominio de relacionamiento nuclear. Stern sitúa cuatro grandes experiencias a las que tiene acceso el infante, de cuya integración en una perspectiva subjetiva social resultará el sentido de un sí mismo nuclear: 1) *la agencia del sí mismo* -la condición de agente o autor de las propias acciones; supone tener volición, y control de la propia acción-; 2) *la coherencia del sí-mismo*, el sentido de ser un todo físico no fragmentado, con límites y un lugar de acción integrada; 3) *la afectividad del sí-mismo*, experimentar cualidades interiores pautadas del sentimiento que tienen que ver con otras experiencias del sí-mismo; y 4) *una historia del sí-mismo*, el sentido de perdurar, de una continuidad con el propio pasado, de modo de seguir siendo y poder incluso cambiar sin dejar de seguir siendo el mismo. Estas cuatro experiencias son invariantes del sí-mismo (aquello que no cambia frente a una realidad en constante cambio). Este sentido del sí-mismo nuclear es un sentido experiencial de los hechos, y será el cimiento de todos los otros sentidos más elaborados del sí-mismo que se agregarán luego. "La motivación instintiva para ordenar el propio universo es un imperativo de la vida mental. Y el infante tiene la capacidad general para hacerlo, en gran parte mediante la identificación de las invariantes (islas de consistencia) que gradualmente proporcionan organización a la experiencia" (Stern, 1991, p. 101).

El sentido de agencia es un especificador principal del sí-mismo versus el otro. A partir de las invariantes en las que este se subdivide, el infante llega a especificar un sí-mismo nuclear, un otro nuclear, y a partir de las diversas amalgamas de esas invariantes, se especifica el sí-mismo-con-otro. Pero sin un sentido del sí-mismo y del otro como entidades físicas coherentes, dinámicas en sí-mismas, no sería posible un sentido de un sí-mismo nuclear ni el de otro nuclear, y la agencia misma no tendría lugar de emplazamiento. Varios son, para Stern, los rasgos de la experiencia que pueden ayudar a establecer la coherencia del sí-mismo: 1) *unidad de lugar*: una entidad coherente tiene que estar en un lugar en un momento, y sus diversas acciones tienen que emanar de ese lugar, lugar éste distinto y separado del lugar de origen de las conductas específicas de un otro; 2) *coherencia de movimiento*: las cosas que se mueven coherentemente en el tiempo forman una unidad; 3) *coherencia de la estructura temporal*: el tiempo proporciona una estructura organizadora que ayuda a identificar entidades diferentes. "Todos los estímulos (auditivos, visuales, táctiles, propioceptivos) que emanan del sí-mismo comparten una estructura temporal común, mientras que todos los que emanan del otro comparten una estructura temporal distinta" (Stern, 1991, p. 110). Sin importar la igual o distinta modalidad de los hechos sincrónicos (por ejemplo, ambos visuales o uno visual y el otro auditivo), el bebé reconocerá el par que comparta la misma estructura temporal. Los infantes actúan como si dos hechos (voz, movimientos, expresiones, etc.) que comparten la misma estructura temporal común, pertenecen a una entidad (sí-mismo u otro) que es distinta en virtud de su organización temporal única; 4) *coherencia de la estructura de la intensidad*: en un mismo sujeto, las modulaciones de la intensidad de una de sus conductas o modalidades generalmente se asemejan a las gradaciones de la intensidad de otra de sus conductas o modalidades (por ejemplo, en un estallido de cólera, el volumen alto de una vocalización se corresponde con la velocidad o fuerza de los movimientos). Es de esta manera que todos los estímulos (auditivos, visuales, propioceptivos, táctiles) provenientes del sí-mismo (en tanto opuesto al otro) comparten una común estructura de la intensidad, y está demostrado

que los infantes son capaces de percibir niveles comunes de intensidad en diferentes modalidades y usar esa información para determinar la fuente (el sí-mismo o el otro) de los hechos interpersonales; 5) *coherencia de la forma*: la forma o configuración del otro es una propiedad obvia que “pertenece” a alguien y puede servir para identificar a esa persona como entidad duradera y coherente, a pesar de los cambios internos (de ángulo o posición de presentación, de expresión) o externos (de distancia) de dicha forma.

En cuanto a la afectividad del sí-mismo, podemos decir que, a los dos meses, el infante ya tiene innumerables experiencias con muchos de los afectos (alegría, interés, malestar, sorpresa, cólera), y que para cada emoción, el infante llega a reconocer y esperar una constelación características de cosas que sucedan (acontecimientos invariantes del sí-mismo): la retroalimentación propioceptiva de particulares pautas motoras eferentes que desembocan en el rostro, la respiración y el aparato vocal; sensaciones internas de activación o excitación; y cualidades del sentimiento específicas de cada emoción. Estas tres invariantes, tomadas todas juntas, se convierten en una invariante de orden superior, una constelación de invariantes pertenecientes al sí-mismo que especifica una categoría de emoción, una afectividad del sí-mismo, y que permanece invariante independientemente del contexto y de las personas de interacción.

El sentido de un sí-mismo nuclear sería efímero si no hubiera una continuidad de la experiencia. La continuidad o historicidad, dice Stern, es el elemento crucial que explica el sentido del “seguir siendo” de Winnicott; es lo que le permite al infante mantener una historia puesta al día de sus sí-mismos “motor”, “perceptual” y “afectivo” —es decir, de su propia agencia, coherencia y afectividad—. La capacidad del infante necesaria para esta forma de continuidad es la memoria, aquel sistema o proceso para integrar los diversos rasgos de una experiencia vivida, y en particular la memoria episódica, el recuerdo de experiencias de la vida real acaecidas en el tiempo real, que cuenta con la gran ventaja de poder incluir acciones, percepciones y afectos como los principales atributos de un episodio recordado. Esta memoria episódica utiliza las RIG (Representaciones de Interacciones Generalizadas) como unidades mnémicas básicas para integrar las diversas islas de consistencia en una representación estable del sí-mismo y el otro nuclear. Las RIG son representaciones preverbales de episodios y experiencias interactivas, que resultan de la huella directa de múltiples realidades y que integran en un todo los diversos atributos accionales, perceptuales y afectivos del sí-mismo nuclear. Las diferentes invariantes de la experiencia del sí-mismo (las islas de consistencia) son integradas: se integran entre sí el sí-mismo que actúa, el que siente, el que tiene una percepción única del propio cuerpo y las propias acciones. De igual modo, se “desenredan” y clasifican la madre que juega, la que acaricia y las madres percibidas cuando el niño está feliz o molesto. De este modo, las invariantes de la agencia, la coherencia y la afectividad se integran lo suficiente (con continuidad en la forma de memoria que actúa como parte del proceso integrador), procurándole al infante un sentido unificado de un sí-mismo nuclear.

Entonces bien, a medida que progresa el desarrollo el infante llega a especificar un sí-mismo nuclear, un otro nuclear, y luego, un sí-mismo-con-otro. Pero respecto de este sí-mismo-con-otro debemos comentar ciertas importantes cuestiones.

El psicoanálisis clásico ha proporcionado, centrándose en el estudio de la regulación fisiológica del niño por su madre, ricas descripciones de la vida interior del infante, en tanto la misma es afectada por estos cambios fisiológicos, pero ha descuidado al hacerlo, los aspectos interaccionales de esa regulación. En las concepciones de Freud y Mahler, el infante está relacionado con los otros sólo indirectamente, en la medida en que ellos influyen en sus estados internos de hambre, fatiga, etc. El infante en estas concepciones permanece en un prolongado estado de indiferenciación en el que subjetivamente no existe ningún mundo social. La escuela inglesa de relaciones objetales, y Sullivan en Estados Unidos, eran los únicos teóricos clínicos para los que el relacionamiento social humano estaba presente desde el nacimiento, existía por sí-mismo, era de naturaleza definible y no fundado en estados fisiológicos de necesidad. Dice Stern (1991, p.65): “todas estas teorías clínicas comparten una afirmación. La de que los infantes tienen una vida subjetiva muy activa y que experimentan un estado de indiferenciación mientras enfrentan hechos sociales borrosos que presumiblemente son vistos como inconexos y no integrados”.

Dentro de este contexto, vimos cómo las teorías de Winnicott y de Mahler sostenían que las diversas experiencias de estar con un otro se fundan en el supuesto de que el infante no puede diferenciar adecuadamente el sí-mismo del otro. La fusión sí-mismo/otro es el estado de fondo al que el infante vuelve constantemente, y la condición de equilibrio de la cual emergen gradualmente un sí-mismo separado y un otro. En cierto sentido, dice Stern, para esta concepción el infante es social, ya que, subjetivamente, el yo es un nosotros: el infante logra la sociabilidad total no diferenciando el sí-mismo del otro. Pero Stern rompe con esta concepción al insistir en la muy temprana formación de un sentido de un sí-mismo nuclear y de un otro nuclear durante el período de la vida al que otras teorías asignan una indiferenciación sí-mismo/otro. Además, en la concepción de Stern, las experiencias de estar con otro se consideran procesos activos de integración, y no fracasos pasivos de la diferenciación.

El infante se encuentra insertado en una matriz social, en la que gran parte de la experiencia resulta de las acciones de los otros. Hay un otro que regula la experiencia del sí-mismo del bebé. En este sentido, el otro es para el infante un otro regulador del sí-mismo: un otro que regula la activación del sí-mismo, la intensidad del afecto, la seguridad y el apego, la categoría de afecto del infante, su atención, curiosidad y compromiso cognitivo con el mundo; un otro que regula la experiencia que tiene el infante de su estado somático. Está claro, entonces, que la acción social de los otros reguladores del sí-mismo es un hecho objetivo profundo en relación a la experiencia del infante, pero ¿cómo puede ser esto experimentado subjetivamente por el niño?

El psicoanálisis habla de fusiones primarias y secundarias, siendo las primeras, experiencias de falta de límites, en las que uno se siente como parte de otro, a causa de la incapacidad madurativa de diferenciar el sí-mismo del otro. Las fusiones secundarias son, en cambio, las experiencias de pérdida de los propios límites perceptuales y subjetivos después de su formación, y de quedar sumido o disuelto en la persona de un otro semipermeable; serían reediciones de la fusión primaria. Ahora bien, Stern se coloca en una posición radicalmente opuesta al decir que las importantes experiencias sociales que venimos tratando (esas de la regulación del sí-mismo por un otro) no son fusiones primarias ni secundarias, sino simplemente la experiencia real de estar con alguien, un otro regulador del sí-mismo. Durante el acontecimiento real, no se quebranta el sentido nuclear del sí-mismo: el otro sigue siendo percibido como un otro nuclear separado. El cambio de la experiencia del sí-mismo sólo pertenece al sí-mismo nuclear, y el sí-mismo nuclear cambiado se relaciona (pero no se fusiona) con el otro nuclear. “La experiencia del sí-mismo depende sin duda de la presencia y la acción del otro, pero sigue perteneciendo enteramente al sí-mismo. No hay ninguna distorsión. El infante se ha representado la realidad con exactitud” (Stern, 1991, p. 135). En los infantes es realmente muy activa la vida de la memoria y de la fantasía, pero a pesar de esto, les interesan los hechos que suceden realmente. El infante es visto, para Stern, como un excelente verificador de la realidad. Por lo tanto el sí-mismo y el otro se mantienen fácilmente intactos, puesto que los indicios perceptuales revelan que el otro sigue siendo una organización temporal, espacial, de la intensidad y/o el movimiento, diferente del sí-mismo. La diversidad de la experiencia en la discriminación de los invariantes del sí-mismo y los invariantes del otro es el fenómeno crucial gracias al cual los sentidos nucleares del sí-mismo y el otro no se quiebran ni se confunden: “la variedad es lo que permite que el infante triangule e identifique qué invariantes le pertenecen a quién” (Stern, 1991, p. 136); y luego: “en las condiciones normales de inevitable variedad, el infante no debería tener problemas para sentir quién es quién y qué pertenece a quién en este tipo de encuentros” (p. 136).

Cualquier experiencia vivida incluye para Stern, en primer lugar, alteraciones significativas en el estado emocional del infante que parecen pertenecer al sí-mismo, incluso aunque sean recíprocamente creadas por el sí-mismo y el otro; luego, a una otra persona, tal como es vista, oída y sentida táctilmente en el momento de la alteración; un sentido intacto de sí-mismo nuclear y otro nuclear como fondo contra el que esto ocurre; y por último, una variedad de acontecimientos contextuales y situacionales. Entonces, ¿cómo puede vincularse todo esto para formar una unidad subjetiva que no sea una fusión, ni un sí-mismo nosotros, ni una fría asociación cognitiva entre sí-mismos y otros distintos? Esta vinculación, dirá Stern, se produce en la forma de un episodio real de la vida en tanto vivida. El episodio vivido, lo mismo que el recordado, es la unidad que encierra los diferentes atributos de la experiencia en relaciones recíprocas. Son esas relaciones las que prevalecen en el suceso real. De esta manera, las experiencias que alteran el sí-mismo y el papel regulador del otro quedan asociadas por una unidad común más amplia de la experiencia subjetiva, el episodio, que las incluye a las dos juntas con otros atributos y preserva sus relaciones naturales. “De modo análogo, la experiencia alteradora del sí-mismo y las percepciones del otro no tienen por qué interpretarse y pasar a estar fusionadas o a ser confusas, sino que pueden seguir siendo componentes distintos y separados de la unidad subjetiva mayor, el episodio” (Stern, 1991, p. 140).

Toda experiencia en curso incluye de esta manera la presencia (en o fuera de la percepción conciente) de un compañero evocado. Los compañeros evocados como RIG activadas se conciben en términos de memoria episódica y están cerca de la vividez de la experiencia subjetiva. Son recuerdos prototípicos que representan la historia pasada acumulada de un tipo de interacción con otro. Operan tanto en ausencia de otros, pasando el otro regulador del sí-mismo a estar presente en forma de un recuerdo activo, como durante las interacciones reales con otro presente, indicándole en este caso, al infante, lo que está sucediendo. Son registros del pasado que informan al presente, orientando al infante, evaluando las expectativas y cumpliendo así una función estabilizadora y reguladora de la experiencia del sí-mismo. La presencia de un compañero evocado nunca agrieta la integridad de un sentido nuclear del sí-mismo y del otro, sino que se siente como una experiencia del yo con un otro. “El compañero evocado es una experiencia de estar con, en presencia de un otro regulador del sí-mismo” (Stern, 1991, p. 143). Son distintos de las internalizaciones porque éstas se experimentan como señales internas y no como experiencias

vividas o reactivadas. En algún punto del desarrollo deja de existir la necesidad de recuperar al compañero evocado. Pero éstos no desaparecen, subsisten en estado de latencia a lo largo de toda la vida, siendo recuperables. El episodio vivido de estar con otro, cuando el otro no está presente, requiere la activación de la memoria evocativa. Dice Stern (1991, p. 149): "En vista de la memoria evocativa por indicios del infante y de la memoria para los sucesos interpersonales en términos de RIG, parece probable que el bebé tenga recuerdos casi constantes (fuera de su percatación) de las interacciones previas". Y luego (p. 150): "en cuanto la memoria evocativa por indicios ha comenzado a funcionar, las experiencias subjetivas son en gran medida sociales, sea que se produzcan a solas o no. En realidad, debido al recuerdo, pocas veces estamos solos, ni siquiera (tal vez menos que nunca) durante el primer medio año de vida. El infante interactúa con compañeros externos reales parte del tiempo, y con compañeros evocados casi constantemente. El desarrollo requiere ese diálogo incesante". Como hecho subjetivo, el infante no está solo, sino con compañeros evocados y es por ello que es confiado.

Este sentido subjetivo de estar con (intra y extrapsíquicamente) es siempre un acto mental activo de construcción y no un fracaso pasivo de la diferenciación. No es un error de maduración, ni una regresión a períodos anteriores de indiferenciación, ni fusiones de las que hay que salir. [...] Son partes permanentes y sanas del paisaje mental, que sufren continuos crecimientos y una continua elaboración. Son los constituyentes activos de una memoria que codifica, integra y recuerda la experiencia y de ese modo guía la conducta (Stern, 1991, p. 151).

Stern se encarga de dar tratamiento no sólo al mundo subjetivo del infante, y su relación con los acontecimientos interactivos observables para todos, sino también a la madre que también participa de los mismos episodios interactivos observables y cuya propia historia también influye en la experiencia subjetiva que tiene de la interacción observable en curso. De hecho, la interacción observable en la que participan ambos compañeros es el puente entre dos mundos subjetivos potencialmente separables.

Entonces: rompiendo con las concepciones tradicionales, Stern sostiene que el infante, desde el nacimiento mismo, es un ser altamente social. En primerísimos momentos experimenta el proceso de una organización que emerge. Las mismas tareas de la regulación fisiológica están absolutamente atravesadas por conductas sociales que se dan entre el niño y su madre. Construye e integra activamente una realidad que se manifiesta para él de manera difusa e intensa hasta llegar, en los mismos momentos en que la concepción clásica habla de una indiferenciación o fusión sí-mismo/otro, a la temprana formación de un sentido de un sí-mismo nuclear y de un otro nuclear. Las cuatro grandes invariantes de la experiencia que sitúa Stern en esta época, la agencia, la coherencia, la afectividad y la continuidad del sí-mismo, especifican para el niño, ya en estos tempranos momentos, un sí-mismo nuclear, y un otro nuclear, como entidades físicamente coherentes, dinámicas y separadas, donde se emplazan un sentido de agencia y una afectividad particular y diferenciada, todo lo cual tiene continuidad en la memoria, que actúa como parte del proceso integrador. Por supuesto se especifica también un sí-mismo-con-un-otro. Pero el otro no es para Stern, un ente indiferenciado, una parte de una unidad que todo lo abarca; el otro siempre será en esta etapa, y luego para siempre, un otro nuclear separado. Nunca se quiebra para este autor, durante la experiencia real de estar con alguien, el sentido nuclear del sí-mismo ni del otro. El otro, en estos primeros meses es un otro regulador del sí-mismo y las experiencias de estar con ese otro se consideran procesos activos de integración, y no fracasos pasivos de la diferenciación. El sí-mismo y el otro se mantienen fácilmente intactos, puesto que los indicios perceptuales revelan que el otro sigue siendo una organización temporal, espacial, de la intensidad y/o el movimiento, diferente del sí-mismo.

El sentido de un sí-mismo subjetivo: el sujeto

Entre los siete y nueve meses de edad, el infante descubre que tiene una mente y que los otros distintos a él mismo, pueden tener un estado mental similar al suyo. Comienza así a comprender que las experiencias subjetivas interiores, los contenidos de la mente, pueden potencialmente compartirse con algún otro; en ese momento aparece la intersubjetividad. El niño dirá, "lo que está sucediendo en mi mente puede ser lo bastante similar a lo que está sucediendo en la tuya como para que de algún modo podamos comunicarnos esto (sin emplear palabras) y de tal modo experimentar la intersubjetividad". Dice Stern (1991, p. 158):

Este cambio le otorga al infante una distinta "presencia" y otro modo de "ser sentido" en el nivel social. El sí-mismo y los otros pasan a incluir ahora estados subjetivos o interiores de experiencia, además de las conductas abiertas y sensaciones directas que caracterizaban al sí-mismo y otro nucleares, pasando, en parte, la acción interpersonal, de estas acciones y respuestas abiertas a los estados subjetivos internos que están detrás del comportamiento manifiesto. El infante accede así a un nuevo dominio, el del relacionamiento intersubjetivo, que se erige sobre los cimientos del relacionamiento nuclear: las experiencias intersubjetivas no tienen ningún sentido a menos que se desarrollen sobre el fondo de la

existencia segura de un sí-mismo y otro físicamente distintos y separados. El dominio de relacionamiento intersubjetivo, lo mismo que el nuclear, sigue operando afuera de la percatación, y tampoco puede traducirse verbalmente. En esta etapa, por primera vez, el infante adquiere la capacidad para la intimidad psíquica (la revelación recíproca, la permeabilidad producida entre dos personas) y se intensifica el deseo de conocer y ser conocido.

El psicoanálisis, dice Stern, se ha preocupado por la experiencia subjetiva de los individuos. No ha conceptualizado la experiencia intersubjetiva como un acontecimiento diádico, conceptualización necesaria para una concepción genérica de la intersubjetividad. Es también posible que el predominio de la teoría de la separación-individuación para explicar este período vital haya obstaculizado la apreciación más completa del papel de la intersubjetividad. Como vimos, para la teoría psicoanalítica del Yo, el período posterior a los siete-nueve meses es la época de la emergencia más completa del estado indiferenciado que lo antecede ("se rompe el cascarón"). Esta fase se dedica a establecer un sí-mismo separado e individual, disolviendo las experiencias de fusión y dando forma a un sí-mismo más autónomo que pueda interactuar con un otro más separado. Esta teoría no considera que la aparición del relacionamiento intersubjetivo permite, por vez primera, la creación de estados mentales mutuamente experimentados, dando lugar a la conjunción (incluso fusión), basada en la realidad, de la experiencia interna. Pero, paradójicamente, es sólo con este advenimiento de la intersubjetividad que puede producirse la conjunción de las experiencias psíquicas subjetivas. Y esto es lo que hace posible el salto a un sentido intersubjetivo del sí-mismo y el otro, justamente en el momento del desarrollo en el que la teoría tradicional localizaba el inicio de una marea inversa. Para Stern, la separación/individuación y las nuevas formas de experimentar la unión (o el estar-con) emergen por igual de la experiencia de la intersubjetividad.

El bebé, en este punto del desarrollo, es todavía preverbal, por lo cual, las experiencias subjetivas que podrá compartir deben ser de un tipo que no requiera su traducción al lenguaje. Serán tres, entonces, los estados mentales que tienen gran importancia para el mundo interpersonal en este momento, y que no exigen la presencia del lenguaje: *la interatencionalidad* (compartir la atención), *la interintencionalidad* (compartir intenciones), *la interafectividad* (compartir estados afectivos). Para Stern, "la interafectividad podría ser la forma inicial, más generalizada e inmediatamente importante del proceso de compartir experiencias subjetivas" (1991, p. 166). Los psicoanalistas postulan que desde temprano los afectos son el medio y el contenido primarios de la comunicación. Stern adhiere a esta idea.

Cuando el infante ha empezado a compartir acciones e intenciones respecto de objetos, y a intercambiar proposiciones en forma pre-lingüística, el intercambio afectivo sigue siendo el modo y la sustancia predominantes de la comunicación con la madre. [...] La mayoría de los intercambios protolingüísticos que involucran intenciones y objetos son al mismo tiempo intercambios afectivos. [...] Compartir estados afectivos tiene una importancia suprema durante la primera parte del relacionamiento intersubjetivo (Stern, 1991, p. 167).

Otro paso del desarrollo ha desencadenado consecuencias importantes. El sí-mismo y el otro pasan a incluir ahora estados subjetivos o interiores de experiencia, además de las conductas abiertas y sensaciones directas que caracterizaban al sí-mismo y otro nucleares. El niño descubre que tiene una mente y que los otros distintos a él pueden albergar estados mentales similares al suyo: la intersubjetividad se vuelve posible; el niño busca la intimidad psíquica, busca conocer y ser conocido. Es sólo con el advenimiento de la intersubjetividad que puede producirse la conjunción de las experiencias psíquicas subjetivas, y esto es lo que hace posible el salto a un sentido intersubjetivo del sí-mismo y el otro. Entonces, ¿qué forma toma el otro en este momento para Stern? El otro, dijimos, ya era una entidad coherente, separada, con un sentido de agencia, con una afectividad propia y con una continuidad en el tiempo que le daba coherencia histórica. Ahora bien, en este momento, el otro adquiere una nueva particularidad: para el niño, ya posee estados interiores de experiencia, ya posee una mente propia, particular, y el infante busca deliberadamente conocerla, acceder a ella, como también busca que conozcan la suya propia. El otro sufre una transformación definitiva: el otro se vuelve sujeto. Estos intentos de compartir y de ser compartido marcan el surgimiento de la intersubjetividad. La paradoja se hace evidente: sólo después de formados y separados, el sí-mismo y el otro, se vuelven posibles las experiencias de conjunción o fusión (de las experiencias psíquicas subjetivas).

El sentido de un sí-mismo verbal: el otro verbal

Durante el segundo año de vida aparece el lenguaje, y con él, el sí-mismo y el otro adquieren un nuevo medio de intercambio para crear significados compartidos, aumentando de esa manera los modos posibles de "estar con" otro. Emerge una nueva perspectiva subjetiva organizadora y con ella un nuevo dominio de relacionamiento, el dominio de relacionamiento verbal. Ahora bien, el lenguaje no sólo representa una gran ventaja, al implicar una nueva forma de relacionamiento y una expansión de la experiencia inter-

personal, permitiendo, por ejemplo, que dos personas creen experiencias mutuas de significados que no podrían existir de no recibir forma en palabras; el lenguaje, decíamos, es para Stern (1991, p. 200), una “espada de doble filo”, en el sentido de que introduce una cuña entre dos formas simultáneas de la experiencia interpersonal: la experiencia interpersonal vivida y la representada verbalmente, e introduciendo, al hacerlo, el relacionamiento en un nivel impersonal, abstracto (el nivel propio del lenguaje), alejándolo del nivel personal, inmediato, propio de los otros dominios, y formándose, precisamente a través de ese espacio, las conexiones y asociaciones que constituyen la conducta neurótica. El lenguaje convierte así a partes de nuestra experiencia en menos compartibles con nosotros mismos y con otros: en el dominio del relacionamiento verbal, para Stern, sólo parcialmente se puede abarcar la experiencia de los dominios del relacionamiento emergente, nuclear e intersubjetivo, que permanecen independientes del lenguaje. Es de esta manera que el lenguaje provoca una escisión en la experiencia del sí-mismo, entorpeciendo de cierta manera la integración de la experiencia del sí-mismo y la experiencia del sí-mismo con otro.

Con este nuevo paso del desarrollo, el niño adquiere la capacidad para coordinar esquemas existentes en la mente con operaciones externas (acciones o palabras). Las tres consecuencias de esta aptitud que más cambian el sentido del sí-mismo y, en consecuencia, las posibilidades de relacionamiento son: 1) *la capacidad para convertir al sí-mismo en objeto de reflexión*, es decir, la capacidad del niño para concebirse y referirse a sí-mismo como una entidad externa u objetiva; 2) *la capacidad para participar en acciones simbólicas tales como el juego*. Con la nueva capacidad para objetivar el sí-mismo y coordinar diferentes esquemas mentales y de acción, los infantes han trascendido la experiencia inmediata. Tienen ya los mecanismos y operaciones psíquicas necesarias para compartir su conocimiento y experiencia interpersonales del mundo, así como para trabajar sobre ellos en la imaginación o la realidad. Por vez primera, el infante puede albergar y mantener un deseo formado acerca de cómo debería ser la realidad, contrariando los hechos. Se observa en esto el nacimiento del conflicto dinámico. La interacción interpersonal incluye ya recuerdos del pasado, realidades presentes y expectativas para el futuro; 3) *la adquisición del lenguaje*. Cuando los niños ya disponen del lenguaje, han atravesado todo un período anterior donde adquirieron un importante conocimiento del mundo y de las interacciones sociales. Este conocimiento experiencial se ensamblará de algún modo, aunque no totalmente, con el lenguaje. Considerando que las palabras y las estructuras del lenguaje tienen algo más que una relación unívoca con las cosas y fenómenos de la experiencia real -“*las palabras poseen una existencia, una vida propia, que le permite al lenguaje trascender la experiencia vivida y ser generativo*” (Stern, 1991, p. 207)-, la manera en que el lenguaje puede cambiar el sentido del sí-mismo y lo que la adquisición del lenguaje hace posibles entre el sí-mismo y los otros se vuelve el punto clave de la cuestión. Dice Stern (1991, p. 222):

Con la llegada del lenguaje y el pensamiento simbólico los niños tienen ya herramientas para distorsionar y trascender la realidad. Pueden crear expectativas contrarias a la experiencia pasada. Pueden elaborar un deseo contrario al hecho presente. Pueden representarse a alguien o a algo en términos de atributos aislados que se reúnen en una representación simbólica. Esas condensaciones simbólicas finalmente hacen posible la distorsión de la realidad y proporcionan el suelo para los constructos neuróticos. Antes de contar con esa aptitud lingüística, los infantes se ven limitados a reflejar la huella de la realidad. No pueden ir más allá de ella.

El problema de la adquisición del lenguaje pasa a ser, para Stern, interpersonal, “algo que hay que negociar entre progenitor e hijo” (Stern, 1991, p. 209). Durante el ensamblaje del mundo del conocimiento y el lenguaje, tales significados mutuamente negociados se desarrollan y cambian, siendo resultado de la lucha entre dos personas, de modo que pertenecen a un nosotros. A este proceso interpersonal de negociación de significados se agrega, para Stern, factores motivacionales que también explican la aparición del lenguaje (contra la presión dirigida hacia el niño de abandonar el orden personal de la infancia para establecer un nuevo orden social, éste se ve motivado por la necesidad y el deseo de restablecer el viejo orden personal con la madre). De esta manera, el proceso mismo de aprender a hablar se concibe en términos de dar forma a experiencias compartidas, de crear un nuevo tipo de “estar-con” entre el adulto y el niño.

Según la teoría tradicional, la adquisición del lenguaje era un fenómeno fundamental que favorecía el logro de la separación e individuación. Para Stern, lo opuesto también es cierto, ya que la adquisición del lenguaje es un potente instrumento de la unión y conjunción. “De hecho, cada palabra aprendida es el subproducto de la unión de dos mentes en un sistema simbólico común, la forja de un significado compartido” (Stern, 1991, p. 211). Se ha considerado asimismo al lenguaje como un fenómeno transicional, ya que no pertenece verdaderamente ni al sí-mismo ni tampoco al otro, ocupando una posición intermedia entre la subjetividad del infante y la objetividad de la madre. El lenguaje proporciona, así, un nuevo modo de estar relacionado con otros, presentes o ausentes, compartiendo con ellos un conocimiento personal del mundo. Genera también la capacidad para narrar la propia vida, con todos los potenciales que esto

tiene para el cambio del modo en que uno se ve a sí mismo. Dice Stern (1991, p. 213): “El dominio del relacionamiento verbal podría de hecho subdividirse mejor en un sentido de un sí mismo categoría que objetiva y rotula, y de un sí-mismo narrado que entretiene en una historia elementos tomados de otros sentidos del sí-mismo (agencia, intenciones, causas, metas, etc.)”.

El conocimiento interpersonal inicial del infante es principalmente incompatible, amodal, específico de cada caso, y entonado con conductas no verbales en las cuales ningún canal de comunicación tiene un estatus privilegiado en cuanto a responsabilidad o propiedad. Pero con la aparición del lenguaje, el infante queda alienado del contacto directo con su propia experiencia personal. Al surgir este nuevo nivel de relacionamiento, los niveles de relacionamiento nuclear e intersubjetivo continúan como formas en curso de la experiencia interpersonal, pero algunas de sus experiencias son refundidas y transformadas por el nuevo dominio, de modo que llevan dos vidas: su vida original como experiencias no verbales, y una vida como versión verbalizada de esas experiencias. Es decir, el lenguaje transforma mediante el proceso de elaboración lingüística algo de los sentimientos, sensaciones, percepciones y cogniciones que constituyen la experiencia global no verbal, en una experiencia separada de la experiencia global. La relación que se establece entre la experiencia global no verbal y aquella parte de la misma que ha sido transformada en palabras puede ser de diversa índole: la parte separada por el lenguaje puede aprehender perfectamente la experiencia total. Por lo general se piensa que el lenguaje opera de este modo, pero en realidad rara vez lo hace. En otros casos, la parte lingüística y la no lingüística no coexisten en buenos términos, pudiendo esta última fracturarse o quedar pobremente representada. O finalmente, algunas experiencias globales de los niveles de relacionamiento nuclear e intersubjetivo, que no permiten un acceso del lenguaje suficiente para separar un trozo y someterlo a una transformación lingüística, continúan de manera subterránea, no verbalizadas, para llevar una existencia innominada (y, sólo en esa medida, desconocida). Ahora, respecto de las experiencias de la percepción amodal, al ligarla a las palabras, se aíslan las experiencias de su flujo amodal original, de modo que el lenguaje puede fracturar la experiencia global amodal, introduciendo una discontinuidad en la experiencia. En el desarrollo, probablemente lo que sucede es que las versiones lingüísticas de las experiencias se convierten en la versión oficial, y la versión amodal continúa soterrada para resurgir sólo cuando las condiciones suprimen o prevalecen sobre la versión lingüística. El lenguaje se vuelve muy limitado a la hora de tratar de evocar determinadas experiencias que lo trascienden, y al intentarlo lo único que logra es fracturar o soterrar la experiencia global amodal. De esta manera, la llegada del lenguaje es para el niño una “espada de doble filo”, en el sentido de que lo que se pierde o soterra es enorme pero lo que se gana también lo es: el niño puede por primera vez compartir con otros su experiencia personal del mundo, que incluye el “estar con” otros en la intimidad, el aislamiento, la soledad, el miedo, el temor reverente y el amor. Logra asimismo acceso a una pertenencia cultural más amplia, pero con el riesgo de perder la fuerza y la totalidad de la experiencia original.

Nuestro sí-mismo existencial y verbal pueden estar (y de hecho generalmente están) muy separados el uno del otro: es decir que el sí-mismo está inevitablemente dividido por el lenguaje. Muchas experiencias del sí-mismo-con-otro caen en esta categoría no verbalizada: el mirarse recíprocamente a los ojos sin hablar, el sentido de los afectos de la vitalidad característicos de otra persona, y algunas experiencias del sí-mismo también, como la continuidad de la coherencia.

La adquisición del lenguaje por el niño provoca un revuelo considerable en la vida e historia de éste. El conocimiento subjetivo e interpersonal del infante era, hasta este momento, amodal, incompatible, específico de cada caso y entonado con conductas no verbales. El lenguaje proporciona una nueva manera de estar relacionados con los otros y una manera de compartir el conocimiento personal del mundo. Proporciona también un poderoso instrumento para la unión o conjunción (recordemos que la concepción clásica concebía al lenguaje sólo como un instrumento promotor de la separación/individuación). Se expande el mundo interpersonal del infante, quien logra asimismo acceso a una pertenencia cultural más amplia. Pero también, el lenguaje conduce al relacionamiento a un nivel impersonal, abstracto, alejándolo del nivel personal, inmediato propio de los otros dominios. Al ser el lenguaje muy limitado a la hora de tratar de evocar estas experiencias que lo trascienden, su aparición determina la fractura o el soterramiento de tales experiencias. El niño pierde mucho de estas experiencias primitivas, originales, intensas, reales, mucho de su fuerza, de su totalidad. El lenguaje y el pensamiento simbólico atraviesan la experiencia, y al hacerlo, determinan su empobrecimiento y distorsión, y la escisión que estos producen en la misma marca la emergencia del sujeto neurótico. Entonces, con el lenguaje el niño gana y pierde mucho. Pero, ¿qué pasa con el otro cuando el lenguaje se presenta en la vida del niño? El otro continúan siendo un ente coherente, separado, un centro de acción y de afectos, con cierta coherencia histórica y estados internos propios que lo constituyen como sujeto. Pero el otro es además, ahora, un otro verbal atravesado por elementos simbólicos que, al mismo tiempo que permiten un intercambio en otro nivel con el mismo, lo distorsionan y empobrecen, haciendo que parte de las experiencias que teníamos y tenemos con ese

otro queden refundidas y transformadas por el nuevo dominio y otras tantas soterradas o fracturadas. De esta manera, muchas de las experiencias del niño respecto de ese otro siguen inmunes al alcance de un lenguaje que se ve incapaz de acceder a ellas. Pero muchas otras son cautivadas por el mismo, dificultando así, de cierta manera, la integración de la experiencia. La escisión que el lenguaje produce en la experiencia del sí-mismo, entorpece de cierta manera la integración de la experiencia del sí-mismo y la experiencia del sí-mismo con otro.

El sentido del sí-mismo y del otro

Sabemos que Stern se centra en el sentido del sí-mismo y del otro, tomando como punto de partida la experiencia subjetiva inferida del infante. Sabemos asimismo que no se mete, como sí lo hacían los otros autores que tratamos en esta exposición, con cuestiones referidas al desarrollo del Yo, del ello o de la identidad. Los rasgos clínicos, fenómenos centrales en las concepciones tradicionales acerca del desarrollo, tales como la oralidad (Freud), la ansiedad paranoide o depresiva (Klein), la autonomía (Mahler), lo transicional (Winnicott), la confianza (Erikson), etc., ceden, en las ideas de Stern, su papel de organizadores primarios de la experiencia subjetiva a los sentidos cambiantes del sí-mismo y del otro. Queda claro entonces que Stern se interesa por el sentido del sí-mismo y del otro, y eso es precisamente lo que se constituye en el encuentro con el otro, desde temprano en la vida, desde el nacimiento mismo. El niño sale del vientre materno y se encuentra con una realidad desconocida, abrumadora, que se le presenta intensamente, desorganizada, e ininterrumpidamente. A partir de esa realidad y con el otro (la madre) como actor y fenómeno principal de la misma, comienza un proceso de integración experiencial; comienza el acelerado desarrollo de ciertas perspectivas organizadoras básicas que estructuran su mundo y lo vuelven coherente. Stern se interesa sobre todo en los sentidos del sí-mismo esenciales para las interacciones sociales cotidianas, y no para los encuentros con el mundo inanimado. Las tendencias innatas del niño lo vuelven hacia el mundo exterior, quiere observar, quiere conocer, entender. Tendencias innatas lo hacen, también, integrar, reconocer qué pertenece a él mismo, qué pertenece al otro, qué es lo que no varía de la experiencia (islas de consistencia), es decir, qué es lo inherente, lo propio de la realidad, y qué lo cambiante, lo accesorio, y así va experimentado la entrada-en-el-ser de la organización (el sentido del sí-mismo emergente). Esta experiencia del proceso de organización en formación desemboca en una primera perspectiva organizadora, el sentido del sí-mismo y del otro nuclear: el sí-mismo y el otro son entidades nucleares con límites precisos, con continuidad histórica, con un sentido de agencia y afectividad que lo caracterizan. El desarrollo continúa y estos entes nucleares pasan a albergar estados subjetivos internos, estados mentales que se vuelven compartibles, librando el camino para la aparición de la intersubjetividad (sentido del sí-mismo y del otro subjetivo). Aparece el lenguaje (sentido del sí-mismo y el otro verbal): quiebra la experiencia haciendo que parte de ella sea más compartible y ampliando así el mundo interpersonal del infante; pero haciendo también que parte de ella quede fragmentada o soterrada. El sujeto queda atravesado por el lenguaje, la integración del sí-mismo y el otro queda entorpecida en parte, la neurosis cuenta ya con un terreno fértil para sembrar sus semillas, el niño ya es un ser cultural, simbólico.

Capítulo Final: ¿Dimensión intrapsíquica o intersubjetiva? - Conclusión

La teoría pulsional clásica de Freud ha sido el paradigma dominante en el campo psicoanalítico durante los primeros 50 años de historia. Pero este modelo pulsional dejó de convencer a muchos teóricos que se volcaron a la ansiosa búsqueda de nuevos caminos dando lugar a una era, citando a Mitchell (1993), *esencialmente pos-freudiana*. La revolución de las ideas en el psicoanálisis se hizo presente: amplios sistemas teóricos comenzaron a surgir con rapidez, soluciones parciales (todas derivadas de la teoría freudiana) al vacío conceptual pos-freudiano, todas con su importancia relativa, defendiendo una verdad absoluta y con un selectísimo grupo de fieles seguidores; enfrentamientos, disputas, nuevas verdades, viejos errores: la fragmentación del campo fue la inevitable consecuencia, fragmentación nunca justificada ni merecida.

Ahora bien, todas estas nuevas ideas, aunque dispares, desplazaron el foco de análisis hacia un terreno común: las relaciones con otros (objetos) comienzan a interesar, ya sean relaciones pasadas, presentes, reales o imaginarias. El modelo relacional en psicoanálisis es el nombre bajo el cual Greenberg y Mitchell reúnen las colaboraciones más importantes e influyentes de esta época pos-freudiana. Se comienza a advertir así, que el psicoanálisis opera en un campo de dos personas, y no de una, que

las relaciones con los demás y no las pulsiones conforman la materia prima de la vida mental y que todo hombre está inevitablemente inscripto, desde el nacimiento, en una matriz de relaciones donde establece relaciones primarias y fundamentales con los otros. De esta manera, la unidad básica de estudio deja de ser el individuo como una entidad separada cuyos deseos chocan contra la realidad exterior, y para ser el campo de interacciones dentro del cual surge el individuo y pugna por relacionarse y expresarse.

Pero hay más: este nuevo foco se orientó a etapas cada vez más tempranas del desarrollo, adquiriendo la díada madre-hijo cada vez más importancia en el psicoanálisis, y modificando, este pasaje de lo pre-edípico a lo edípico, todo el marco conceptual de este campo. El foco en el yo y en sus relaciones objetales internas condujo a un interés acrecentado en la idea de sí-mismo y, fundamentalmente, en la relación entre el sí-mismo y ese otro primario que es la madre. Luego de Freud, se ha observado un intenso florecimiento de teorías psicoanalíticas sobre el primer desarrollo del sí-mismo en la relación con el otro.

Los distintos tratamientos dados a este otro fue algo de lo que se intentó mostrar en este trabajo. Vimos la importancia del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein; el uso metapsicológico que le da a este concepto (el objeto como estructura endopsíquica), y el uso fenoménico-descriptivo del mismo (el objeto como casi-persona, sujeto de actividades, sentimientos, padecimientos). Vimos cómo el pecho es para Klein el objeto absolutamente privilegiado por ser el primer centro de organización de la experiencia vivida del lactante: toda experiencia, ya placentera, ya displacentera, que el niño tiene en los primeros momentos de la vida es atribuida al pecho y organizada en torno de este primer objeto, de modo que ese otro primario que es la madre toma, para Melanie Klein, inicialmente, la forma de un objeto parcial (el pecho): el niño se relaciona en ese primer momento con dos objetos parciales: un pecho bueno y un pecho malo que, con el advenimiento de la posición depresiva, se fusionarán en una representación total: el otro pasa a ser un objeto total que puede en ocasiones ser bueno y en ocasiones malo, que puede estar presente o ausente, que puede amar u odiar, todo al mismo tiempo.

Seguimos con Mahler y su ya clásica progresión evolutiva que “libera” al niño de dos precarios estadios, el primero de los cuales encuentra al niño dentro de una órbita autística cuyos límites cerrados lo protegen de una excesiva estimulación, intolerable por ahora; y el segundo estadio que encuentra al niño en una simbiosis absoluta donde no hay posibilidad alguna para el reconocimiento y la diferenciación yo/no-yo. Estos dos estadios están inmersos en el narcisismo primario y, siendo el primero anobjetal, sólo a partir del segundo aparece una tímida sospecha de que dentro de ese perfecto sistema que conforma el niño con su madre, hay un otro (objeto parcial) cuyo aporte le es indispensable para sobrevivir. Luego sobreviene el proceso de separación-individuación en el cual el niño fortalece su individualidad y aumenta su separación y diferenciación respecto de su madre. El otro ya aparece: primero como un objeto parcial que tan sólo satisface, cuida y ama, luego, tendrá una vida propia e independiente, con intereses y ocupaciones ajenas al niño, y por último, con el logro de la constancia objetal, los distintos objetos parciales se unifican en una representación total: el otro, la madre, es para el niño, finalmente, un objeto total y constante.

Con Winnicott nos adentramos en el reino de la ilusión, donde el niño (nuevamente) está inmerso en un estado de indiferenciación respecto de su madre. El niño se relaciona en este momento de unidad con un otro concebido como *objeto de identificación/proyección* (Benjamin, 1997), un objeto que no aparece como algo exterior sino que está dentro de la zona de control omnipotente del niño, siendo una parte de él. Consecuentemente la visión que tiene el niño del objeto es subjetiva. Winnicott nos habla de pecho aquí, de un *objeto parcial* que es parte del niño, que conforma una unidad con él. En este estadio inicial el niño *se relaciona* (en el sentido que Winnicott da a este término) con un objeto parcial que forma parte de él mismo. El otro para este niño no es un otro exterior ni se lo considera en su naturaleza, en lo que es por sí mismo; el otro es una parte fundamental de una unidad que conforma en los momentos inmediatos a su nacimiento; el otro es invisible, en tanto no existe para el bebé sino como una parte de sí mismo, como un producto de él. Luego sobreviene el importante fenómeno de la destrucción del objeto, y si éste sobrevive tal destrucción logra aparecer como un centro externo de experiencia, un objeto externo que está más allá del poder mental del niño. Ahora ya se puede *usar* al objeto. El otro en este momento del desarrollo deja de ser para el niño un manojito de proyecciones, y pasa a ser reconocido como una *entidad por derecho propio*. El objeto se vuelve real en el sentido de pasar a formar parte de la realidad compartida, de salir de la zona de control omnipotente del niño para pasar a ser un fenómeno exterior, considerándose sus características, conducta y naturaleza, no como proyección, sino como una cosa en sí misma; un centro de existencia equivalente pero distinto. Este pasaje de la relación al uso del objeto coincide con el pasaje del principio de placer al principio de realidad, y el pasaje de una realidad subjetiva, omnipotente, de fusión mágica e indiferenciación con la madre a una realidad objetiva de relación con otros en tanto sujetos equivalentes pero distintos e independientes.

Podemos observar claramente en Klein, Winnicott y Mahler lo que sucede con muchos de estos teóricos pos-freudianos que decidieron trasladar el foco de análisis a las relaciones con otros. Muchos de estos

autores siguen fieles a la teoría pulsional clásica de Freud y, para no abandonarla, recurren a diversos mecanismos con el fin de adecuarla a las nuevas ideas. Pero muchas veces al hacerlo, en virtud de presentar diversas necesidades y procesos relacionales como primarios y, al mismo tiempo, conservar la importancia de conceptos tales como el de pulsión y el de conflicto psíquico, lo que hacen es indicar que estos procesos relacionales funcionan desde antes que las estructuras tripartitas del ello, yo y superyó se constituyan como entidades separadas, es decir, que las relaciones objetales pertenecen a una época anterior a la diferenciación de las estructuras psíquicas. Así “elevan el modelo tradicional para deslizarle por debajo nuevos conceptos relacionales” (Mitchell, 1993, p. 162), pasando el lugar de la acción a los niveles inferior, y resultando de todo esto, para Mitchell, una visión bifurcada del ciclo vital. Dice este autor (Mitchell, 1993, p. 162): “Al señalar que los aspectos relacionales son anteriores a los pulsionales, se divide el desarrollo humano en dos vertientes: los bebés que tienen necesidad de relación, y los niños y adultos que se enfrentan a los clásicos conflictos entre los impulsos instintivos y las defensas”.

Es notable asimismo el papel de la madre real en estas descripciones. Ya sea en Klein, ya en Mahler o en Winnicott, el papel de la madre real sólo puede ser abarcado de manera adecuada si se tiene en cuenta cómo lo interpreta el bebé en función de sus propias pulsiones y fantasías (Klein), y de sus propias habilidades cognitivas. Hay una distinción fundamental en esto, entre el proceso real y su representación detallada, específica. En Klein hablamos de un pecho que ama y de otro que ataca; en Mahler y en Winnicott de un período inicial de fusión en donde el bebé cree que todo lo que sucede depende de su propia omnipotencia y de que todo existe en la medida de que él puede crearlo en un momento y lugar dado: el bebé no accede a la realidad (y a la madre como elemento fundamental de la misma) sino en función de una distorsión en cuyo seno encontramos una importancia inmadurez cognitiva.

Pero bien, llega Stern y produce una importante revolución en el campo psicoanalítico al defender un punto de vista que contradice radicalmente estas “viejas” concepciones. No hay manera de que el bebé atraviese un período de indiferenciación respecto de su madre, no hay manera de que el bebé experimente la no-organización y la indiferenciación es una no-organización. No existe en los momentos iniciales ningún tipo de fusión entre el niño y su madre, sino que el niño capaz de tener en estos primeros momentos un sentido integrado de sí-mismo y del otro. El infante es un ser absolutamente social y sus experiencias sociales no son vividas por él como fusiones de ningún tipo sino simplemente como experiencias reales de estar con alguien. Durante el acontecimiento real, para Stern, y en esto se diferencia radicalmente de Klein, Mahler o Winnicott, no se quebranta el sentido nuclear del sí-mismo: el otro sigue siendo percibido como un otro nuclear separado. El cambio de la experiencia del sí-mismo sólo pertenece al sí-mismo nuclear, y el sí-mismo nuclear cambiado se relaciona (pero no se fusiona) con el otro nuclear. No hay distorsión, para Stern, en la percepción de la realidad por el infante; el infante se representa la realidad con exactitud. Y el otro no es entonces, ni al principio ni nunca, un ente indiferenciado, una parte de una unidad; el otro será siempre un otro nuclear separado dedicado en los primeros momentos a la regulación del sí-mismo (regulación que por cierto se realiza sobre la base de una constante interacción niño-cuidador), luego, un otro que cuenta con estados subjetivos internos, estados mentales susceptibles de ser compartidos (aquí aparece la intersubjetividad para Stern) y finalmente, y con la adquisición del lenguaje, será un otro verbal capaz de compartir sus estados internos y sus experiencias mediante un lenguaje (nivel abstracto, impersonal) que al mismo tiempo lo fragmenta en un otro verbal y un otro vivencial. De esta manera, se invierte la secuencia del desarrollo respecto de lo sostenían, por ejemplo, Winnicott o Mahler. Estos autores sitúan, primero, el estado de fusión e indiferenciación yo/no-yo y luego la formación y diferenciación del sí-mismo y el otro. Stern sostiene en cambio que primero viene la formación del sí-mismo y el otro y sólo después (con el surgimiento del sentido del sí-mismo subjetivo) puede experimentarse la fusión o conjunción, basada en la realidad, de la experiencia interna. Otra diferencia radical que introduce este autor es la siguiente. El psicoanálisis se ha preocupado por la experiencia subjetiva de los individuos, sin conceptualizar la experiencia intersubjetiva como acontecimiento diádico. Pero para considerar la experiencia intersubjetiva es necesario tener en cuenta ambos elementos de la díada, no sólo el mundo interno del bebé. Y Stern se encarga de dar tratamiento no sólo al mundo subjetivo del infante, y su relación con los acontecimientos interactivos observables para todos, sino también a la madre que también participa de los mismos episodios interactivos observables y cuya propia historia también influye en la experiencia subjetiva que tiene de la interacción observable en curso, siendo la interacción observable en la que participan ambos compañeros, el puente entre dos mundos subjetivos potencialmente separables. Y esto es fundamental si se busca desarrollar una concepción genérica de la intersubjetividad.

Ya no podemos seguir sosteniendo esta lamentable tendencia a demoler a los otros sujetos aplicándoles la rúbrica de objetos, nos dice Benjamin (1997). Y la dimensión intersubjetiva de la experiencia es útil para esta autora porque aborda justamente el problema de la definición del otro como objeto. Dice (Benjamin, 1997, p. 62): “La intersubjetividad [...] se refiere a esa zona de la experiencia o la teoría en la

cual el otro no es sólo el objeto de la necesidad/pulsión del Yo, ni de la cognición/percepción, sino que tiene un centro personal, un sí-mismo central separado y equivalente". La teoría intersubjetiva nos ayuda a trascender el punto de vista infanticéntrico de la teoría intrapsíquica al indagar cómo una persona se convierte en capaz de gozar con el reconocimiento de otro. Postula esta teoría, sigue Benjamin, que el otro debe ser reconocido como otro sujeto para que el sí-mismo experimente plenamente su subjetividad en presencia de ese otro, por lo que, de esto se desprende, tenemos necesidad de reconocimiento, y capacidad para reconocer a los otros en compensación, lo cual hace posible el reconocimiento mutuo. Pero volvemos a lo mismo: la negación de la subjetividad de la madre, como consecuencia del excesivo énfasis en la experiencia del infante, en la teoría y en la práctica, obstaculiza profundamente nuestra aptitud para ver el mundo como habitado por sujetos iguales. Y esto es justamente lo que se propone Benjamin: llevar el reconocimiento de la madre como sujeto al primer plano como una parte importante del desarrollo temprano.

También consideramos qué es lo que se constituye para cada autor en estos primordiales encuentros entre el bebé y su madre. Y dijimos entonces, cómo Klein postula la existencia de un Yo temprano profundamente desorganizado que tiene una tendencia innata hacia la organización, tendencia que se hace efectiva con el desarrollo de dos posiciones que promueven la constitución de las instancias psíquicas. Para Klein el encuentro entre el niño y su madre en estos primeros momentos promueve la organización y constitución del aparato psíquico: el Yo se va integrando (a medida que la madre se convierte en un objeto total, el Yo del bebé se convierte en un Yo total, escindiéndose cada vez menos en sus partes buenas y malas) hasta quedar definitivamente constituido; el pecho bueno y malo, introyectados en la posición esquizo-paranoide, se van aproximando durante la depresiva favoreciendo su mayor integración y quedando entonces el objeto persecutorio como esa parte del superyó, autora de castigos crueles, y el objeto ideal, la parte del superyó correspondiente al Ideal del Yo.

Luego Mahler, y su estudio del desarrollo del sí-mismo, siempre ligado a la relación de objeto. El self o sí-mismo se forma para Mahler a partir del encuentro con el otro, y a través del proceso de separación individuación que desemboca en una separación y diferenciación de las representaciones del sí-mismo y del otro. Ahora bien, la progresión evolutiva de Mahler también concierne a la organización y estructuración del Yo, el superyó y el ello. Sólo dentro de la matriz simbiótica comienza a estructurarse el Yo, y luego también se producirán las internalizaciones de las exigencias parentales que darán lugar a la formación del superyó. Sólo a partir de estos estadios se opera una diferenciación entre el Yo y las otras estructuras, y entre las representaciones del sí-mismo y de los objetos. Finalmente, si este proceso se desarrolla de manera adecuada, se logrará un sentimiento estable de entidad (límites del Yo), una individualidad definida, la constancia de objeto y una autoimagen unificada basada en verdaderas identificaciones del Yo.

La adquisición de un fuerte sentimiento del self es el principal logro del desarrollo temprano normal para Winnicott. Siempre que el acople materno a la inmadurez del niño y a su falta de recursos sea óptima, el self verdadero del niño comenzará a cobrar vida. Además, el resultado de todo este proceso madurativo será la maduración e integración del Yo. Nuevamente se trata de la estructuración del aparato anímico. Para Winnicott no tiene sentido hablar de ello antes del Yo ya que no hay por qué hablar de la vida instintiva por no ser la criatura todavía una entidad que viva unas experiencias (vemos aquí claramente esta tendencia de la que hablamos de situar primero los procesos relacionales en un período anterior al de la constitución de las estructuras psíquicas). También nos dice Winnicott que al principio tanto el self como el Yo del niño existen en potencia, y que el verdadero principio están en el momento en que el Yo empieza, Yo que será fuerte o débil en función de la calidad del cuidado materno. Como Klein, también Winnicott sitúa una tendencia del Yo hacia la integración, tendencia que se hará efectiva cuando el sostenimiento de la madre sea óptimo, dando lugar a esa continuidad de la experiencia base de la nueva persona humana.

Stern en cambio estudia el desarrollo y evolución del sentido de sí-mismo sin ocuparse ni interesarse en cuestiones referidas al desarrollo del Yo o del ello ni confundiendo con ellas, y en este sentido su exposición tiene una claridad de la que carecen las anteriores. Eso es lo que se constituye para Stern en el encuentro entre la madre y su niño: se constituyen ciertas perspectivas organizadoras básicas que estructuran su mundo volviéndolo coherente.

Bien: llegando al final de este trabajo, y sabiendo que fue mucho lo dicho hasta ahora, tan sólo nos parecen adecuadas unas reflexiones finales, que fueron naciendo a lo largo de la labor realizada. Lejos de pretender este alumno tomar partido por alguna de las posiciones aquí desarrolladas. Sabemos que se tratan de grandes obras de grandes pensadores e investigadores, todas edificadas luego de largos años de experiencia y práctica profesional. Sabemos asimismo que tan sólo se trata de una acotadísima porción de un vasto campo que crece día a día, de manera proporcional a la pasión que genera, y que si tomamos a estos cuatro autores para llevar a cabo nuestra investigación fue tan sólo por parecernos los autores más representativos de las ideas que quisimos investigar en un principio.

Es necesario parecería, si es de Freud de quien se parte, volver a él de manera continua y tomarlo como punto de referencia siempre con un pensamiento crítico y constructivo. Es necesario asimismo entender que las diferentes conceptualizaciones que se construyeron a partir de su obra pueden todas ser válidas siempre y cuando demuestren tener lo que muchas de ellas efectivamente tienen: eficacia clínica. La historia misma de la ciencia nos ha mostrado recurrentemente que un mismo fenómeno puede ser leído y abarcado de múltiples maneras, todas válidas e igualmente respetables; y el campo psicoanalítico no será la excepción: un mismo fenómeno patológico puede ser leído desde múltiples modelos teóricos, muchos incluso que exceden el campo analítico. Y el punto es justamente ese: todos son válidos y efectivos desde lo terapéutico. Coincidimos plenamente con Mitchell en que es absolutamente injustificada e inmerecida pretender una lealtad absoluta a un modelo determinado. Mientras haya “lealtades”, habrá enfrentamientos, disputas, fragmentación y una cosa es segura: eso no le hace bien a nadie y menos que menos al propio campo del conocimiento. Sabemos que investigar sobre la infancia es sumamente complicado y que es un campo sumamente fértil para el “vuelo teórico”. Pero, insistimos y proponemos el camino contrario: primero, la aceptación y el estudio de múltiples puntos de vista; luego y para siempre, buscar compatibilidades, discrepancias, coincidencias, (etc.), y a partir de eso edificar, nunca perdiendo de vista a Freud y lo que sobre Freud se construyó y nunca perdiendo de vista, menos aún, la eficacia terapéutica de nuestros postulados.

Pensamos, como decíamos, que no se trata aquí de tomar partido por uno u otro modelo, y en este sentido estamos profundamente de acuerdo con el punto de vista de Benjamin según el cual ambos modelos, el relacional (o intersubjetivo para Benjamin) y el intrapsíquico, son válidos y deben necesariamente complementarse para llegar a una completa concepción del ser humano. Dice esta autora (Benjamin, 1997, p. 61):

La distinción entre los dos tipos de relación con el otro (el otro como sujeto y el otro como objeto) sólo puede surgir claramente si reconocemos que ambos son endémicos de la experiencia psíquica, y que por lo tanto constituyen áreas válidas de conocimiento psicoanalítico. Si existe una contradicción entre estos dos modos de experiencia, tenemos que sondearla [...] Yo, en cambio, propongo que las dos dimensiones de la experiencia con el otro son complementarias, aunque a veces aparecen en relaciones de oposición. Al abarcar ambas dimensiones podemos [...] hacer(nos) cargo de los efectos generalizados de las relaciones humanas sobre el desarrollo psíquico y de los efectos igualmente ubicuos de los mecanismos psíquicos internos y de las fantasías en la conformación de la vida y la interacción psicológicas.

Benjamin llama a estas dos dimensiones de la experiencia dimensión intrapsíquica y dimensión intersubjetiva. Dice (Benjamin, 1996, p.33):

La concepción intersubjetiva [...] se refiere a lo que sucede en el campo del sí-mismo y el otro. Mientras la perspectiva intrapsíquica concibe a la persona como una unidad discreta con una estructura interna compleja, la teoría intersubjetiva describe las capacidades que emergen en la interacción entre el sí-mismo y los otros. Esta teoría intersubjetiva, incluso cuando se ocupa del sí-mismo solo, ve su soledad como un punto del espectro total de las relaciones, y no como el “estado natural”, original del individuo. El área crucial que descubrimos con la teoría intrapsíquica es el inconsciente; el elemento crucial que exploramos con la teoría intersubjetiva es la representación del sí-mismo y el otro como seres distintos pero interrelacionados.

Y en este sentido para esta autora, los modelos de Mahler (intrapsíquico) y de Stern (intersubjetivo) pueden y deben complementarse. “Me parece que la teoría intersubjetiva amplifica la teoría de la separación-individuación en este punto, poniendo el foco en el intercambio afectivo entre la madre y el niño, y haciendo hincapié en la simultaneidad de la conexión y la separación. Éstos son los extremos opuestos de una trayectoria longitudinal: la conexión y la separación establecen una tensión que requiere igual magnetismo en ambos lados” (Benjamin, 1997, p. 67). Y es en este sentido que habla Benjamin de la necesidad de mantener una tensión paradójica en la teoría: una tensión entre conexión y separación, y los problemas sobrevienen siempre que se pierde el equilibrio entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, entre la fantasía y la realidad. Postula entonces una perspectiva doble para abarcar esta dualidad de la vida psíquica, tanto la fantasía de la omnipotencia materna como la capacidad para reconocer a la madre como otro sujeto. Dice (Benjamin, 1997, p.113):

Un modo de realidad intersubjetiva [...] coexiste con un modo de la fantasía como propiedad no compartida de un sujeto aislado. La capacidad de reconocer a la madre como otro sujeto y la fantasía de la omnipotencia materna son congruentes con esta dualidad. Idealmente, estas distintas tendencias de nuestra organización psíquica constituyen una tensión, y no, como se ha supuesto a menudo, una contradicción, una alternativa de “esto o aquello”. Sería ingenuo imaginar que podemos limpiar la psique de fantasías peligrosas [...]. Pero podríamos imaginar un modo de equilibrar el registro fantástico —en el cual el sí-mismo y los objetos pueden ser omnipotentes— con el registro intersubjetivo —en el cual recono-

ceмос, sentimos y representamos simbólicamente la subjetividad de los otros reales-. Es la fractura de la tensión entre estos dos modos, y no la existencia de la fantasía (la omnipotencia) per se, lo que impide el reconocimiento de los otros sujetos.

El problema del reconocimiento merece para esta autora más páginas del que acá podemos darle. Pero no es el momento ni el lugar para explayarnos sobre el tema y en todo caso, remitimos al lector interesado a los textos citados en este trabajo. Pero finalmente queda claro que el problema no es dimensión intrapsíquica o intersubjetiva, Mahler o Stern, fantasía o realidad, sino la manera de equilibrar estos dos registros y tolerar la tensión que de este equilibrio surge, tensión siempre creativa, siempre constructiva. Este parece ser al menos, el camino más indicado.

Referencias Bibliográficas

- Baranger, W. (1980). Validez del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein. En W. Baranger y colaboradores (Eds.). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: Psicoanálisis, Feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Cramer, B. (1989). Las psicosis infantiles y las etapas del desarrollo de la separación y de la individuación según Margaret Mahler. En R. Diatkine, S. Lebovici & M. Soulé (Eds.). *Tratado de psiquiatría del niño y del adolescente (Tomo III)*. Madrid.
- Freud, S. (1895). Proyecto de una psicología para neurólogos. En L. López-Ballesteros y De Torres (Eds.). *Obras Completas (Tomo I)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920). Psicología de las masas y análisis del yo. En L. López-Ballesteros y De Torres (Eds.). *Obras Completas (Tomo III)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. En L. López-Ballesteros y De Torres (Eds.). *Obras Completas (Tomo III)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Green, A. (1980). Génesis y situación de los estados fronterizos. En J. André (Ed.). *Los estados fronterizos: ¿Nuevo paradigma para el psicoanálisis?* Buenos Aires: Nueva visión.
- Greenberg, J.R. & Mitchell, S. A. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic theory* [Relaciones objetales en la teoría psicoanalítica]. Cambridge: Harvard University Press.
- Klein, M. (1926). Principios psicológicos del análisis infantil. En H. Friedenthal (Ed.). *Obras completas de Melanie Klein (Tomo II)*. Buenos Aires: Paidós-Horme.
- Klein, M. (1952a). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En H. Friedenthal (Ed.). *Obras completas de Melanie Klein (Tomo III)*. Buenos Aires: Paidós-Horme.
- Klein, M. (1952b). Observando la conducta de bebés. En H. Friedenthal (Ed.). *Obras completas de Melanie Klein (Tomo III)*. Buenos Aires: Paidós-Horme.
- Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- López de Parada, H. (1997). Margaret Mahler. En R. Doria Medina Eguía (Ed.). *Divergencias en la ciudad: Una introducción a los desarrollos psicoanalíticos después de Freud*. Buenos Aires: Lumen.
- Mahler, M. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Mitchell, S. A. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración*. Méjico D.F.: Siglo veintiuno.
- Pine, F. (2004). Mahler's concepts of "symbiosis" and separation-individuation: revisited, reevaluated, refined [Los conceptos de Mahler de "simbiosis" y separación-individuación: revisado, reevaluado, redefinido]. *Journal of the American Psychoanalytic Association, Vol. 52 (N°2)*, pp. 511-533.
- Romano, E. (1980). Objeto transicional: su status teórico. En W. Baranger y colaboradores (Eds.). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sartre, J-P. (2005). *Las palabras*. Buenos Aires: Losada
- Segal, H. (1976). Introducción a la obra de Melanie Klein. En H. Friedenthal (Ed.). *Obras Completas de Melanie Klein (Tomo I)*. Buenos Aires: Paidós-Horme.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante: Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1947). Nuevas reflexiones sobre los bebés como personas. *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires: Hormé.
- Winnicott, D. W. (1951). Las necesidades del niño y el papel de la madre en las primeras etapas. *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires: Hormé.

- Winnicott, D. W. (1958). La capacidad para estar a solas. En J. Beltrán (Ed.). *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. W. (1960a). La teoría de la relación paterno-filial. En J. Beltrán (Ed.). *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. W. (1960b). Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso. En J. Beltrán (Ed.). *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. W. (1962). La integración del ego en el desarrollo del niño. En J. Beltrán (Ed.). *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D.W. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- Zingman de Galperín. C. (1994). *El recién nacido*. Documento de trabajo.

